

La Hermandad de los Siete Reyes



El niño perdido.

CUERTO domingo de la primavera de 1897, cuando Dufroyer y yo paseábamos juntos en Hyde Park, nos encontramos con un amigo suyo llamado Loftus Durham. Era un artista que por aquel entonces estaba llamando la atención con sus trabajos de pintura. Sobre todo, los retratos hechos por él merecían la admiración general. Después de hablar un rato nos invitó para que fuéramos á su estudio al domingo siguiente, diciendo que aquel día esperaba á unos cuantos amigos que irían expresamente á examinar su último cuadro, el que destinaba á la próxima Exposición.

—El cuadro, añadió, es histórico; me fué encargado por una señora, y ella misma me ha servido de modelo para la figura principal. Espero que tendrán ocasión de conocerla el domingo. Me inclino á creer que el cuadro gustará, y ciertamente que no es para menos, dada la extraordinaria belleza del modelo. Pero no soy más explícito; ya comprenderán ustedes lo que quiero decir cuando la vean.

1901, junio.

Pocos minutos después nos separamos de él.

—¡Pobre Durham! observó entonces Dufrayer. Me alegro de que empiece á olvidar la terrible desgracia que amenazaba destruirle la vida y el alma.

—¿Qué es ello? pregunté.

—Me refiero, prosiguió mi amigo, á la trágica muerte de su esposa. Estuvieron casados dos años solamente, y Durham quería con ciega pasión á su mujer. Un día salieron juntos á dar un paseo en coche; parece que los caballos se desbocaron, volcó el carruaje y la infeliz cayó con tan mala suerte que se rompió la espina dorsal y murió pocas horas después, dejando un niño de cuatro meses de edad. El pobre Loftus se impresionó tanto que algunos creyeron que perdería el juicio, pero afortunadamente veo que va reponiéndose y cobrando ánimos. ¡Ojalá sea afortunado con el cuadro! Aunque, si he de decir la verdad, mucho temo que no sea así. Entre diez mil pintores apenas hay uno que pueda pintar un buen cuadro histórico.

El domingo siguiente nos dirigimos Dufrayer y yo á los jardines de Lanchéster, donde estaba situada la casa de Durham, en la que se había ya reunido buen número de artistas afamados con sus esposas, á los que encontramos muy entretenidos examinando un cuadro de grandes dimensiones colocado en un elegante marco sobre un caballete cerca del balcón.

Dufrayer y yo nos acercamos, mirando en silencio el grupo representado en el lienzo. Si alguna duda tenía todavía mi amigo acerca del éxito de Durham, debió desvanecerse inmediatamente. El cuadro era una perfectísima obra de arte, y el asunto digno del talento y de la inspiración de un gran pintor. Se refería al hermoso poema de Walter Scott *La dama del lago*, y representaba á Elena Douglas en el cuerpo de guardia del castillo de Sterling, rodeada de los soldados de Jaime V de Escocia. Se titulaba «Soldados, atención»; las primeras palabras de Elena cuando, arrojando la capa, se reveló en toda la plenitud de su belleza á la admiración de los soldados. La actitud y la expresión de los ojos eran magníficas y acreditaban el gran talento de Durham, no menos que la perfecta belleza de su modelo.

Me volví para felicitarle afectuosamente cuando vi con sor-

presa á la misma Elena Douglas á mi lado. No había más que una diferencia: que la Elena del cuadro vestía el pintoresco



EN EL ESTUDIO

traje nacional de Escocia, mientras que la otra Elena, la viviente, llevaba un elegante, aunque sencillo, vestido de una señorita de la alta sociedad moderna.

El amplio sombrero de terciopelo negro, guarnecido de plumas de avestruz, favorecía su lindísima cara. Sin embargo, á la primera ojeada noté en las curvas de sus hermosos labios una expresión particular, que se adivinaba también en sus negros y relucientes ojos. Una secreta preocupación, una ansiedad oculta, aunque sobrado manifiesta para una persona acósfumbrada á ver en el carácter de las gentes, revelábase en su rostro, cuya belleza avaloraba más y más aquella mirada de infinita tristeza.

Pensando en todo esto me hallaba yo cuando Durham me tocó suavemente en el hombro.

—¿Qué le parece á usted, amigo Head? preguntó señalando el cuadro.

—Que es una de las obras históricas más bonitas que he visto en mi vida. Doy á usted la enhorabuena de todo corazón, respondió.

—Todo el triunfo que pueda alcanzar, continuó Durham, se lo debo á esta señora, que me ha dispensado el alto honor de servirme de modelo para Elena Douglas. Permítame usted que le presente á lady Faulkner.

Me incliné cortésmente y lady Faulkner acogió mi saludo con amabilidad. Unos momentos después se apartó algo de los invitados, dándome á entender que la siguiera.

—Yo también me alegro de que guste el cuadro, dijo, cuyo asunto he teñido, ha muchos años, ardientes deseos de hacer pintar. Cuando le rogué á Mr. Durham que lo pintara, le expuse mi capricho de ser yo la Elena. Es un regalo que pienso hacer á mi esposo.

—¿Lo ha visto ya? pregunté.

—No; está en la India. Es una sorpresa que le reservo para cuando vuelva. Siempre tuvo afán de poseer un cuadro bien pintado que se refiriese á ese asunto, y, así como yo, tenía el capricho de que su mujer sirviera de modelo para la figura de Elena Douglas. Gracias á la habilidad de Mr. Durham he salido bien y estoy satisfecha.

Un invitado que acababa de llegar se acercó á ella en aquel momento y yo me retiré. Sin embargo, su lindo rostro me atraía de una manera irresistible, y me volví varias veces para mirarla. De repente la vi levantar la mano como para imponer

silencio y corrió hacia la puerta del estudio. Desde fuera llegaron á nuestros oídos los menudos pasos de una mujer, cuya voz parecía acariciar á un niño con visibles muestras de alegría. Un momento después volvió á presentarse lady Faulkner trayendo en los brazos al hijo de Durham.

Era una criatura angelical, que despertaba la admiración de todos. Un pelo rubio como el oro y rizado coronaba su cabecita, y los ojos eran de un precioso color azul celeste. Estaba muy robusto, muy sano y sus formas eran encantadoras. Al ver tanta gente en el salón volvió la carita asustado, pero cuando lady Faulkner le habló sonrióse dulcemente y rodeó su cuello con sus bracitos.

—¡Hola, hola! exclamó Durham sin poder ocultar su alegría. ¿De modo que te has atrevido á venir sin permiso, Robin? Pero no permita usted, lady Faulkner, que ese bribonzuelo la canse tanto. Le mimas demasiado.

—Eso no es cierto; ¿verdad, Robinito mío? dijo la señora; no es posible que nadie te mime demasiado.

Besó tiernamente al niño y se sentó en un diván al extremo del estudio. Yo fui á sentarme á su lado. Estaba tan entusiasmada con el bebé que al principio no se fijó en mí, é inclinándose sobre él permitió que se pusiera á jugar con una larga cadena de oro que llevaba pendiente del cuello. De vez en cuando le besaba con pasión. De repente levantó la cabeza y notó que yo la observaba con interés.

—¿Verdad que es un encanto, Mr. Head? preguntó. Yo no sé cómo hubiera vivido estos meses sin este pequeñuelo. Tuve que venir á Londres por un asunto particular que me ha ocupado más de lo que creía, así que hace tiempo que no he visto á mi nene. Y mientras tanto este angelito me ha servido de mucho consuelo. Somos muy buenos amigos, ¿no es cierto, Robinito?

—Parece que el niño la quiere á usted mucho, dije.

—¡Que si me quiere! Ya lo creo; ¡me adora! ¿Verdad, nene, que me quieres mucho?

El niño levantó la cabecita y contestó con un gesto infantil. Luego, con una dulce sonrisa, ocultó la carita en su seno.

—¿El niño de usted tiene la misma edad que éste? pregunté.

—Sí, y por cierto que es el retrato fiel de este niño. Tienen la misma edad y el parecido es verdaderamente extraordinario. Pero juzgue usted por sí mismo.



DUFROYER MIRÓ EL RETRATO DEL NIÑO

Sacó del pecho un medallón de oro, tocó un resorte y me enseñó el retrato, pintado en colores, de un hermoso niño. Podía haber pasado por el retrato de Robinito Durham. La semejanza era verdaderamente extraordinaria.

En aquel momento se acercó Dufroyer y le llamé la atención.
—¿Verdad que es notable? le dije. Mira, este es el retrato del

niño de lady Faulkner. Fijate y verás qué semejanza tan grande con Robinito.

Dufrayer tomó el retrato; lo comparó con la cara de la madre del niño, y vi con sorpresa que lady Faulkner se sonrojó ante la mirada de mi amigo, la cual fué tan intensa y tan fija que casi rayó en falta de cortesía.

Diciendo fríaente que era verdad, que el retrato podía ser el del hijo de su amigo Durham, Dufrayer devolvió el medallón con gravedad á lady Faulkner y un momento después atravesó el salón.

Lady Faulkner le siguió con la vista, y noté que cambiaba la expresión de sus ojos, dando lugar á una mirada dura, provocativa y furiosa, que se borró rápidamente. Abrazó al niño con más efusión que nunca y le besó repetidas veces.

Poco después me despedí también, pero en unos días no pude olvidar á lady Faulkner ni al niño de Durham.

Había recibido una invitación para la Exposición de Bellas Artes, y recordando el cuadro de Durham resolví asistir á la inauguración.

Todos los salones estaban tan llenos de gente, que casi era imposible ver los cuadros; sin embargo, después de un rato encontré el de mi amigo. Ocupaba un puesto de honor, por lo cual comprendí que el éxito y el triunfo eran seguros. Había simpatizado con él y me alegré mucho de su buena suerte.

Por fin conseguí abrirme paso por entre el grupo de admiradores que contemplaban el cuadro, quienes impresionados por la escena que representaba, y más todavía por la gracia y la extraordinaria belleza de la figura principal, hacían toda suerte de observaciones lisonjeras para el artista.

Unos minutos más tarde, cuando aún permanecíamos admirando la obra, dos voces que al momento reconocí llegaron á mis oídos. Primero me estremecí y luego quedé inmóvil. Las voces eran las de Mme. Koluchy y lady Faulkner. Estaban juntas y hablaban reservadamente. Como no se fijaron en mí, pude escuchar las siguientes palabras:

—Lo haré mañana ó pasado. Mi esposo vuelve antes de lo que creí y no hay un momento que perder. ¿Ha arreglado usted lo de la niñera?

—Sí, respondió Mme. Koluchy; puede usted dejarlo en mis manos con toda confianza.

—¿Y estará segura? ¿No habrá miedo de?...

Alguien se interpuso entre ellas y yo y no pude oír la terminación de la frase, pero era suficiente. Ya los cuadros no me interesaban y salí apresuradamente de la Exposición. Al bajar la escalera mi corazón latía con violencia. ¿Qué tenía que hacer lady Faulkner con Mme. Koluchy? ¿Tendrían una significación siniestra las palabras que involuntariamente había escuchado? Muy rara vez, casi puede decirse que nunca, entablaba madame amistad con nadie sin tener para ello motivos muy poderosos. Sin duda alguna la preciosa escocesa era antigua conocida suya, se veía en algún apuro y madame la estaba ayudando á salir de él. Una vez más estaba seguro de que Mme. Koluchy se disponía á dar algún nuevo golpe, tan atrevido como todos los suyos.

Sin detenerme marché á la oficina de Dufroyer y le dije lo que había ocurrido.

—La voz de lady Faulkner, añadí, era indudablemente la de una mujer muy afligida. Habló con mucha confianza á madame Koluchy y me pareció verla dispuesta á todo, por muy atrevido y peligroso que fuese. ¿Qué te parece, Dufroyer? ¿Será posible que Durham se halle en peligro?

—Es imposible saber eso, Head, replicó mi amigo. Las maquinaciones de Mme. Koluchy están fuera de mi alcance, no puedo luchar con ella; pero ya que me lo preguntas, te diré que de fijo está fraguando alguna nueva diablura. Y á propósito, noté que lady Faulkner excitó mucho tu curiosidad el día que la vimos en casa de Durham.

—Es verdad, contesté. ¿Y á ti qué te pareció?

—Me gustó, y sin embargo me causaba cierta repulsión. No me agradó nada la expresión de sus ojos cuando tenía al niño en los brazos.

—¿Qué quieres decir?

—Apenas puedo explicarme, pero temo que Mme. Koluchy la está sometiendo á una extraña tentación. Cuál es, claro está que es imposible adivinarlo. Cuando hablaste del parecido que existe entre su hijo y el hijo de Durham, noté en sus ojos una mirada

por la que comprendí que sería capaz de todo con tal de conseguir sus propósitos.

—Se me figura que estás equivocado, dije levantándome para marchar; de todos modos, Durham ha obtenido un gran triunfo y se lo debe á lady Faulkner. Tengo que ir un día de estos á darle la enhorabuena.

Así lo hice dos días después. Por cierto que encontré al artista pintando el retrato de un ministro.

—¿Cómo está usted, amigo Head? exclamó. Me alegro muchísimo de verle. Tome usted asiento, pero dispéñeme que siga trabajando. El triunfo obtenido con mi cuadro me ha proporcionado más encargos que aquellos á que buenamente puedo atender. ¿Ha leído usted las revistas?

—Sí, contesté, y también he visto agrupada á la multitud para admirar y ponderar el cuadro el día en que fué expuesto por primera vez. Es una magnífica obra de arte, amigo Durham. Desde hoy pertenecerá usted al número de los pintores más célebres.

Sonrió ligeramente y continuó pintando el fondo del retrato.

—Y á propósito, continué, sentí vivo interés por aquella dama que le sirvió á usted de modelo para la figura de Elena Douglas; es preciosa.

Durham me dirigió una mirada rápida, y luego, prosiguiendo su trabajo, dijo:

—Es una historia no exenta de curiosidad. Lady Faulkner vino á verme en el mes de noviembre del año último. Manifestó que había visto á mi hijo en Regent's Park y que le había llamado la atención por el extraordinario parecido con su nene. Preguntó el nombre de mi hijo, se enteró de que yo era su padre (parece que había oído hablar de mí como pintor de retratos) y se atrevió á visitarme para saber si me encargaría de pintar un cuadro histórico.

Nunca había yo ambicionado tanto honor y vacilé antes de aceptarlo; pero lady Faulkner tenía en ello mucho empeño, prometió ser el modelo para la figura de Elena Douglas y me ofreció 2.000 libras esterlinas por el cuadro en cuanto estuviera terminado.

No soy rico y no me convenía rehusar tan bonita suma. La

rogué que encargara el trabajo á un pintor más competente que yo; pero lejos de escucharme, declaró que precisamente quería que lo pintara yo y nadie más. Por fin me decidí y comencé á trabajar en seguida. Para un cuadro tan grande era corto el tiempo, y lady Faulkner venía tres ó cuatro veces por semana. Puso por condición que se había de permitir al niño que entrara y saliera del estudio como y cuando quisiera; Robinito se encariñó con ella desde el primer día, y ella por su parte le ha tratado siempre con el mayor cariño. El niño la ha ido queriendo más y más, y creo que ella no estaba nunca más contenta que cuando le tenía en los brazos.

Verdaderamente tengo mucho que agradecerla, pues á no ser por ella jamás hubiera yo pintado un cuadro como el que tan brillante triunfo me ha proporcionado.

—¿Está todavía en Londres lady Faulkner? pregunté.

—No, esta mañana precisamente ha salido para Escocia. El castillo de su esposo, llamado Bram Castle, en la provincia de Inverness, es una magnífica posesión, muy antigua, que data de la Edad Media. Viven allí casi siempre.

—¿Cómo está su niño, Durham? Veo que le tiene usted siempre en Londres. Es verdad que en este barrio se respira un aire muy puro.

—Sí, contestó, y además, Robinito pasa la mayor parte del día en Regent's Park. Por cierto que ya debería estar en casa. Generalmente toma el té conmigo todas las tardes. ¿Le molestará á usted que venga?

—Muy al contrario; tendré mucho gusto en verle, Durham.

El artista tocó el timbre y á los pocos momentos se presentó un criado.

—Traiga usted el té, Collier, dijo. ¿Ha regresado ya el niño?

—No, señor, respondió el hombre. Por cierto que me extraña mucho, pues Juana siempre vuelve antes de las cinco.

Durham, sin replicar una palabra, volvió á ocuparse en su interrumpida tarea. El criado trajo el té, pero el niño no apareció. Durham me sirvió una taza y se quedó pensativo por un momento. De repente oprimió de nuevo el timbre.

—Diga usted á Juana que traiga el niño, exclamó en cuanto se presentó el criado.

—No han vuelto todavía, señor.

Durham miró el reloj.

—Son las seis, dijo. ¿Si les habrá ocurrido algo? Voy á salir á ver si los encuentro.



¿CÓMO ESTÁ SU NIÑO? PREGUNTÉ

—Yo le acompañaré á usted, Durham, exclamé. Si va usted á Regent's Park, de camino me coge mi casa.

—La niñera, generalmente, le lleva al paseo ancho, añadió el artista; iremos en esa dirección.

Entramos en el parque, pero por ninguna parte vimos á la niñera con el niño. Interrogamos á varios guardas, pero nada pudieron decirnos.

—Estoy molestando á usted con todo esto, amigo Head, observó el pintor.

Le miré. Aunque no había expresado temor ninguno en sus palabras, comprendí que estaba intranquilo, que no podía disimular su inquietud y que el más profundo disgusto estaba en su semblante.

Una sospecha asaltó mi imaginación, y por más que lo procuraba no podía desecharla.

—Más vale que regresemos á su casa, Durham, dije; probablemente estará allí ya el niño.

Procuré dar á mis palabras un tono alegre, pero confieso que estaba lejos de abrigar esperanza ninguna.

Durham me lanzó una mirada escudriñadora.

—Quiero á mi hijo, amigo Head, dijo luego, más que otros padres quieren á los suyos, y tengo poderosos motivos para quererle así. ¿Conoce usted la horrible desgracia que sufrí hace dos años?

—Me la refirió Dufrayer, contesté.

—Toda mi alma y toda mi vida están concentradas en mi pequeñuelo, continuó. Vaya, espero encontrarle en casa. ¿Pero de veras viene usted conmigo?

—Por supuesto, si usted me lo permite. Yo tampoco estaría tranquilo sin saber si han regresado á casa ya.

Volvimos á casa de Durham, cuyo criado preguntó en cuanto abrió la puerta:

—¿Los ha encontrado usted, señor?

—No, no sabemos nada de ninguno de ellos, contesté.

—Esto no ha sucedido jamás, exclamó el artista. Juana sabe muy bien que no tolero que el niño esté nunca fuera de casa después de las cinco, y son ya cerca de las siete. ¿Está usted seguro, Pedro, de que no han traído ningún recado que motive la tardanza de la niñera?

—Estoy segurísimo, señor.

—¿Qué le parece á usted, Head? preguntó el artista dirigiéndose á mí.

—No sé qué decirle, amigo mío, contesté, pero creo que el retraso de la niñera pudiera achacarse á varias causas. Espere-mos una hora más, y si para entonces no ha venido será nece-sario adoptar alguna determinación.

Volví la cabeza para que Durham no se fijara en la expresión de mi semblante, pues las palabras de lady Faulkner, volviendo en aquel momento á mi imaginación, me hacían aparecer inquieto y lleno de zozobra.

—«Lo haré mañana ó pasado, había dicho. ¿Ha arreglado usted lo de la niñera?»

Entramos juntos al estudio y Durham me ofreció un cigarro. Un momento después llegó á nuestros oídos un gran alboroto promovido en la cocina, y oímos el ruido de pasos precipitados y más de una exclamación de alarma. Durham se puso lívido.

—Ha ocurrido alguna desgracia, Head, exclamó. Estaba seguro de que algo había sucedido. ¡Dios me asista!

Corrió á la puerta y yo le seguí. En el momento de llegar á ella, alguien la abrió desde afuera, y la niñera, una mujer de treinta á cuarenta años de edad, cayó de hinojos á los pies de mi amigo, exclamando entre sollozo y sollozo:

—¡Ay, señor, qué horrible desgracia! ¡Nunca me lo perdo-nará usted! ¡Más quisiera haberme muerto!

—¡Levántese usted inmediatamente, Juana! gritó Durham agitadoísimo. ¿Le ha sucedido algo al niño? ¡Hable usted, por Dios!

—¡Ay, señor! repitió la mujer sin poder contener el llanto. Mi nene, mi pobrecito nene, se ha perdido; no sé qué ha sido de él. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué hacer? Apenas me he atrevido á venir á decirselo.

—Eso es una tontería, contestó el pintor. Vaya, vaya, díganos usted qué ha sucedido.

La actitud de Durham había cambiado de repente. Una vez recibido el golpe era el hombre sereno, resuelto y decidido de siempre.

La mujer le miró sorprendida. Indudablemente la impresio-naba la actitud de su amo; pero, siguiendo su ejemplo, procuró serenarse también.

—Sucedió de esta manera, señor, comenzó diciendo. Salí esta

tarde, como de costumbre, con el niño, y... ya sabe usted cuánto quería á lady Faulkner.

—Lady Faulkner no tiene que ver nada en este asunto, interrumpió Durham; continúe usted.

—La señora está en Escocia, señor, ó por lo menos así se supone. Vino anoche á despedirse de nosotras, y llegó á la sazón que yo estaba desnudando al niño. Le cogió en brazos y le besó repetidas veces. El niño la quiere muchísimo. Siempre la decía: Señora bonita, te quiero. Anoche cuando se marchó comenzó á llorar.

—Siga usted, siga usted, volvió á decir Durham.

—Fuimos al parque; yo le llevaba en el cochecito, pero le gusta mucho que le ponga en el suelo. Como el tiempo estaba tan hermoso, me senté en un banco mientras Robinito andaba jugando por allí. Una de las cosas que más le entusiasman es jugar al escondite conmigo, y esta tarde me pidió también que jugara con él. De pronto oí que gritaba: ¡Señora bonita, señora bonita! y echó á correr hacia el otro lado de los árboles. Estaba muy cerca de mí y yo iba á seguirle, pues en eso consistía el juego, cuando se acercó Mr. Ivanhoe, con quien he hablado dos ó tres veces, y no puedo menos de confesar que me distraje y olvidé al niño por un instante; pero corrí tras él en seguida para cogerle... y ya no estaba, ya no le he vuelto á ver. No sé dónde se halla, y tampoco sé lo que ha pasado. Sin embargo, estoy segura, señor, de que alguien lo ha robado. Quién puede ser, sólo Dios lo sabe. Se conoce que el niño creyó ver á lady Faulkner en el parque y corrió hacia ella gritando, como siempre: ¡Señora bonita, señora bonita! No puedo decir más, señor. Hubiera vuelto antes á casa, pero he estado buscándole por todas partes.

—Hizo usted muy mal en no volver inmediatamente, dijo Durham. ¿No vió usted á la persona que llamó la atención del niño?

—No vi absolutamente á nadie, señor. Sólo suena en mis oídos la alegre exclamación del niño al gritar: ¡Señora bonita, señora bonita!

—Debió usted haberle seguido.

—Sí, señor, ya lo sé, y siento profundamente no haberlo

hecho; pero no se me ocurrió que pudiera suceder algo, y el caballero estuvo tan amable conmigo que por un momento lo olvidé todo.

—¿Ese caballero dijo que se llamaba Ivanhoe?

—Sí, señor.



ME DISTRAJE UN MOMENTO

—Quisiera que me diese usted las señas de ese caballero, dije interrumpiendo la conversación.

La mujer me miró con sorpresa. Creo que ni siquiera se había fijado en mí hasta aquel momento.

—Era alto, moreno y de tipo distinguido. Por su acento al hablar parecía extranjero.

Miré á Durham. En su semblante se destacaba una profunda tristeza y gran perplejidad.

Mil temores y sospechas cruzaron por mi imaginación.

—Es inútil perder el tiempo en detalles insignificantes, dijo el pobre padre con marcada impaciencia. Lo que hay que hacer es buscar al niño en seguida. Juana, cálmese usted; con afligirnos, nada adelantaremos. ¿Ha hablado usted á los guardas acerca del niño?

—Sí, señor, hace más de dos horas.

—Durham, dije levantándome, vamonos á casa de Dufrayer; él mejor que nadie nos aconsejará lo que debemos hacer.

Durham, dirigiéndome una mirada escrutadora, salió al momento al pasillo y se puso el sombrero. Un minuto después salíamos de su casa.

—¿Qué opina usted de todo esto, amigo Head? me preguntó cuando en un coche de punto nos dirigíamos apresuradamente á casa de Dufrayer.

—Mucho temo, contesté, que el niño se halle en peligro. Pero no me pregunte usted más hasta que hayamos consultado con mi amigo.

Afortunadamente encontramos á Dufrayer en casa. Le referimos toda la historia de la desaparición del niño y nos escuchó, como de costumbre, prestando la mayor atención. Cuando Durham terminó de hablar, Dufrayer dijo pausadamente:

—Para mí está bastante claro lo que ha sucedido.

—¿Cómo? exclamó el pintor; ¿es posible que presuma usted lo que ha sido de mi hijo?

—Sí, amigo mío, tengo motivos muy poderosos para creer que usted es una de las numerosas víctimas de la criminal más osada de todo Londres. Me refiero á Mme. Koluchy.

—¿Mme. Koluchy! repitió Durham con indescriptible asombro y mirándonos alternativamente á mi amigo y á mí. ¿Qué quiere usted decir? ¿Cómo es posible que Mme. Koluchy tenga algo que ver con mi hijo si no la conozco más que de nombre? Supongo que habla usted de la famosa doctora.

—Ella misma, contestó Dufrayer. Para ser franco con usted, amigo mío, le diré que hace tiempo que Head y yo venimos siguiendo la pista á esa terrible mujer, de la que sabemos cosas

muy graves. Ahora no es la mejor ocasión para contarlas, pero le aseguro á usted que es capaz de todo con tal de conseguir sus propósitos. Solamente el conocerla constituye un peligro; ser amigo suyo significa asociarse con ella para algún crimen monstruoso. Lady Faulkner se trata con madame y se hablan con confianza. Las vió Head juntas en la Exposición de Bellas Artes. Head, cuéntale á Durham las palabras que le oíste pronunciar á lady. Así lo hice.

Durham, que me había escuchado con atención, movió la cabeza.

—No hacemos más que perder el tiempo en estas cosas, dijo. Nada hay en el mundo que me haga sospechar de lady Faulkner. ¿Por qué causa, por qué motivo me ha de robar ella á mi hijo, cuando tiene otro que tanto se parece á Robinito? No, Head, está usted equivocado. Lo que yo opino es que alguien ha robado al niño para obtener luego un buen rescate. Voy ahora mismo á la oficina de policía para que telegraffen á las estaciones cercanas á ver si se averigua algo.

—Yo le acompañaré, dijo Dufrayer.

—Y yo iré á Regent's Park para preguntar si los guardas han obtenido alguna noticia.

Y nos separamos para marchar cada cual por nuestro lado.

Los siguientes días transcurrieron buscando inútilmente al niño. No se economizaron ni dinero ni esfuerzos; la policía trabajó bien, se ofrecieron grandes sumas por el rescate... todo en vano. Durham, con un *detective*, pasaba el tiempo corriendo de un sitio á otro. Se desmejoró muchísimo, no podía conciliar el sueño, se llegó á temer por su vida.

—Si continúa esta horrible incertidumbre, me dijo Dufrayer á los ocho días de la desaparición del niño, sospecho que Durham no podrá resistirlo.

A la mañana siguiente ocurrió un nuevo suceso inexplicable. Juana Cleaver, la niñera que había lamentado la pérdida del niño casi tanto como su padre, salió de casa y no volvió más. Inmediatamente se dieron los pasos para averiguar su paradero, pero todo fué inútil; no se pudo saber nada.

En la tarde de aquel día fuí á ver á Durham y le encontré medio loco de desesperación y dolor.

—Es imposible continuar así, amigo Head, me dijo; pareceme que acabaré por perder la razón. No puedo imaginar lo que me pasa. No es sólo la ausencia del niño lo que me aflige, es que sufro como si padeciera una cruel enfermedad. No puedo explicar á usted cómo paso las noches; tengo horribles pesadillas. A veces experimento una sensación abrasadora, como si el fuego me estuviera consumiendo. Por la mañana me levanto más muerto que vivo. Durante el día mejoro algo, pero viene la noche y vuelta á las andadas. La imagen del niño está siempre delante de mis ojos; le veo en todas partes, á todas horas estoy oyendo su voz, que parece llamarme para que le salve.

El pobre padre se sintió tan emocionado que no pudo continuar.

—Durham, dije después de unos momentos de silencio, he venido esta noche para decirle que estoy decidido á...

—¿A qué? interrumpió el pintor.

—He resuelto, continué, ir á Escocia mañana mismo, con objeto de visitar á lady Faulkner en su castillo de Bram. Es posible que ella sepa algo de lo que ha sucedido con el niño. Por lo menos nos consta que una dama que se parecía á ella llamó la atención de Robinito.

Durham sonrió como demostrando incredulidad.

—No opino como usted, dijo. Pondría la vida en favor de lady Faulkner, porque estoy segurísimo de que es incapaz de cometer tan vil acción.

—De todos modos, añadí, me permitirá usted investigar. Estaré ausente tres ó cuatro días, y tal vez podré traerle alguna noticia cuando vuelva. Mientras tanto, tenga usted ánimo y valor, amigo Durham.

A la mañana siguiente salí para Escocia, llegando por la noche sin novedad á Inverness. Me detuve en una aldea cerca de Bram Castle; me hospedé en la única posada que había, y á primera hora de la mañana del día siguiente me dirigí al castillo. Lady Faulkner estaba en casa y no pudo disimular la sorpresa que le causó mi visita. Al entrar yo en su gabinete mudó de color y noté que se hallaba consternada.

—Me ha asustado usted, Mr. Head, dijo. ¿Ocurre algo de particular?

—Sí, lady Faulkner, contesté; es muy particular lo que ocurre. ¿Pero es posible que no sepa usted la noticia?

—¿Qué noticia?

Recobró la calma en un momento, y sentándose en la butaca me miró cara á cara.



TRAIGO NOTICIAS, DIJE

—Traigo noticias que seguramente le causarán á usted pena. Usted quería mucho al hijo de Mr. Durham, ¿no es cierto?

—¿Al precioso Robinito? ¡Ya lo creo! Le quería muchísimo. ¿Le ha sucedido algo?

—¿Es posible que no lo sepa usted? repetí. El niño se ha perdido.

Y la referí lo que había pasado. Lady Faulkner me escuchó atentamente, expresando con la mirada y con los gestos la de-

bida sorpresa y la pena que mi relación podía causarla. Cuando terminé se asomaron las lágrimas á sus ojos.

—¡Pobre señor! exclamó; ¡cuánto lo siento! ¡Qué disgusto tan horrible! ¿Podrá resistirlo Mr. Durham? Pero seguramente se podrá encontrar el niño, ¿no es así?

—A la fuerza, á todo trance hay que encontrarle, respondí firmemente.

Mis sospechas se confirmaron en seguida. Lady Faulkner me miraba con una calma tan fría, tan impasible, que parecía mentira que pudiera fingir de aquel modo; indudablemente exageraba. La dura expresión que días antes había notado en sus ojos y en su boca volvió á hacerse perceptible, y me trajo á la memoria las palabras de Dufroyer cuando dijo que lady Faulkner no le había impresionado favorablemente.

—¡Es terrible! exclamó levantándose de la butaca. Compadeczo de todo corazón al pobre Durham por este horrible suceso, que me afecta más todavía al recordar el gran parecido de Robinito con mi hijo. ¿Quiere usted conocerlo?

—Me causará un verdadero placer. ¿Y tan grande es el parecido?

—Maravilloso; apenas puede distinguirse entre uno y otro niño.

Tocó un timbre y un momento después se presentó un criado.

—Diga usted al ama que traiga el niño.

A los pocos instantes se abrió la puerta y entró apresuradamente un precioso niño vestido de blanco, el cual, poniendo las manitas sobre las rodillas de la dama, la miró con el mayor cariño.

—¿Quién es el precioso nene de mamá? dijo lady Faulkner levantándole en los brazos.

Tenía los dedos llenos de sortijas, y noté que al estrechar al niño contra su pecho temblaba violentamente. ¿Sería posible que aquella emoción la produjera únicamente el sentimiento que la causaba la desgracia de Durham?

—Señora, dije poniéndome en pie, he de hablar á usted con toda franqueza; he venido aquí con una esperanza. La pérdida del niño está matando á su pobre padre. ¿Puede usted hacer algo para evitarlo?

—¿Yo? exclamó. ¿Qué quiere usted que yo haga?

Conoció que mis palabras la habían impresionado, sin duda porque no las esperaba.

—¿Puede usted hacer algo, repetí, para aliviar al pobre Durham? Permítame usted que mire á ese niño; es exactamente igual al que se perdió en el parque.

—Desde un principio dije que el parecido es verdaderamente extraordinario. Mira, nene, mira á ese señor y dile tú mismo quién es el nene de mamá, monísimo mío.

—Yo, yo, nene de mamá, exclamó el niño mirándome.

Y, sin embargo, yo no podía convencerme. Estaba seguro de haber visto antes aquellos ojos tan azules, aquellos rizos dorados, aquella sonrisa angelical. Lady Faulkner sacó el medallón, abrióle y me lo entregó diciendo:

—Todas las facciones, fijese bien, Mr. Head, facción por facción, son exactamente iguales. Este niño es mi hijo. ¿Será posible, continuó, dejando la criatura, que sospeche usted de mí?

—Dispénsame usted, pero no puedo menos de decir que sí. Tengo motivos muy poderosos para mis sospechas y los considero muy fundados.

Haciendo un esfuerzo para dominarse se volvió á sentar.

—Su acusación es harto grave para que me ofenda, dijo, pero creo que no ha medido usted bien el alcance de sus palabras. ¿Sospecha usted de mí? ¿Sospecha usted que yo he robado el niño de Mr. Durham?

—¿Dios me asista, respondí, como eso es verdad!

—¿Y se puede saber en qué se funda usted para creerlo?

Volvió á coger el niño y le puso sobre sus rodillas. La criatura, volviéndose hacia ella, empezó á jugar con la larga cadena de oro que pendía del cuello de lady Faulkner, y al mirarle recordé haber visto al hijo de Durham jugar con la misma cadena en el estudio de Lanchéster Gardens.

Brevemente expuse las razones que tenía para sospechar de ella. La dije lo que había oído en la Exposición, y empleé palabras muy duras en contra de Mme. Koluchy.

—El mero hecho de ser amiga de esa mujer, añadí para terminar, la acusa y la condena á usted. ¿Está usted enterada de quién es madame?

Calló durante unos instantes.

—Cuando regrese mi esposo, dijo por fin timidamente, sabrá protegerme contra tan infame acusación.

—¿Está usted dispuesta á jurar que es suyo el niño que tiene en los brazos?

—Sí, juraré, exclamó después de unos momentos de vacilación.

—¿Quiere usted prestar sobre la Biblia juramento de que es el hijo de usted?

Palideció visiblemente.

—No creo que sea necesario un paso tan grave.

—¿Pero lo hará usted? insistí.

Miró otra vez al niño, el cual, levantando los ojos, la contempló cariñosamente, exclamando:

—Señora bonita.

En el momento que pronunció estas palabras noté un cambio en su semblante. Se levantó y tocó el timbre. Una mujer de edad entró en el gabinete.

—Ama, llévese usted al niño, dijo lady Faulkner. Estoy dispuesta á jurar, añadió. En aquella mesa hay una Biblia; juraré en ella.

La tomó en la mano, repitió las frases usuales entre los escoceses y besó la Biblia diciendo solemnemente:

—Juro que el niño es hijo mío, nacido de mí.

—Gracias, respondí tomando de sus manos la Biblia y dejándola sobre la mesa.

—Creo, añadió en voz baja, que ya no puede usted exigirme más.

—Hay una nueva prueba, contesté, que pondrá fin al asunto. Si el niño que acaba de salir de aquí es hijo de usted no reconocerá á Mr. Durham, puesto que jamás le ha visto; pero si es hijo de mi amigo, reconocerá á su padre en cuanto le vea. ¿Quiere usted volver conmigo mañana á Londres y traer al niño? Si desconoce á Durham, me convenceré de que ha dicho usted la verdad.

Antes de que lady Faulkner pudiera responder se presentó un criado trayendo una carta sobre una bandeja de plata. La abrió, leyóla, y al terminar la lectura y levantar la vista me

pareció notar en su semblante una expresión de triunfo. Brillaban sus ojos y parecían desafiarme.

—Haremos la prueba, dijo. Iré con usted mañana á Londres.

—¿Pero llevando el niño?



JURO QUE EL NIÑO ES MÍO

—Sí, llevaré á mi hijo.

—¿Y permitirá usted que vea á Durham sin que esté usted delante?

—También accedo á eso.

—Está bien. Marcharemos mañana á primera hora.

Poco después salí de su casa, me dirigí á la oficina de telégrafos y puse un despacho á Dufrayer diciéndole que lady

Faulkner y yo iríamos en el primer tren de la mañana llevando al niño que aseguraba ella ser su hijo. Le encargaba que no anunciase nada á Durham.

Por la noche recibí contestación. «Ven lo antes posible, decía; Durham, muy grave.»

No me pareció conveniente hablar de la enfermedad del pintor á lady Faulkner, y á la mañana siguiente, según habíamos convenido, nos pusimos en camino para Londres.

Ningún ama acompañaba al niño, que pasó durmiendo casi todo el día. Lady Faulkner permaneció triste y silenciosa y apenas me dirigió la palabra. En una ocasión en que atendía yo á lo que necesitaba me miró fijamente diciendo:

—Como usted no me cree, Mr. Head, no me es posible tratarle con confianza hasta que deseche esas dudas tan injustas como ofensivas.

—No hallo palabras, lady Faulkner, contesté, para explicar á usted cuánto siento lo que está pasando, pero con la ayuda de Dios confío en que resplandecerá la justicia.

Se estremeció al oír mis palabras.

A las siete de la tarde llegamos á King Cross. Dufroyer me esperaba en el andén y se acercó al carruaje en cuanto nos vió. En la expresión de su rostro comprendí que traía muy malas noticias. ¿Habíamos llegado demasiado tarde para probar que el niño era de lady Faulkner?

—Anda listo, dijo con voz agitada. Durham se está muriendo. Mucho temo que lleguemos tarde.

—¿Qué es lo que tiene?

—Nadie puede averiguarlo. Langley Charton, el gran especialista de las enfermedades de los nervios, le ha visitado esta tarde y está desorientado. Sin embargo, atribuye la enfermedad al disgusto de haber perdido á su hijo.

Dufroyer pronunció estas palabras en voz baja y creyendo que ninguno más que yo las oía. Cuando terminó sentí que me tocaban suavemente en el brazo: era lady Faulkner.

—¿Qué dicen ustedes? preguntó aterrada. ¿Es verdad que Mr. Durham está muy grave, que pelagra su vida?

—Tan grave está, señora, repuso Dufroyer bruscamente, que dudo que lleguemos á su casa á tiempo para verle vivo.

Lady Faulkner dió un paso atrás, como si le hubiesen clavado un puñal en el corazón, temblando al mismo tiempo como una azogada.

—Tome usted el niño ;por favor! dijo con voz débil.

Cogí al niño en los brazos, nos metimos en una berlina y salimos á escape hacia Lanchéster Gardens.

Cuando entramos en casa del pintor, el doctor Curyon nos recibió en el pasillo.

—Llegan ustedes demasiado tarde, dijo. El pobre Durham ha perdido el conocimiento. Es el principio del fin, y dudo que viva hasta el amanecer.

Estas palabras fueron interrumpidas por una exclamación de angustia. Volví la cara y vi á lady Faulkner que había arrojado la capa y levantando el velo miraba fijamente al doctor.

—Repita usted esas frases, dijo.

—Señora, replicó el doctor, siento mucho causarla tan grave disgusto, pero la verdad es esa. Durham está gravísimo, ha perdido el conocimiento, se halla en la agonía.

—Necesito verle, exclamó. ¿Cuál es su alcoba?

—La que da á la escalera, primer piso, fué la respuesta del doctor.

Sin esperar á más subió la escalera precipitadamente. Nosotros la seguimos más despacio, llevando yo en los brazos al niño. En el momento en que llegábamos á la puerta, lady Faulkner salió, y al verme quedó inmóvil, como atontada; pero reponiéndose pronto, exclamó:

—Le he visto; una ojeada fué suficiente para convencerme de que el doctor decía la verdad. Necesito hablar con usted á solas ahora mismo, lléveme á donde no nos interrumpen.

Abrí la puerta de un cuarto contiguo y di la luz eléctrica.

—Deje usted al niño, continuó la señora, ó que le lleven de aquí. ¡Dios mío! ¡qué horror! ¡Esto es horrible! ¡esto es insopor-table! ¡Jamás creí que llegaría este caso!

—Lady Faulkner, interrumpí, ¿se da usted cuenta de lo que está diciendo?

—¡Sí, sí, de todo! ¡Ay, Mr. Head! tenía usted mucha razón. Mme. Koluchy es la mujer más perversa del mundo. Ella me dijo que podía traer el niño á Londres con toda confianza, que

había arreglado las cosas de manera que el padre no conocería al hijo ni el hijo al padre. Añadió que trajera el niño aquí, á casa de Durham, sin preocuparme de nada; que lo dejara todo en sus manos, que todo corría de su cuenta. Nunca pude figurarme que á este extremo llegarían las cosas. Confíe en su talento incomparable, pero no creí que sería capaz de algo tan horrible como esto. Acabo de ver á Mr. Durham y está cambiadísimo; hace estremecer la diferencia tan honda que se observa en su semblante. ¡Ay, Dios mío! esto le matará á él y á mí.

—Es preciso que me cuente usted todo lo que ha sucedido, dije con cierto énfasis, ahora que se ha comprometido usted y casi ha confesado la verdad. ¿De manera que mis sospechas se han confirmado? ¿De modo que ese niño es el hijo de mi amigo Durham?

—Sí, es el hijo de Loftus Durham, respondió, y yo soy la mujer más miserable y más desgraciada del mundo. Haga usted de mí lo que quiera. ¡Sí, sí! tuve valor para robar el niño, pero no puedo ni quiero llegar hasta lo último. ¡Esto es un crimen, un asesinato, Mr. Head! Si Mr. Durham muere, yo seré la responsable de su muerte. ¿No queda ninguna esperanza, no hay posibilidad de salvarle la vida?

—Es imposible decir ni hacer nada hasta que confiese usted toda la verdad.

—Pues la diré. Voy á referirlo todo en tan pocas palabras como me sea posible; mas para que comprenda usted por qué cometí tan horrible delito, es necesario que sepa algo de la historia de mi vida. Cuando yo era todavía muy joven murieron mis padres á consecuencia del hondo pesar que les causó la muerte de tres hijos más pequeños que yo, los cuales fallecieron uno después de otro cuando tenían un año de edad. Los tres sucumbieron de la misma dolencia. Yo me eduqué con una tía, que me trató siempre con despego, con severidad, sin la menor muestra de cariño. Cuando dejé de ser una niña, mi tía no pensó más que en casarme cuanto antes, á fin de quitarse de encima la molestia y la carga que yo representaba para ella. Sir John Faulkner se enamoró de mí cuando apenas había yo cumplido diez y ocho años y pidió mi mano. Yo le amaba también y accedí gustosa á su pretensión.

El mismo día en que quedé comprometida con él me encontré por casualidad al médico de mi casa, el que asistió siempre á mis padres y á mis hermanos. Tenía mucha confianza con él y le dije que pronto sería la esposa de sir Faulkner.

—Haces muy mal en casarte, me dijo con gran sorpresa mía, porque en tu familia ha existido una terrible enfermedad hereditaria.

Y me reveló que esa enfermedad era una parálisis muscular pseudohipertrófica que es hereditaria, aunque sólo ataca á los varones. Supongo que habrá usted oído hablar de ella.

Incliné la cabeza en señal de asentimiento, y añadí:

—Sí, una de las más terribles enfermedades hereditarias que se conocen.

Los ojos de lady Faulkner comenzaron á dilatarse; estaba agitadaísima.

—El médico, prosiguió diciendo, me aseguró que mis tres hermanos habían muerto de aquella enfermedad, la cual heredaron de mi madre, cuyos hermanos fallecieron también de igual mal. Si te llegas á casar, añadió, tus hijos la heredarán irremisiblemente.

Le escuché asustada. Le conté á mi tía, cuando regresé á casa, lo que me había dicho, y se echó á reir.

—Esas son tonterías de los médicos, añadió, y harás muy mal en despreciar un partido tan excelente como sir John Faulkner.

En una palabra, hizo todo lo posible por apresurar la boda.

No puedo recriminarla del todo, porque yo también estaba deseosa de casarme para poner término á la triste vida que llevaba con mi tía, y además me costaba trabajo dar entero crédito á las palabras del médico.

Me casé para saber poco después, por mi desgracia, que no había entrado en ningún paraíso. Mi esposo, aunque es bueno y me quiere, á los ocho días de nuestra boda me dijo francamente que, más que por ninguna otra cosa, se había casado por tener un hijo que heredase su fortuna. Añadió que, siendo yo fuerte, como parecía serlo, mis hijos lo serían también. En los tres primeros años de matrimonio no tuve familia; un poco más tarde nació un nene. Mi esposo quiso volverse loco de alegría.

Había casi por completo olvidado las indicaciones del médico cuando un día, teniendo el niño en mis brazos, las recordé de repente. Sin embargo, parecía fuerte y robusto y abrigué la esperanza de que la terrible enfermedad no se presentaría.

Cuando Keith, mi niño, tenía cuatro meses, mi esposo se vió obligado á marchar á la India, de donde pensaba regresar dentro de un año. Mi hijo se crió muy sano y hermoso hasta que cumplió los doce meses; entonces aparecieron los terribles síntomas. La enfermedad se dejó ver primeramente en las venas de las pantorrillas, las cuales se hincharon mucho. El niño estaba muy débil, y para andar tenía que inclinar el cuerpecito primero á un lado y después á otro.

Llena de terror y día tras día fuí observando el desarrollo de los síntomas, hasta que tuve que avisar al médico, el cual me dijo que había desatendido sus consejos y que aquello era el principio de mi castigo. Antes de retirarse me aseguró que el niño no tenía remedio, que no era posible curarle y que á lo sumo viviría unos cuantos meses.

Me dejó aterrada. No me atreví á decirle la verdad á mi esposo, porque sabía fijamente que, si la llegaba á saber, mi vida con él sería un infierno, puesto que no llegaríamos nunca á criar un hijo.

No puedo explicar lo mucho que sufrí. El invierno anterior, que fué cuando comenzó la enfermedad, vine á vivir á Londres. Consulté con los más afamados doctores, pero fué inútil, hasta que oí hablar de Mme. Koluchy y de las maravillosas curas que hacía. Fuí á verla y la conté mi lastimosa historia. Cuando la hablé de los síntomas de la enfermedad, me dijo que aun no conocía la ciencia remedio ninguno para aquella clase de parálisis muscular, pero que estudiaría el caso y que volviera á verla dentro de unos días.

Al día siguiente, estando paseando en Regent's Park, vi al hijo de Loftus Durham. Me extrañó mucho, y con una exclamación de alegría avancé creyendo que iba á abrazar á mi adorado nene. Tenía los mismos ojos, las mismas facciones, la misma estatura..... Era el mismísimo Keith, con la única diferencia de que aquél estaba sano y robusto. Entablé en seguida amistad con el precioso Robinito, y cuando fuí á ver á madame

Koluchy la dije que había visto un niño idéntico al mío. Entonces ideó el plan que ha tenido tan fatal desenlace, y me aseguré que lo único que necesitaba yo para realizarlo era un poco de valor. Muy pronto averiguamos que el niño era hijo de un pintor viudo, muy renombrado por la perfección con que hacía los retratos y que se llamaba Durham. Lo demás ya lo sabe usted. Resolví hacer conocimiento con Mr. Durham, y al efecto le encargué el cuadro titulado «Soldados, atención».

Es imposible describir las angustias que yo he sufrido este invierno. Madame me convenció de que debía enviar á su casa á mi hijo moribundo, el cual falleció hace próximamente un mes. Dominando mis horribles sufrimientos, dediqué entonces todos mis esfuerzos, mis pensamientos todos, al rapto de Robineto. El día en que lo realicé le llamé la atención en el parque, mientras un amigo de madame entretenía al ama, la cual debería haber sido también raptada para enviarla á América. Conseguido esto, la única persona que podía reconocer al niño, y, por consiguiente, á quien había que temer, era á su padre. Tuve mucho cuidado en enseñarle á que me llamara mamáita, y llegué á creer que ya había olvidado el nombre que me daba antes. Pero ayer en presencia de usted lo repitió, y esto indudablemente hizo aumentar las sospechas que tenía.

Cuando hube jurado en falso, renegando hasta de mi alma, llegó la carta de Mme. Koluchy, en la cual me decía tener noticias de que usted había salido para Escocia y que sospechaba sabía toda la verdad. Añadía que usted es su más temible enemigo y que en más de una ocasión la ha desbaratado sus planes, pero que ahora el triunfo era seguro. Es más, me proponía que accediese á la prueba que me estaba usted proponiendo en aquel momento.

Decía que lo había arreglado todo de manera que el padre no reconocería al niño ni el niño al padre, que tuviera confianza en ella, que trajese al niño aquí y que consintiera en que fuese presentado á Durham. El criado Collier, que también conocía al niño, fué despachado al campo por intervencién de madame, la cual fingió una carta de la familia del muchacho. Ahora comprendo lo que pretendía hacer. Madame mataría á Mr. Durham, y así aseguraba su silencio para siempre; pero eso no es posi

ble, Mr. Head. Por muy mala que sea yo, no puedo consentir que por mi culpa se cometa un crimen; sería yo tan criminal como Mme. Koluchy. ¡Por favor, por piedad, salve usted la vida de Mr. Durham!



ME PUSE Á EXAMINAR AL ENFERMO

—Haré lo posible, contesté. En vista de lo que usted me dice, casi estoy seguro de que Durham está sufriendo las consecuencias de un envenenamiento. Hay que averiguar cuál es. Y dispense usted que la deje, lady Faulkner, porque tengo que ver al enfermo.

Y me dirigí á la alcoba, donde me esperaban Dufrayer y el

médico. Había muy poca luz. Dije á la enfermera que trajese una bujía y me puse á examinar á Durham.

Al notar el cambio de su semblante retrocedí espantado. Era poco menos que imposible reconocer al pintor; no parecía el mismo. Respiraba tan débilmente que al principio creí que había fallecido ya. Me llamó la atención el estado de la piel de la cara y del cuello, que estaba hinchada y muy roja. Llamé á Durham, pero no me oyó.

—¿A qué es debida esta extraña inflamación? pregunté al médico que se encontraba á mi lado.

—Eso es lo que no podemos comprender, contestó; nunca he visto cosa igual.

Saqué los lentes y reconocí atentamente la cara del pintor. Era en verdad muy extraño. Cualquiera que fuese la causa, la inflamación había comenzado en diversos puntos. Me chocó mucho la forma tan particular de las manchas. Durham tenía el rostro cubierto de figuras que parecían estrellas, las cuales parecían irradiar de diversos centros. Mientras las examinaba recordé haber visto, no hacía mucho, manchas idénticas, pero no sabía fijamente cuándo ni dónde. Pero el caso, el horrible caso era que Durham se estaba muriendo, y que, según la confesión de lady Faulkner, Mme. Koluchy le mataba por algún medio tan desconocido como inevitable. La situación era terrible. Indiqué al médico que me siguiera, y juntos salimos de la alcoba.

—No hay tiempo, dije, para referir todo lo que pasa. ¿Se fijó usted en la agitación de la señora que vino conmigo? Acaba de hacerme una terrible confesión. Resulta que el niño á quien hemos traído es realmente el hijo de Mr. Durham. La misma lady Faulkner lo robó por instigación de la seudodocitora madame Koluchy.

—¡Madame Koluchy! exclamó el médico muy asombrado.

—Ella misma, la mujer más temible y malvada de todo Londres, maestra en toda clase de crímenes. Sin duda ninguna que ella tiene la culpa de la enfermedad de Durham, á quien está envenenando poco á poco. ¿De qué manera? Eso es lo que tenemos que averiguar. Y ahora que sabe usted lo más importante, tenga la bondad de volver conmigo á la alcoba del enfermo.



El médico me siguió sin decir una palabra.

Nuevamente me puse á examinar al pintor, y en aquel momento recordé dónde había visto manchas muy parecidas á las suyas: en placas fotográficas que habían sido sometidas á la acción inductiva de una descarga del cepillo de fuerza electro-motora obtenida del polo de alta tensión de una máquina reostática de Planté. Un profesor de electricidad me había enseñado las manchas en unas placas, llamando mi atención sobre el fenómeno.

—¿Han empleado ustedes algún remedio valiéndose de la electricidad? pregunté al médico.

—Ninguno, respondió. ¿Por qué lo pregunta usted?

—Porque he visto manchas idénticas á éstas producidas en la piel á consecuencia de haber sido expuesta demasiado tiempo á los potentes rayos X, y la apariencia de la cara de Durham es la que pudiera ofrecer una que ha recibido una descarga fuerte de un tubo de gran foco.

—No se ha empleado para nada la electricidad, repitió el médico, ni nadie más que nosotros se ha acercado al enfermo. Iba á continuar, cuando levanté la mano para imponer silencio.

—¡Chist! callad un momento, dije.

Profundo silencio reinó en seguida en la alcoba, en la que sólo se oía la respiración cada vez más débil del enfermo, cuyo semblante parecía ya el de un difunto. ¿Era yo víctima de alguna alucinación ó llegaba á mis oídos efectivamente el ruido de un zumbido muy distante que casi creía escuchar?

Una grande excitación se apoderó de mí.

—¿Oye usted, oye usted? le dije al médico, cogiéndole con fuerza el brazo.

—No oigo nada, respondió el médico. ¿Qué cree usted oír?

—¿Quién está en ese cuarto? pregunté inclinándome sobre el enfermo y tocando la pared de la cabecera de la cama.

—Esa habitación, señor, pertenece á la casa de al lado, contestó la enfermera.

—Entonces hemos dado con la solución, añadí. Dufrayer, doctor, vengan ustedes conmigo.

Salimos de la alcoba los tres apresuradamente.

—Es preciso, dije, que penetremos en la casa de al lado sin perder un momento.

—¿En la casa de al lado? exclamó el médico. ¿Pero es posible que la casa de al lado tenga algo que ver con la enfermedad? ¡Está usted loco!

—No, no estoy loco, contesté con severidad. Ya he dicho antes que aquí se está cometiendo un horrible crimen, y ahora manifestaré que de repente he comprendido cuál es la causa de la enfermedad de Durham. Ultimamente he dedicado mucho tiempo al estudio del efecto producido por los catodos de gran potencia y por los rayos X. Por lo pronto despiertan mis sospechas las manchas tan extrañas que aparecen en la cara de Durham. Hay que enviar á alguien á mi casa en busca de mi pantalla fluorescente.

—Yo mismo iré, dijo Dufrayer, el cual marchó en seguida.

—Ahora es necesario separar de la pared la cama del enfermo, continué.

—Así se hará, exclamó el médico mirándome con extrañeza.

Volvimos á entrar en la alcoba y media hora después tuve la pantalla en la mano. La acerqué á la pared, donde había estado la cama del enfermo, y se puso fluorescente en seguida.

—Me lo figuraba, dije sin poder ocultar la emoción.

Bajé corriendo, interrogué á los criados y éstos me dijeron que la casa contigua había estado desalquilada durante mucho tiempo, y que hacía cosa de un mes que se alquiló, aunque todavía no se hallaba ocupada.

Dufrayer y yo salimos á la calle para examinar las ventanas de la casa, la cual era idéntica á la de Durham.

Mi amigo, viendo mi empeño, estaba tan excitado como yo, y sin decir una palabra marchó corriendo á la brigada más cercana, de la que regresó al poco rato con dos hombres que traían una escalera de incendios, la cual fué colocada y sujeta en una de las ventanas superiores.

No tardamos mucho en penetrar en la casa. En cuanto pusimos el pie en ella llegó á nuestros oídos el zumbido de una máquina de corrientes alternas. Entramos en la habitación correspondiente á la alcoba de Durham y allí encontramos la explicación del diabólico misterio.

Arrimado á la pared, á pocos pies de donde estuvo la cama del enfermo, había un enorme foco con el electrodo de platino



EXAMINAMOS LAS VENTANAS

vuelto de manera que dirigiese los rayos á la pared. La máquina, encajada en un agarrador, estaba colocada sobre una mesa de pino cuadrada, encima de la cual se hallaba el cable de inducción mayor que he visto en mi vida. Abastecían el cable varios hilos procedentes del motor de luz eléctrica que surtía la casa. Otros hilos aisladores atravesaban

la habitación hasta un agujero abierto en la pared del otro extremo que conducía al cuarto inmediato, donde estaba situada la máquina de corrientes alternas. Sin duda se había hecho esto para que el zumbido de la máquina estuviese alejado todo lo posible.

—Las fuertes descargas del catodo y de los rayos X, semejantes á las que ha recibido Durham durante algunas noches consecutivas, dije á Dufroyer, son tan perjudiciales para el cuerpo que casi no comprendo cómo ha podido resistirlas hasta hoy. De todos modos, no creo que hubiera vivido muchas horas. ¿Le podremos salvar? Opino que sí.

De repente cogí á mi amigo por el brazo y añadí bajando la voz:

—Creo, Dufroyer, que al fin tenemos suficientes pruebas para *empapelar* á Mme. Koluchy. Con la confesión de lady Faulkner y...

—Volvamos inmediatamente para hablar con ella, interrumpióme Dufroyer.

Sin perder momento regresamos á casa de Durham, pero lady Faulkner había desaparecido. Cuándo ni cómo marchó, nadie lo supo. Al día siguiente nos enteramos de que madame Koluchy había salido de Londres, pero no pudimos averiguar á dónde había ido ni cuándo volvía; y en cuanto á lady Faulkner, dimos por seguro que, después de haber confesado la verdad en un instante de arrepentimiento, había acudido á Mme. Koluchy buscando su protección. Desde entonces nada se ha sabido de aquella desdichada señora. Su esposo no omitió esfuerzo ni sacrificio alguno para encontrarla, pero inútilmente.

Alejado de la influencia fatal de los rayos X, Durham se ha restablecido por completo. La alegría, la inmensa satisfacción de haber recobrado á su hijo ha sido, sin duda, la mejor medicina para él.

L. J. Meade y Roberto Eustace.



En la Serranía.



I

EPA el lector que á *Peñasquito*, el famoso contrabandista, le llegaron las duras, por cierta muerte que se le achacaba; pero yo sostengo, con informes de valer, que *Peñasquito* no hirió ni mató á nadie en su vida, ni ofendió á nadie tampoco ni de palabra ni de obra, como no fuese á los del resguardo, que estaban con él á la greña. Era *Peñasquito* derrochador, generoso, valiente; pero con la valentía especial del hombre que se arriesga á mil peligros para burlar á todo aquel que con él se ponga, escapando á uña de caballo sin hacer resistencia, sin derramar sangre, y volviendo después con doble terquedad y doble astucia, hasta salir airoso del gran empeño. De aquí la *gloria* que había alcanzado en todo el campo de Gibraltar y en las serranías rondeña y cordobesa.

Ya lo dije: nunca la mala suerte le puso en el trance de matar ó herir á un prójimo; le achacaron *aquello* por una delación misteriosa, y andaba el pobre á salto de mata; pero no había cuidado, era difícil que la Guardia civil le cogiese; le querían en la sierra como al chiquitín del hogar; no había cortijo donde no lo ocultaran; hasta decíase, aunque no lo creáis, que los mismos guardias civiles habían hecho la vista gorda en alguna ocasión... Y no digo la gente de la serranía, ni la Guardia civil, aunque es ya cosa de mayor aprieto; hasta los pedruscos de las

torreteras se hubiesen admirado y enternecido, viéndole pasar en su magnífico potro cordobés, con su manta jerezana y su retaco á la concha; con su cuerpo de rey, muy entallado; con su graciosa cara morena; con sus ojos negros, que abrasaban como soles, y sin pelo de barba, sin apuntarle el bozo aún, que era lo que á las tiernas serranas más conmovía... ¿Y de la ropa, Virgen, qué voy á decir? ¿Y aquel calzón corto, con broches de plata á los costados, muy ceñido á la pierna, de elegante dibujo? ¿Y aquellas polainas de becerro, con respuntes y correillas? ¿Y los zapatos, de becerro también, con sus espuelas vaqueras que daban la hora?... ¿Y qué diré, válgame Dios, de la camisa de pechera cañoneada, de cuello bajo, cerradito, con broches, pero broches de oro y unos brillantes engarzados en ellos, que valían un potosí; ni de la corbata de nudo, larga, de seda azul, cogida con la faja... ni de la faja, de seda azul también, ni del chaleco de gran escote, ni del marsellés finísimo? ¿Y aquel tan rico pañuelo que le cubría de la frente á la nuca, atado atrás con primoroso lazo? ¿Y el sombrero calañés?... Todo, todo en el mozo era fino, señoril, crujiente, estallante de lujo... ¿Y cómo iba nadie, sin dolor de su alma, por duro de alma que fuera, á atreverse con aquel querubín, salido de no se sabe qué cielo y bajado al mundo con no se sabe qué alas?

II

Pero, la verdad, no hay cosa perfecta, y la imperfección del contrabandista era su cariño á Rosario, la del lagar de *Los Murales*. Esto de la imperfección decíalo *Pepete*, un viejo garduño, fornido, feroz, de ojos redondos que echaban luces, de barba canosa, crespada como almohaza viejísima, y cejas formidables, cuyos pelos pinchaban como plumas de puercoespín.

No era pasión lo que *Pepete* sentía por *Peñasquito*, era locura; por eso rabiaba al pensar en el amor del mozo á la mozueta, creyendo que este amor iba á perderle. *Peñasquito* preguntábale alguna vez, riéndose:

—Pero qué, ¿no la quieres tú?

Y el garduño callaba, soltando un suspiro capaz de echar abajo un templo, y callaba, sin duda, por saber muy bien que

no amar á Rosario hubiera sido no tener corazón. Rosario, para que lo sepáis, era una flor de la sierra, con diez y siete años no cumplidos, garrida, briosa, que así se dan por aquellos andurriales; con una cara como una bendición, de divina y de blanca, porque el sol en diez y siete años no había tenido lugar de ponerla morena; con un pelo negro... con una cintura... con un busto... ¡Dios misericordioso! ¿Dónde aprendiste á modelar á las mujeres cordobesas? Y á todo esto sencilla como un niño, mansajona y humilde como si toda ella hubiese estado amasada con rosas de fuego, claveles blancos y gloria bendita.

A esta Rosario iba á ver *Peñasquito* con frecuencia, y cuando estaba algún tiempo sin darse la satisfacción gloriosa se moría, de tan mal morir, que el mismo *Pepete*, tragándose su rabia, tenía que decirle:

—¡A *Los Murales*!

Y allá iban los dos, al galope de sus caballos, y en *Los Murales* recibían á *Peñasquito* en palmas, mientras *Pepete*, gruñendo como nunca, quedaba á la puerta con los caballos del diestro, encomendándose á la Pastora divina para que en una de aquellas la Guardia civil, que podía estar en acecho, no atrapase al imprudente.

Juan Antonio se daba á los profundos con esta amistad de Rosario y *Peñasquito*. Era Juan Antonio otro que tal en lo tocante á bravo y guapetón; no era contrabandista ni diablo que lo pensara, que era hijo único de un ricachote arrendador de *Las Umbrías*, cortijo próximo á *Los Murales*. Tenía fama Juan Antonio de correntón y campechano; viajó mucho, estudió un poco; en una fiesta era imprescindible por su gracco; en un *cónclave* de mocitos, un rey por su rumbo; era valiente, cortés, comedido, dadivoso y muy popular en la sierra por tan humanas y generosas dotes.

Había sus dares y tomares entre Rosario y Juan Antonio; las mozas de los cortijos cercanos, y los mozos también, para que todo se diga, los habían visto en alguna ocasión juntos en *El Ribaxo* y allá por los paredones del molino de *Los Roquetes*, muy encendida ella, con la vista inclinada, doblando con mucho primor los picos de su delantal y estirándolos luego cuidadosamente, como si otra cosa no hubiese tenido que hacer en el

mundo, y hablándola él bajo, muy bajo, como habla el hombre que entona de verdad por vez primera su gran himno. Hasta decíase que ella le oía temblando... porque Juan Antonio, sin calzón con broches de plata, sin polainas con pespuntos y correíllas, sin atavíos de seda y demás zarandajas primorosas, era un portento por lo guapo y por lo hombre, hasta el punto de haber muchas mozuelas en toda la serranía que hubiesen escogido á Juan Antonio á ojos cerrados si las dejaran escoger entre Juan Antonio y *Peñasquito*. ¡Ay, escoger! ¡Qué más hubieran querido ellas!

III

Por conducto de *Cachitas*—pronto sabréis quién era este sujeto—llegó á Juan Antonio la historia oscura de que Rosario estaba engañándole con *Peñasquito*. Juan Antonio aborreció á *Peñasquito* desde entonces, jurando y perjurando que se bastaba y sobraba para quitar de en medio, en un periquete, á cuantos contrabandistas hubiera en el mundo, empezando con mucho método, como supondréis; quiero decir, por el novio... ó lo que fuera de la sin par Rosario.

Dicho y hecho: sin pedir permiso á nadie, porque Juan Antonio era lo que Dios sabía y se callaba en poniéndosele algo entre ceja y ceja, con el cinto atiborrado de hermosas doradillas, que no faltaban entonces, porque mi historia ocurría, si no cuando Fernando VII gastaba paletó, cuando Isabel II gastaba cocas y miriñaque, y al hombro la escopeta, que éra un primor de Dios con tanto arabesco de metal precioso y tanto ven que te vas de musarañas bonitas, allá traspuso á hacer un buen oficio á la Guardia civil, que no estaba en pormenores del *voluntario* que le salía para la persecución del justamente ponderado *Peñasquito*.

Y aquí tienen ustedes á la niña de *Los Murales* gimiendo y llorando porque Juan Antonio la dijo que era una infame engañosa con sus ojos de cielo, engañosa con su cara de Virgen, engañosa con su voz de sirena... ¡Engañosa con todo!... Y el sin ventura no se dió muerte, en su dolor, al decírselo, porque Rosario, la misma Rosario, se echó sobre él como una leona

para sujetarle, jurando después, con las manos en cruz, que ella no era capaz de una tropelía como la de hacer cara á dos hombres; que *Peñasquito* era *Peñasquito* y Juan Antonio Juan Antonio y allí estaba ella para mantenerlo, y que Dios la castigara si mentía; con cuya *verdad* se fué Juan Antonio por no matarla, pero jurando por Dios que donde viera á *Peñasquito* había de partirle el corazón de un balazo, sin más miramiento.

Con estas y con las otras, los padres de Juan Antonio andaban tristes; conocían al mozo y vivían sin vida, con el temor continuo de saber una desgracia. No pusieron mal cariz cuando les llegó la nueva, tiempo atrás, de quién era la moza en quien el niño puso los ojos, que era Rosario un dije por lo salada y honesta. Anduvieron además en secretas averiguaciones, de las cuales averiguaciones no resultaron datos profusos, pero sí los suficientes para comprender que aquellos tíos no eran tíos ni quien tal vió, y que detrás de la niña había quizás una carretada de peluconas que iba á meter miedo.

Tenéis, pues, que los padres andaban avispados y caritristes; Juan Antonio, con las de Caín, por cerros y cañadas; *Peñasquito*, cuidadoso, por tener noticia quizás del buen arrimo que con su rival iba á echarse; Rosario, sin saber á qué santo dirigir sus rezos, y sin saber nadie tampoco quién era, entre los dos de su devoción, el santo bonito á quien la mal aconsejada encendía velas; *Pepete*, encomendándose á la Pastora divina, con lo que hacía sonreír, sin que se supiera por qué, á *Peñasquito*, y esperando la gente, en unas cuantas leguas á la redonda, pues tal renombre tenían la zagala y los dos mozos, á que anocheciera alguno y no amaneciera, de una puñalada limpia ó un balazo en el corazón... Y metió también á Rosario, por pensar la gente que no era Rosario la que mejor iba á librar.

IV

Pues señor, bueno; llegó la *viaja* del Corpus y toda la serranía estaba de fiesta. Aquella mañana se levantó *Peñasquito* como un sol de hermoso en las ventillas de Alcolea, donde había pernoctado. Inmediatamente mandó á su guardaño á Córdoba á un negocio de mucha gravedad, citándole para aquella

misma noche en el cortijo de *Los Cameros*, que estaba muy cerca de *Los Murales*, quedando entre los dos el molino de *Los Roquetes* y la hacienda de *Las Tres Cruces*, hacienda, precisamente, donde se había hecho un robo de consideración algunas semanas antes, sin que hubiese sido posible encontrar al ladrón ó los ladrones, sin que hubiese quedado rastro alguno; un robo misterioso, en fin.

El garduño se fué á Córdoba muerto de inquietud, porque sabía que aquella noche habría en *Los Cameros* un fandango de mil demonios, y que Rosario tendría que estar allí y Juan Antonio también, y que *Peñasquito* no iba á dejar de presentarse por eso... ni la Guardia civil tampoco, probablemente... Y, en fin, que hasta las hierbecitas del suelo iban á fenecer del tormentazo que amagaba.

Los datos verídicos son los que siguen: salir *Pepete* para Córdoba y tomar *Peñasquito*, al paso, en su potro cordobés, el camino de *Los Murales*, todo fué uno; estaba el cortijo cuando él llegó como corral alborotado de mozas y mozos, disponiéndose para ir á la fiesta. Allí estaba *Cachitas*, el pastor más embustero de los conocidos en toda la redondez del globo; allí le vió *Peñasquito* con su zamarra y sus calzones de zaleas, su sombrero de alas caídas, como embudo vuelto hacia abajo, sus ojillos de astuto y ardiente mirar y su boca de dientes enormes; allí podía vérselo, mandado por la Bastiana y el *Metidito*, arrendadores de *Los Cameros*, que bautizaban á su primer infante aquella noche, y el zagal iba, desde el día anterior, de cortijo en cortijo invitando á la fiesta, sin otra credencial de su embajada que el zurrón sucio y la gran caracola.

¡Y que no era jaleo el que había en el cortijo con las bromas al zagal y el pensamiento de la próxima fiesta! Los cortijeros, con las personas graves, habíanse metido en conversación referente al robo del cortijo de *Las Tres Cruces*, que estaba dando mucho que decir. «Sólo faltaba que se lo achacasen también á *Peñasquito*... ¡Rosario sí que se encendía con esto, hombre! ¡Hubiera sido cosa de morirse!». *Peñasquito* reíase oyéndola, aunque también estaba intrigado por lo misteriosamente que el robo había sido hecho; pero tenía seguridad de que nadie, ni aun la Guardia civil, sospechaba de él. Su reputación de hom-

bre honrado era mucha; él *en lo suyo* siempre, sin salirse de allí, y ya se sabe que en España robar al Gobierno no es delito, si moralmente se considera, y más bien que quitarlo da mucho honor, no sé si por un refrán que atañe á los ladrones, del que no quiero hacer mención aquí. En cuanto á la muerte que se le achacaba, he dicho ya que nadie creía en aquello.

Hallábanse el galán y la moza sentados en el poyete del cortijo, muy ajenos á la mirada traicionera que *Cachitas* dirigiales con sus ojillos ruines y al pensamiento en que sin duda se regocijaba; porque no saben ustedes hasta qué punto tenía el zagal el alma torcida por haber nacido así con ella, ni hasta qué punto se le había torcido más desde que se enamoró ;Dios piadoso! de Rosario la de *Los Murales* y desde que dió en discurrir que Rosario no sería para él. En su chozón del monte pasábase las horas en una pura queja, rabiando y echando bilis de la herida de su corazón gangrenada; no tenía que meterse en averiguar lo cierto de su desventura preguntándosele á Rosario, porque sabía demás que Rosario moriría mil veces antes de consentir que él tocara con las puntas de sus dedazos de uñas horribles uno de aquellos picos del delantal que ella torcía y destorcía tan confusa cuando Juan Antonio decíale ternezas.

Rosario, temblorosa, pálida, dolíase en tal ocasión, entrecorradamente, de la temeridad del mozuelo. «Algunas parejas de la Guardia civil habían pasado por *Los Murales* con frecuencia sospechosa; alguna vez se habían deuido con un pretexto... ;Y echaban unos ojazos á todos los rincones!». Y *Peñasquito* reía, reía siempre, llenándola de requiebros, que hacían sonreír á la niña de *Los Murales* á través de sus lágrimas, acabando siempre también el testarudo del mozo con el mismo estribillo de que aquella noche la llevaba en su caballo á la fiesta de *Los Cameros*, para hacer rabiarse á todo el mundo, y á las florecillas de la tierra, y á los luceritos de la altura.

V

Oyó el zagal á *Peñasquito* y se fué con el corazón amargado. Caminaba, caminaba, sin dejar de ver á la pareja del poyete, no en *Los Murales*, sino allá en un oscuro rincón de su cerebro,

como una estrella lejana que lucía más cuanto más diminuta hacíaese, hasta parecer el rayo de luz de un diamante, pero un rayo que atravesaba sus sienes como un cuchillo y le partía el corazón y le rasgaba los pulmones.

Fué en *Las Tres Cruces*, aquel cortijo del robo, donde encontró al niño de *Las Umbrias*; allí había también una gran marejada de la gente que iba á *Los Cameros*. Bien pronto hízose visible *Cachilas*. Juan Antonio corrió á él, preguntándole:

—¿Y Rosario?

La respuesta fué inmediata: «A Rosario la había visto en *Los Murales* sentadita en el poyete, dándose el agua á buches con *Peñasquito*... ¡Válgame la Virgen, qué tierno estaba aquello!».

—¡Con *Peñasquito*! fué lo único que habló Juan Antonio; se escapó la frase de su boca en una vibración lúgubre; sus ojos llameaban; cogiendo la escopeta salió sin decir más: iba á *Los Murales*... Y alejáronse también los otros camino de *Los Cameros*, con *Cachilas* delante tocando su caracola...

Los últimos ecos de la caracola llegaban al corazón de Juan Antonio quejumbrosamente. Era al oscurecer, cuando las estrellas empiezan á lucir, cuando el reposo del campo llena el alma de quietud; cuando el hombre, en la inmensidad silenciosa, cree estar más cerca de Dios.

Iba Juan Antonio sin oír el rumor de sus pisadas siquiera: sólo tenía pensamiento para acordarse de que la noche anterior habló con Rosario; fué en el molino de *Los Roquetes*; ella estuvo extremosa, apasionada; le convenció. «A nadie en el mundo podía amar como no fuese á él; no había hombre tan valiente, tan hermoso»... Le parecía sentir la voz de Rosario, vibrante y dulce, su aliento suavísimo, la presión de su mano fina; á la luz de la luna había visto su cara serena, sus ojos pensativos; la vió mover los labios blandamente, como dos flores que se besan, para decir quedo, muy quedo, en un suspiro, que él era el hombre de su amor... «¡Como él no la quisiera, ella moriría!» ¡Y le engañaba... le engañaba ella!

Apretó el paso y apretó la escopeta en sus manos crispadas... Pero al llegar al molino desfalleció de pronto; su sangre dejó de circular, su corazón no latía... Allí fué donde Rosario le hizo sus juramentos la noche antes; en aquel lugar misterioso, lleno

de adelfas con sus florecillas rojas; entre aquellos álamos que se inclinaban levemente al impulso del viento; junto á aquellas aguas, despeñándose sin cesar y resonando con ecos graves, como la voz de Dios, en el silencio de la noche.

Sacándole de sus ideas, oyó de pronto la voz alegre de *Peñasquito* animando á su caballo. Y apareció el contrabandista... ¡Gran Dios!... ¿Era verdad? ¿No era Rosario la que iba á la grupa? ¿No estaba loco? ¿No era ella, rodeando con su brazo, para sostenerse, el cuerpo de su rival? Por un instante, el cielo, la campiña, el molino con sus piedras enormes, con sus muros, con sus aguas despeñándose, todo se metió en su cerebro, chocando, destruyéndose allí. ¡Era ella!... ¡Y qué grupo tan singular y artístico el de Rosario y el contrabandista en el noble potro andaluz!

Se echó la escopeta á la cara... fué á disparar... Pero tirando la escopeta lejos de sí, en un súbito arranque del generoso corazón, queriéndose rasgar las ropas en su locura para exponer el pecho desnudo, gritó á *Peñasquito* desoladamente:

—¡Mátame, por Dios! Un balazo en el pecho será mejor para mí que ver á esa mala hembra en tu caballo contigo.

—¡Aparta! gritó también el contrabandista.

Rosario, temblorosa, anhelante, transida de terror, murmuraba:

—¡No, no, Juan Antonio!

Pero él no la oía... no la oía, diciéndole á *Peñasquito*:

—¡Mátame ó deja que te mate yo! ¡Por la Virgen, que me escuches! Si no quieres aquí, dime dónde; los dos solos, para que esa mujer, que es mi ruina, no se ponga por medio.

—¡Habla... habla! decía Rosario á *Peñasquito* en voz moribunda. ¡Ay! ¿Pero no ves que está loco?

—¡Aparta! repitió el contrabandista fieramente.

—¡No; el sitio y la hora! ¡Dímelo ó mátame aquí delante de ella!

—Ni sitio ni hora. Donde primero nos veamos.

—Bueno... Pronto, esta misma noche será.

—Sea esta noche.

Y todo esto acompañado de los suspiros, de las lágrimas, de los ayes de Rosario. Y de pronto unas voces duras, imponentes:

—¡Alto... alto á la Guardia civil!

—¡Salta, caballito de fuego! gritó el contrabandista, clavando la espuela en el ijar. Y el ardiente bruto dió un bote resoplando furioso, se plantó del bote allá en la espesura y se perdió al segundo con la sin par Rosario y *Peñasquito* el famoso, cual visión trágica de luz y sombra, en las soledades de la sierra.

VI

La Guardia civil pidió informes á Juan Antonio del lugar adonde *Peñasquito* pudiera haberse encaminado; él no contestó, pero *Cachitas*, presentándose de pronto, señaló hacia *Los Cameros*: «*Peñasquito* llevaba á la fiesta á la niña de *Los Murales*. Lo ofreció y lo cumpliría».

Y allá traspuso la Guardia civil por una senda, á paso regular, en el cumplimiento de su deber; allá traspuso por otra Juan Antonio rápidamente, empujado por sus celos, y allá traspuso, en fin, el zagal por la espesura del monte, en carrera loca, empujado por sus celos, por su maldad y por su envidia.

¡Y que no era barullo el de *Los Cameros* cuando llegó *Peñasquito*! Había debajo del emparrado, y fuera de él, un personal de mozas y mozos que metía miedo. La niña de *Los Murales*, silenciosa, abatida, bebíase sus lágrimas, como quien dice, para que su dolor no se trasluciera, y *Peñasquito*, febril, nervioso, traduciase su impaciencia y nerviosidad en risas y requiebros á las mozas.

—¿Y *Pepete*? había preguntado cuando llegó. Le dijeron que no había ido, y desde entonces fué de un lado á otro, metiendo bulla como nadie; pero á Rosario, que le conocía bien, no se le escapaba la ansiedad de que era presa. Volvía sin cesar los ojos al camino de Córdoba, en medio del alegre frenesí á que parecía entregado, como si esperase ver llegar su salvación por aquel camino.

Pero lo que iba á llegar era la benemérita con sus carabinas y sus tricornios, y no ya una pareja, sino varias, y no ya por un camino, sino por varios también; de lo que se trataba sencillamente era de coparle con todas las de la ley. Los mozuuelos últimos que llegaron estaban allí para jurar que los habían visto.

por sus propios ojos... No era necesario, por otra parte, hablar del niño de *Las Umbrías*.

A todo esto, las mujeres, sin sacar una, procesaban, sentenciaban á muerte y ejecutaban la honra de Rosario por aquel trance en que había puesto á dos hombres de tanto valer, y *Cachilas*, en un rincón desde hacía pocos segundos, como reptil apretado entre dos piedras, miraba á Rosario jadeante, con ansiedad de furia, con los ojillos flamígeros, y miraba también al contrabandista, relamiéndose como perro de presa próximo á dar la dentellada.

Bueno, señor, á *Peñasquito* que no le fueran con *embages*; él no se movía de allí aunque se descolgaran en el cortijo toda la Guardia civil española, Juan Antonio y todos los mocitos en celo de la España y sus Indias; lo que él quería era bailar; si alguna moza de rumbo estaba en lo mismo, allí le tenía á él, digo, si él era bastante, y si no que cantara Rosario, por dar gusto y nada más que por eso. Se aproximó Rosario, muerta de inquietud, á una silla que *Peñasquito* colocó junto al de la guitarra. Empezó el *tocaor*, empezaron á jalear, empezó la fiesta; pero *Peñasquito*, muy alegre al parecer, no estaba en lo que hacía, sino en aquel camino de Córdoba, por donde *Pepete* no llegaba nunca. «¡Ay, guarduño, guarduño mío!». Y retorció sus manos con desesperación, sin que nadie le viera, y lloraba... lloraba, ni más ni menos que una infeliz mujer.

Cantó Rosario y el cortijo iba á hundirse; la flor de *Los Murales* sería todo cuanto se antojara, y habría dado que decir con Juan Antonio y *Peñasquito* lo que hubiera dado, pero era la moza andaluza de más rumbo y más fina que hombre ninguno vió: cuando cantaba, el campo alegrábase; cuando bailaba, la tierra se estremecía; los palillos en sus manos eran campanillas de oro tocadas por serafines; había que verla en una fiesta, pero había que verla y oirla también, al echar su copla, sentada en el trillo y restallando el látigo al son de los cascabeles de las mulas; el campo y el cielo sonreían, y hasta los granos de trigo escapábanse de las granzas, como cuentecitas de oro, para ponerse en su corona de reina.

En la copla estaba, y con un tal gorjeo, que todos los ruiseñores quedáronse callados, muertecitos de envidia, y todo el

mundo oyéndola suspenso, sin respirar, con el corazón encogido; un gorjeo tan de la gloria, tan puro, tan sutil, que hasta se oía el gotear de la alcarraza en las losas del poyete... Pero de pronto cortó Rosario la copla, lanzándose á la vez, como una fiera, á Juan Antonio, que acaba de presentarse blandiendo su cuchillo, cuya hoja relucía siniestramente á la luz de la luna...

¡El revoleo que hubo! Otras mujeres lanzáronse también á Juan Antonio, las demás á *Peñasquito*... Y ahora viene á punto hacer observar el valor de estas hembras para plantarse entre dos ó más hombres que se acometen, y luchar con ellos á brazo partido hasta desarmarlos y hacer concluir la pendencia. ¡Ay, cuántas acabaron trágicamente, para gloria y honor suyos, en trances así! ¡Ay, cuántas veces la sangre brava y generosa de la mujer andaluza selló la paz entre dos hombres que combatían, muriendo feliz ella por haberles evitado la muerte!

Juan Antonio se revolvió fiero; *Peñasquito*, cruzado de brazos, sonreíase con tan amarga piedad, que parecía imposible en aquel rostro de mozolejo, aprendiz de la vida; las mujeres gritaban, los hombres interponíanse también, la niña de *Los Murales* moría de terror, y sus ojos de muerta tenían unas lágrimas paradas en los párpados, á medio abrir, como dos estrellas grandes, de las más grandes que había en el cielo... Y de repente, como un terror sobre otro, como una herida sobre otra, la Guardia civil por todas partes: acá, allá, rodeándolos, apuntándolos con las carabinas, y vibrando aquí y allí, téticamente, aquellas voces:

—¡Alto!... ¡Alto!...

Fué un instante de quietud inmenso, de frío en el alma, de pánico absoluto. Juan Antonio bajó el cuchillo; Rosario, entre las mujeres, parecía en las últimas; el contrabandista mordíase los labios con rabia, mirando siempre al fatal camino, y la consternación de las hembras mostrábase en las lágrimas silenciosas y los desmayados ánimos. ¡Qué segundo! ¡Entonces sí que se oían los alientos y hasta el gotear de la jarra en las losas del poyo! Los nardos y los alelies de las cabezas de las mujeres y las otras flores de los tiestos y los arriates perfumaban la escena. La luna, en todo su fulgor, los alumbraba.

Los cañones de las carabinas y las fundas de charol de los

tricornios despedían risillas siniestras, arrancadas por la luz, como aquella otra risa del zagal de *Los Cameros*, metido siempre en un rincón, con su zamarra y sus calzones de zaleas y escondida la espantosa cara de bruto del Apocalipsis en el embudo particular de su sombrero derrotado.

Pero aquel segundo formidable lo cortó también el furioso galopar de un caballo. Lanzó el contrabandista una exclamación ansiosa, y preguntó en un grito, cuyo eco vibró en toda la campiña:

—¿Lo traes?

—¡Sí! contestó *Pepete*. Y al instante, la cabalgadura que llega, *Pepete* que salta al suelo, que corre á *Peñasquito* y le da un papel doblado.

El contrabandista estaba entre los civiles, que se disponían á atarle codo con codo; las mujeres protestaban con lágrimas y lamentos; los hombres tragaban bilis de coraje por la situación de *Peñasquito* y por su terquedad, que le puso como á un infeliz en poder de los guardias; la niña de *Los Murales* transida de dolor, sin pensar en Juan Antonio, miraba á *Peñasquito*, como si con él fueran á irsele los pocos hábitos que ya tenía; Juan Antonio apretaba el cuchillo, viendo á Rosario mirar á su rival, y *Cachitas* revolviase en su cubil con espantosa convulsión de alegría, y revolviáanse sus ojillos, centelleantes de perversidad y locura... cuando *Peñasquito* cogió el papel y, sin mirarlo, sin desdoblarlo, lo entregó al sargento, diciéndole risueñamente, con una voz de armonía maravillosa:

—Estoy libre. Es mi indulto.

VII

Fué cosa de enloquecer. ¡El indulto! ¡Sí, el indulto! Los guardias se alejaron después de saludar. *Peñasquito* quedaba libre. Las mujeres alzaban los brazos con frenesí espeluznante para dar gracias á Dios; los hombres se daban las manos y jaleaban á *Peñasquito*. ¡Qué barullo! El *tocaor* dió cuatro golpes al guitarra; una moza salió como un demonio, con una copla que parecía una bala; todos gritaban y reían... Hasta cantó el gallo.

La niña de *Los Murales* salió de su estupor de muerte y corrió

á *Peñasquito*, abrazándole, colgándose de su cuello, sollozando, mirándole con sus ojos de Dolorosa... ¡Ah, pero estaba allí Juan Antonio! Tal latigazo sintió en su sangre al ver aquello, que se lanzó para herir de firme y acabar de una vez. ¡Derecha iba la hoja, Cristo piadoso! *Peñasquito*, que le observaba, empujó atrás á Rosario prontamente, y él se echó atrás también en un movimiento de pantera. Salváronse por milagro.

Fué el niño de *Las Ubrías* sujeto por los hombres y bramaba de coraje, pero con razón sobradísima al decir de algunas escandalizadas hembras, por el desgarramiento y poca compostura de Rosario. Un grito de súplica de Rosario, dirigido al contrabandista, hizo sonreír á éste; pero no ya con la anterior amargura, sino de placer franco, que destelló como el sol en sus ojos y en su boca. Riéndose aún, dijo muy gentilmente á los que sujetaban á Juan Antonio:

—Vamos, lo que no pasó antes va á pasar ahora; venga aquí esa fiera; á soltarla pronto, pronto, que tengo también un indulto para librarme de su cuchillo.

Rosario se lanzó á Juan Antonio con rostro divino de indulgencia y piedad, diciéndole:

—¡Pero mira á *Peñasquito*!... ¡Mírale bien!... ¡Ay!... ¿No estás viéndole?

Peñasquito exclamaba entonces con voz temblorosa de risas y lágrimas:

—¡Que venga la fiera! ¡Que venga y mate á una mujer!

Y quitándose el sombrero de paredilla, y arrancándose de un tirón el dique del pañuelo de seda, dejó rodar por sus hombros y espaldas, en bellas ondas, un mar desbordado de cabellos negros.

Fué un instante indescriptible. Era ya demasiado. Los corazones retorcíanse queriendo saltar de impaciencia. ¡*Peñasquito* una mujer! Juan Antonio tiró el cuchillo, como si la luz se hubiese hecho de pronto en su cerebro, y aproximándose á *Peñasquito*, decíale en voz trémula:

—¡Pastora!... ¡Eres Pastora, la hermana de Rosario!

Y *Pepete*, limpiándose unos lagrimones como puños, exclamaba acongojado de felicidad:

—¡Válgame la Pastora!

—Sí, Pastora soy.

¡Con qué sal habló después que se hubo recogido graciosamente el pelo! Dirigiáse á Juan Antonio al hablar, pero la escuchaba un inmenso círculo con atención religiosa.

—Soy aquella hermana de quien Rosario te habló tantas veces, diciéndote que era su única familia y que estaba lejos, muy lejos. Contrabandista fuí porque Dios lo quiso, pero no quise que lo fuera mi hermana menor, este pimpollo que aquí ves. De la misma Córdoba, que es nuestra tierra, la traje á guardar á personas de mi confianza, que no son tíos nuestros, sino parientes de *Pepete*, el garduño que ves aquí también; y ya pude navegar más tranquila con mi ropa de hombre y mi garduño, el criado, el amigo fiel de nuestros padres; de nuestros padres, que tenían riquezas y fueron pobres de pronto por azar de la suerte; de nuestros padres, muertos en la juventud de tristeza, de dolor tal vez, dejándonos tan niñas y tan desamparadas. ¿Por qué fuí después contrabandista? Por gratitud á *Pepete* que nos crió, sin poder, con mil penas; por cariño á Rosario; por ganar pronto y mucho, y, en fin, ¿no lo dije antes? porque Dios quiso. ¿Qué más? Se calló que éramos hermanas, previniéndonos, para evitar que la justicia molestase en alguna ocasión á Rosario. Se guardó también el secreto contigo hasta saber primeramente si de verdad la querías, y para castigarte después por tu desconfianza. Cuanto más desconfiado eras, más cólera sentía yo y más te hice penar. Hasta le prohibí á Rosario que te revelara el secreto, bajo pena de no casarse contigo si desobedecía. Pero ya acabó todo, mi indulto es la señal de paz; como no maté ni herí á nadie, como no robé, se pidió, se trabajó con ganas y me lo consiguieron, quitándome de encima también el achaque de aquella muerte. ¡Y en qué hora tan buena llegó el papelito, Santa Madre! ¡Ea, y se acabó mi cuento!

—Perdóname, Pastora, suplicó Juan Antonio tristemente.

—Que te perdone ella, que fué la ofendida.

¡Perdonar á Juan Antonio! No solamente eso, sino que tuvo Rosario ocasión para decirle todavía bajo, muy bajo, como en un suspiro:

—Perdóname tú, pero lo mandaba Pastora... y ya ves, ya ves el castigo que me prometía.

De los comentarios, de los aspavientos de hombres y mujeres... no quiero decir; pero la nota más bella y humana fué el estallido de todos los pechos henchidos de ternura en una aclamación á la niña de *Los Murales*. Nadie supo, nadie dijo por qué, pero estaba latente en todos; aquella aclamación había sido para absolverla.

—Vamos, gritó Pastora, siga la bulla... Y desde mañana á vivir en paz, sin aperreos, y á casar á los chiquillos.

—¿Y tú, Pastora? exclamó de pronto uno de la fiesta.

—Si yo no encuentro con quién, contestó ella con viva gracia, me quedaré para vestir santos, con mi hermanita de mi corazón y con este tonto que ha querido matarme. Conque una copla es lo que aquí hace falta.

VIII

Se armó el jaleo; cantaron algunas mozuelas, cantó también Rosario, pero esta vez tampoco pudo acabar su copla. Interrumpió la fiesta la Guardia civil, que regresaba con un preso, para tomar otra dirección, desde el cortijo. ¡Y qué preso, buen Dios! Era *Cachitas*.

Cachitas se volvió loco, y el alma y el corazón, aunque sea mucho decir, se le salieron por la boca cuando supo que *Peñasquito* era una mujer, que la historia se acababa, que no iban á matarse dos hombres rivales, porque la rivalidad era ya imposible. Mientras aquella rivalidad existió pudo vivir, pensando que podrían matarse ó matarla á ella; todo menos saber que tenía un dueño. Arrastrándose como un reptil salió á la campiña; se revolvió allí, golpeando el suelo con pies, cabeza y puños, haciéndose pedazos, escupiendo veneno y maldiciones como bestia rabiosa. Lo encontró la Guardia civil, tomándole quizás por un monstruo que abortó la noche en el camino. Le cogieron con mil fatigas entre todos, magullado, estropeado, con los ojos saliéndosele de las órbitas, la cara horrible, cayendo la sangre y el sudor de la frente para unirse con la viscosidad blanquizca de su bocaza enorme; en el maquinal impulso de aquella momentánea y aterradora expansión de sus facultades de hombre y bestia, con gritos horribles, sin

aguardar á que le hablaran, lanzó de sus labios esta verdad, la única que dijo mientras vivió:

—¡Que me cojan y me ahorquen! ¡Soy *Cachitas!* ¡Yo hice la muerte que á *Peñasquito* le achacaban! ¡Yo lo delaté para perderle! ¡Yo soy el ladrón de *Las Tres Cruces!*

Y cuando convenció á la Guardia civil de que debían atarlo y llevárselo, entró ya en una calma siniestra, como al pensamiento de haber cumplido su misión. ¿Sería un filósofo á su modo? ¿Se habría vengado de su odio á la Humanidad en sí mismo?

¡No fué tira de cuerda la que le liaron! Pasó por *Los Cameros* cuando la niña de *Los Murales* echaba su copla, bien ajena de haber sido el destino de aquel hombre. ¡Qué mundo! Allá iban... allá iban hasta que se perdieron en la sombra... hasta que se perdieron, con las risitas calladas, siniestras; de los cañones de las carabinas, del charol de los tricornios y de los ojillos flamígeros.

¡Ay, Dios! ¡Conque fué por *Cachitas* por quien Pastora tuvo que andar á salto de mata! ¡Conque fué *Cachitas* quien hizo la muerte! ¡Conque fué *Cachitas* el delator! ¡La que hubo allí de felicitaciones á Pastora, porque al fin se veía libre de verdad del achaque de aquella muerte!

Como la desgracia de *Cachitas* no apuró á nadie, porque de nadie se había hecho querer, y como la Humanidad no es perfecta, pidieron á Rosario que cantara y cantó al fin, y acabó la copla y empezó y acabó otras muchas, y no fueron primores los que allí hizo, sin contar los otros primores que las demás hicieron, hasta que allá á la media noche lleváronse á las dos hermanas como en procesión á *Los Murales* con un parrandazo que ardía la sierra...

Y cuéntase que Rosario y Juan Antonio se quedaron un poco atrás, cuando pasaban por el molino de *Los Roquetes*; y allí, en aquel lugar misterioso, en aquella majestad de la noche, ante aquella decoración fantástica y peregrina de árboles susurrantes, con aquel fondo del molino, cuyos muros viejos blanqueaban vigorosamente á la luz de la luna, y aquellas aguas saltando con estrépito de un cauce en otro, salpicando con sus diamantes las adelfas, las juncias, las hiedrecitas humildes;

en aquel lugar, en fin, arca santa de los recuerdos apenadores ó alegres de la niña de *Los Murales*, exclamó ella muy conmovida:

—Fué esta misma noche; aquí, aquí me dijiste mala hembra.

—Sí, respondió él tristemente, y aquí mismo te dije anoche que eras una santa. Pero ahora... ¿qué te podré decir ahora? De cualquier modo, la lección no puede ser más dura. Rosario, añadió después con noble dignidad, no será con promesas con lo que me excuse; me excusarán mis actos, yo te lo juro, mis actos... y el tiempo.

Volviéronse prontamente al oír hablar á su espalda. Era Pastora.

—Vamos, exclamó ella, por lo que has dicho hacemos las paces para siempre... Porque no creas, tenía mi inquietud. Pero óyeme, Juan Antonio; óyeme tu también, Rosario: no es una muchacha de vuestra edad, poco más ó menos, la que os lo dice; es una mujer que trabajó en lo que supo y pudo para que su hermanita menor no pasase miseria, y que aprendió más de lo conveniente tal vez en sus recios trabajos; no os guiéis por apariencias si deseáis vivir tranquilos. Las apariencias engañan y esos engaños pueden traer desdichas grandes. Ya ves, Juan Antonio, lo que has sufrido guiándote de apariencias al tomarme por un hombre; ya ves, Rosario, que estuviste á punto de perder tu honra, porque los demás, como Juan Antonio, se guiaron de apariencias también; por apariencias y nada más que por eso se me ha creído hombre, y hombre capaz de todas las valentías; y no sé lo que hubiera podido acarrearle mi celebridad á seguir así, cuando sólo soy una pobre mujer que estaba siempre loca de miedo al pensar en lo que podría ocurrirme á cada hora y el abandono en que mi Rosario quedaría. No, apariencias no. El hombre, tanto como la mujer, deben vivir seguros de sí mismos, con un corazón independiente, sin orgullos necios, sin prejuicios vanos, cogidos á la verdad y á la razón como el único apoyo que les evite caer ó les alivie la caída al andar por el mundo. Creedme, niños míos; si eso no es la felicidad, porque la felicidad no se encuentra ni con candil, le anda muy cerca... Y no hay que preguntar á *Peñasquito* quién le enseñó estas cosas; no hay que

preguntárselo, porque vosotros no sabéis lo que se aprende corriendo por el mundo como yo lo hice. Que Dios me lo perdone por la buena intención. Mucho aprendí, pero sin dejarme atrás lo más hermoso que una mujer, para serlo como Dios quiere, ha de tener muy guardado: la ternura del alma y la buena opinión de hembra. He dicho. ¿Hay un abrazo para mí?

Abrazáronse. Las aguas seguían saltando espumosas y salpicando sus diamantes heridos por la luz de la luna. Los juncos de las acequias, las hiedras del pie del muro, las flores silvestres, las hierbecillas, hasta las hojas de los álamos, todo susurró con suavidad, como si comentase á la vez el discurso de Pastora... Un diamante de las aguas saltó sobre una margarita, deteniéndose tembloroso en su botón amarillo. La margarita derritió al diamante en un beso, diciéndole á la par misteriosamente:

—¿Oíste?... ¿Oíste?... ¡Ay Dios, qué cosas!

M. Martínez Barrionuevo.





Cuentos del

Continente oscuro



Nioko, el mago del rey Swazy.

I

LGUNAS semanas después de nuestra extraña aventura con los enanos de las cuevas acampamos en una isla situada en medio de un lago hermosísimo, con intención de permanecer allí unos días para descansar de las fatigas de nuestra pesada marcha.

Los wadigos nos habían construido con cortezas de árboles unas barquitas, en las cuales pasamos desde la costa á la preciosa isla, llena de magníficas palmeras.

En la segunda noche de nuestra llegada le tocaba á Kass hacer la guardia, y necesitando consultarle acerca de un asunto me acerqué al wadigo. Terminada la consulta, los dos quedamos allí contemplando en silencio y llenos de admiración aquel hermoso trozo de aguas azules, en las que se reflejaban los pálidos rayos de la luna. Grupos de plantas y flores blancas y rojas elevaban sus corolas por encima de la ondulante superficie del lago.

De repente Kass, cuyo dialecto entendía yo entonces muy bien, me puso una mano en el hombro y señaló con la otra un puntito negro que se movía sobre el agua.

—Mirad, dijo en voz baja; alguna cosa se mueve allí sobre el lago.

Aquella cosa fué acercándose más y más, hasta que por fin, por la manera en que la proa partía el agua, pudimos distinguir que era una canoa. Observando con atención vimos poco después que la persona que la ocupaba era una mujer, y que remaba rápidamente, casi con furia.

—¿Qué hará en el lago sola y de noche? pregunté á Kass.

No contestó á mi pregunta porque estaba fijándose en la mujer, la cual, aunque todavía lejos de la orilla, nos había divisado, y levantándose en su frágil embarcación, agitaba los brazos como demandando auxilio. En seguida volvió á sentarse, y cogiendo nuevamente los remos, dirigió la canoa hacia donde estábamos con toda la rapidez que le fué posible. En cuanto se acercó bastante salió á la pedregosa orilla, y un momento más tarde se postró á nuestros pies.

Kass la levantó cuidadosamente, y mientras yo la examinaba con curiosidad, la preguntó por qué había venido á buscarnos.

Juzgando por las numerosas conchas que adornaban su vestidura de piel de leopardo, y más todavía por los brazaletes hechos con dientes de león que llevaba, supuse que pertenecía á una tribu de que Kass nos tenía hablado; pero las facciones eran distintas, y á pesar de las dos enormes muelas que la desfiguraban las orejas, parecía ser de una raza africana más distinguida. De cuerpo era esbelta y bien formada, la cabeza pequeña y redonda, mientras que la piel, de un color aceitunado, hacía resaltar el intenso negro de su pelo abundante y rizado.

Kass, después de hablarla en el dialecto wadigo, cambió éste por otro del que yo no entendía ni una palabra.

Transcurridos unos minutos, Kass se volvió hacia mí, preguntando:

—¿Querrian los jefes blancos hacer un viajecito para salvar la vida de un hombre?

—¿A dónde y cuándo quiere usted que vayamos, Kass? dije, contestando á su pregunta con otra.

—A dónde, no lo sé, sabib; pero sé que si la luna desapareciese del horizonte antes de que llegásemos al sitio, será ya demasiado tarde.

—No puedo comprometerme hasta consultar con Federico. Venga usted conmigo á su tienda; le despertaré, y entonces nos explicará lo que desea esa mujer.

Juntos nos dirigimos á la tienda; y despertando apresuradamente á mi compañero y á Hassán, tuvimos una corta discusión. Según afirmaba Kass, no habia un momento que perder si decidiamos



SE POSTRÓ Á NUESTROS PIES

arriesgarnos, puesto que tendríamos que ir bastante lejos. No pudimos comprender claramente qué era lo que la mujer queria de nosotros. Parece que se habia enterado de que estábamos acampados en la isla, y que, teniendo una idea muy exagerada del valor y del poder del hombre blanco, habia venido á buscarnos, y nos rogaba encarecidamente que echáramos al agua una canoa y la siguiéramos á un punto que nos indicaria.

—Es una petición algo singular, Julio, dijo Federico. Esa mujer debe creer que, porque somos blancos en vez de negros, tenemos la vida asegurada.

—Kass dice que se llama Micha, y que declara que nuestras

serpientes son buenas, contesté sonriendo, lo cual significa que estamos bondadosamente protegidos por la suerte contra las lanzadas de los africanos. ¿Iremos con ella ó no iremos?

—Si, vamos, repuso; si acaso nos metemos en algún compromiso, procuraremos salir de él como hemos salido de otros. Si se presenta ocasión en el camino, trataremos de hacer que nos explique qué es lo que quiere de nosotros, y sobre todo, no olvidemos los rifles.

Dejando á Hassán encargado del campamento pronto lanzamos una canoa al agua. ¡Cuán poco nos figuramos que al despedirnos por un rato del árabe habíamos de volver á verle en circunstancias tan extrañas!

La indígena se colocó en la popa y Kass en la proa de la barquichuela, mientras que Federico y yo, tomando los remos, remamos todo lo más rápidamente que pudimos.

Pasamos al otro lado del lago, y á la sombra de los árboles que guarnecían la orilla empujamos nuestra frágil embarcación hacia adelante por espacio de más de una hora. De repente el silencio de la noche fué interrumpido por un rugido espantoso, tal como nunca lo habíamos oído en todos nuestros viajes por el Continente oscuro. Micha se inclinó inmediatamente y me cogió las manos. Comprendí su indicación y cesé de remar. Federico hizo lo mismo.

El cabrilleo de las aguas contra la proa se dejó sentir agradablemente durante unos momentos, mientras la barquilla, aunque privada del impulso de los remos, continuó su curso; pero muy pronto se detuvo, y de nuevo reinó profundo silencio, silencio que duró pocos minutos, pues de nuevo vino á sorprendernos el terrible rugido que habíamos oído antes.

Tomando un remo de la mano de Federico, Kass lo colocó convenientemente en la orilla, y entonces desembarcamos los cuatro, dejando bien amarrada la lancha á un tronco viejo.

Avanzamos silenciosamente entre una vegetación exuberante, en la que abundaban las cañas acuáticas que nos llegaban al pecho, hasta que salimos á un gran claro, más allá del cual se elevaban grandes arboledas.

—¡Abajo, Julio, agáchate! murmuró de pronto Federico. ¡Mira, mira allí!

Quedamos inmóviles, ocultos entre el espeso ramaje, y entonces,

mirando al centro del claro, comprendimos de pronto cuál había sido la causa de aquel terrible rugido. Tumbada sobre la tierra vimos una leona con su cría. A su lado, y en actitud arrogante, estaba el macho. Tenía la cabeza vuelta hacia nosotros, y mientras le contemplábamos volvió á rugir de una manera imponente. Levantamos los rifles para tirar, pero Micha se apoderó del cañón del mío, y señalando un enorme tronco en el otro lado del claro, murmuró en mi oído algunas palabras que no pude comprender.

—Esperad y observad, interpretó Kass. Hemos llegado á tiempo al sitio de los leones. Tal vez venza la fiera. ¿Quién puede decirlo?

Un instante después pudimos observar un pequeño movimiento detrás del tronco que había señalado Micha; vimos que la leona se alarmaba, y cogiendo á su cría en la boca corrió á ocultarse, pasando de un brinco por encima de nuestras cabezas.

El león quedó parado y con la cabeza vuelta hacia el punto donde había nacido el movimiento, dispuesto á hacer frente á cualquier peligro que se presentara. Un momento después salió de entre el follaje un hombre armado únicamente de un escudo de piel y una lanza de punta muy afilada, y fué á colocarse delante de la fiera. Tenía un aspecto muy singular, extravagante. El pelo, desgredado y encanecido por la edad, le caía hasta la cintura, y en la cabeza llevaba un tocado fantástico. La especie de túnica que le cubría el cuerpo era de piel de tigre y estaba adornada con numerosas perlas ordinarias y curiosos objetos, destinados á servir de salvaguardia contra los malos encantos. Aunque tenía la espalda inclinada por el peso de los años y la piel arrugada sobre los desgastados brazos, hizo frente sin temor ninguno al enfurecido animal.

—Es Nioko, el gran mago del rey, exclamó la indígena. Primero matará al león y luego al hombre para que el rey pueda prolongar su vida. ¡Ojalá se rompiera su lanza y cegaran sus ojos, y sus pies resbalaran en los charcos de su propia sangre, y la luna alumbrase al león para que devorara su cuerpo cuando aún respirara!

—¡Vaya unos deseos tan cariñosos! dijo Federico cuando Kass nos explicó las palabras de Micha. Me parece que es muy probable que los vea satisfechos, pues Nioko se halla indudablemente muy expuesto á perder la vida, á no ser que, aprovechando un momento en que el león se distraiga, y cuando veamos que el mago va saliendo mal, podamos dar muerte de un tiro á la fiera. Pero ¡mira, mira!

Y calló bruscamente. El combate entre el hombre y la fiera había comenzado.

De un brinco terrible se lanzó el león sobre Nioko; pero éste, apartándose á un lado con agilidad asombrosa, fué instantáneamente á colocarse de nuevo frente á su enemigo.

Teniendo el escudo de manera que le cubria casi todo el cuerpo, esperó el mago otro ataque de la fiera con la lanza en ristre y la mirada fija en el animal. Este no tardó en dar otro brinco, y por segunda vez la agilidad de Nioko prestóle excelente servicio. Aprovechando el momento en que el león pasó por su lado dirigióle algunas lanzadas, pero no llegó á tocarle. Retrocediendo apresuradamente unos cuantos pasos se colocó en posición de defensa contra el tercer ataque. En aquel momento estuve á punto de descubrir nuestra presencia, porque apenas pude reprimir una exclamación de horror al ver las maniobras de la fiera.

Dando otro espantoso brinco en el aire, el león se abalanzó sobre el escudo del mago, el cual cayó en tierra y vióse acometido por la fiera. Entonces Nioko, con indescriptible asombro nuestro, sacando un brazo por entre el escudo, única cosa que le protegía, consiguió hundir la lanza en el cuerpo de su enemigo casi hasta el mango.

Un profundo rugido de dolor y de rabia pareció hacer temblar la tierra bajo nuestros pies, y un instante después vimos al mago salir de debajo del escudo, sobre el cual cayó el cadáver del león, de cuyo cuerpo sacó la lanza con pasmosa serenidad. En seguida se puso á quitarle la piel, que echó sobre el hombro, y recogiendo el escudo, desapareció por entre las sombras del bosque que teníamos delante.

—¿Le seguiremos? pregunté á Federico.

Antes de que mi compañero pudiera contestar, Micha la indígena, que parecía haber comprendido la pregunta, volvióse hacia el sitio donde habíamos dejado la canoa, mientras hacía algunos gestos como si quisiera decirnos que debíamos ir por el lago. Kass la siguió inmediatamente, y nosotros, sabiendo cuánta falta nos hacía su dirección en aquellos parajes tan desconocidos, fuimos detrás de él. Entramos en la canoa y la empujamos rápida aunque cautelosamente hacia adelante.

Después de andar un rato nos encontramos en una parte de la orilla en que todo era pantano y por donde emergían las aguas del

lago. Con suma dificultad empujamos la barquichuela por un estrecho brazo de agua, y de repente nos sorprendió Micha diciendo:

—Deteneos, no es necesario andar más. Cuando pase por aquí el mago le seguiremos á pie.

Inmediatamente hicimos alto.

—Kass, dijo Federico al wadigo, que había cambiado de sitio en la canoa para poder hablar mejor con Micha, ¿á qué venimos aquí? ¿Qué es lo que se pretende de nosotros?

—Pronto lo sabréis, sahibs, contestó el wadigo. Hemos cru-



HIZO FRENTE
AL LEÓN

zado ya el temible y temido pantano de Swazy, y Micha acaba de declarar por qué pide nuestro auxilio. Extraño es el motivo, y más extraño aún lo que los sahibs oirán y verán. Escuchad, pues.

II

—No pertenezco á la tribu que gobierna Swazy, rey de la tierra que lleva su nombre, aunque he vivido en la cabaña de uno de sus jefes, comenzó Kass, repitiendo las mismas palabras de la indígena. Tan numerosos como las hojas de los árboles del bosque son los jóvenes de Swazy, cuyas lanzas se enrojecen frecuentemente con la sangre de sus enemigos.

Tan temidos son, que las tribus que habitan cerca del lago no se atreven á hacerles frente en la batalla, pues su fuerza se debilita y se quebranta cuando los escudos de los swazys chocan contra los suyos. Así sucede que gran número de tribus han reconocido el gobierno de Swazy por puro temor, y le envían buenos regalos y le pagan grandes tributos para que les deje vivir, para que no les haga desaparecer de la faz de la tierra.

Entre las numerosas tribus que Swazy redujo á la obediencia contábase la de los wanas, que fué la que más duramente se resistió hasta que murió su rey. Entonces no tuvieron más remedio que ceder, y Swazy nombró jefe de la tribu á Chika, el cual debía estar siempre bajo sus órdenes. Por mucho que deseaba Chika sacudir el yugo de Swazy no le fué posible conseguirlo, porque los wanas se volvieron como criaturas, dejaron de afilar las lanzas y hasta dejaron de matar á las fieras del bosque, á fin de que sus endurecidas pieles sirvieran para hacer escudos.

Viendo esto Swazy quedó satisfecho, y según fueron haciéndose más numerosos, el ambicioso rey tomó á unos para esclavos de su corte, mientras que vendía otros á los comerciantes árabes dedicados á este tráfico.

Más y más pesados, más duros cada vez eran los tributos que exigía Swazy, y por fin, no contento con esto, envió un jefe al territorio de los wanas con orden de que mataran á Chika, bajo el pretexto de que le era desleal. Ordenó también que todo el ganado de la tribu fuese enviado al territorio de Swazy para que él pudiera repartirlo entre los suyos.

Chika, el jefe de los wanas, escuchó en silencio la demanda de su muerte y la orden de despojar á su tribu; pero cuando el fatal mensajero hubo terminado, contestó severamente:

—Id ahora y decid á Swazy, nuestro gran rey, que dentro de tres días le daré la respuesta.

—Swazy no espera, replicó el mensajero; necesita vuestra contestación inmediatamente.

—¿No ha de permitirme que viva siquiera tres días? preguntó Chika. Id de aquí antes que os mande degollar. He pronunciado ya la respuesta que habéis de llevar á Swazy.

Entonces el mensajero regresó al lado de su rey y decidieron esperar los tres días.

Mientras tanto Chika, en la llanura que hoy es pantano, pero que entonces era terreno seco y fértil, reunió á los hombres y á las mujeres de la tribu de los wanas, y enristrando la lanza les refirió la nueva demanda de Swazy.

—Vosotros, esclavos wanas, ¿hasta cuándo consentiréis en ser vendidos y comprados como rebaños? ¿Hasta cuándo permaneceréis sumisos á las exigencias de Swazy? ¿Quién de vosotros no ha perdido á alguno de su casa, á quien él ha querido llamar y vosotros habéis entregado? Día tras día trabajáis la dura tierra, cuando debíais pensar en empuñar la lanza y el escudo contra el opresor. ¡Y pensar que hubo un tiempo en que la palabra wana hacía temblar á los swazys! Hasta tal punto habéis descendido que ahora pide Swazy vuestro ganado, porque cree que obtendrá de él más ganancia que de vuestros cuerpos. A pesar de todo, el rey se acuerda de que alguna vez habéis sido hombres, y temiendo que volváis á serlo, manda que me matéis á mí, no sea que yo os guíe contra él y entre todos no dejemos vivo á ningún individuo de su tribu.

Y extendiendo el brazo en que tenía la lanza, continuó Chika:

—¡Matadme! Lo deseo, lo pido para que pueda morir como mueren los hombres dignos y de valor.

Nadie aceptó la lanza que les ofrecía, y viendo que poco á poco iban animándose con el fuego de sus palabras y con sus expresivos ademanes, prosiguió:

—Aun habéis de sufrir mayores y más crueles indignidades, pues cuando las tribus de alrededor busquen un equivalente en cobardía, se acordarán del ultrajado wana y contarán cómo Swazy el temido rey os borró de la superficie de la tierra. ¿Por qué tanto temor, vosotros que descendéis de una raza valiente? Si es tan grande vuestro apocamiento que no os atrevéis á contestarme, que hablen las mujeres y que me digan cuál de las dos cosas ha de ser.

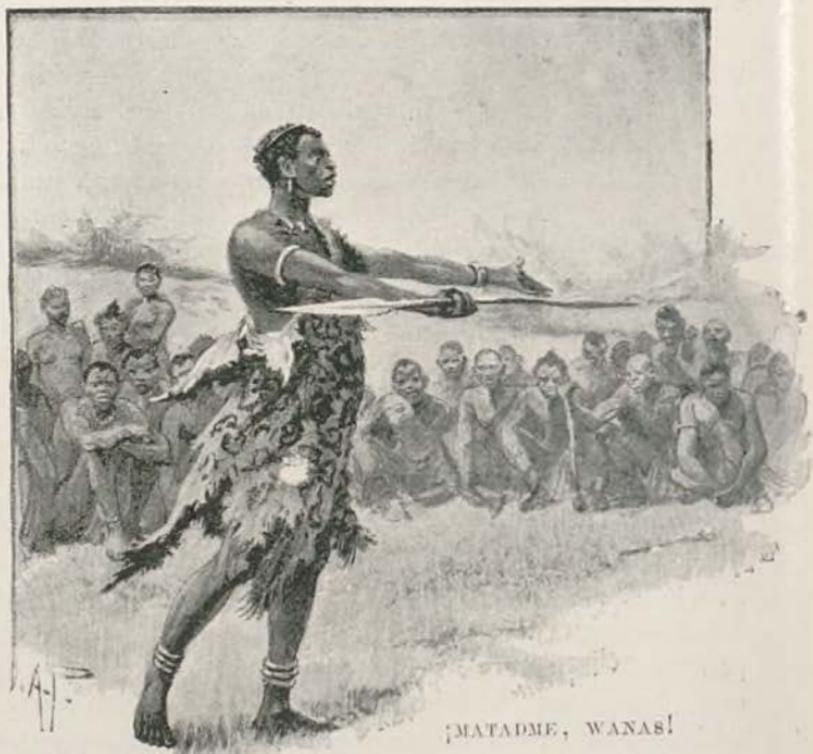
—¡Lucharemos! contestaron por fin los wanas á una sola voz y agitando los brazos.

—Pues volved á vuestros hogares y trabajad incesantemente para hacer, como mejor podáis, lanzas y escudos, pues dentro de tres días sabrá Swazy que los wanas se han cansado de ser oprimidos.

Toda la tribu se ocupó aquella noche en hacer y arreglar lanzas, y al siguiente día, al amanecer, dieron muerte á casi todo su ganado

cuyas pieles pusieron á secar al sol á fin de que después sirvieran para hacer escudos.

Al cabo de los tres días, Swazy, que no había recibido ni el cadáver de Chika ni el ganado, envió una partida de guerreros al territorio de los wanas.



¡MATADME, WANAS!

De todos ellos, sólo uno volvió á su tribu para decir al rey que los wanas se habían sublevado y habían dado muerte á los guerreros que fueron con él. Entonces Swazy mandó afilar las lanzas y condujo á su gente, que era muchísima, contra la tribu revolucionaria.

Durante todo aquel día, escudo contra escudo, mano á mano y lanza contra lanza, lucharon las dos tribus. Sí, mataron y murieron, hasta que la verde hierba del campo tornóse roja con la sangre de los cadáveres. También quedaron rojos la tierra, los pozos y las aguas del lago, tan horrible fué la carnicería.

Aunque entre los muertos contábase á Chika, que cayó de los

primeros, los wanas continuaron peleando desesperadamente: ¡hasta las mujeres empuñaron las lanzas y acometieron al enemigo!

Avanzaron los hombres de Swazy ganando terreno palmo á palmo, hasta que no quedó ni un solo wana. El rey mandó á sus guerreros terminar la obra comenzada, y mujeres y niños fueron degollados sin piedad. La tribu fué borrada de la superficie de la tierra.

Abandonada por muerta entre un montón de cadáveres (Kass continuaba refiriendo la historia de la indígena como si fuera ella misma), salí con grandes precauciones y pude contemplar aquel horroroso cuadro. Las fieras devoraban ya á los de mi tribu y á los de mi cabaña, pues de entre todos ellos era yo la única que vivía.

Con un abatimiento que parecía matarme me albergué en una choza para permanecer oculta, pues no sabía hacia dónde dirigirme. Las tribus vecinas no se atrevían á recibirme por temor á Swazy.

Amaneció, me levanté y me dirigí al bosque, donde una partida de guerreros enviada por Swazy me hizo prisionera.

—¿Por qué ha de quedar una wana en la tierra? exclamó uno.

Y levantando la lanza me acometió con ella, mientras otros me sujetaban. La punta me había tocado ya cuando un jefe de Swazy, joven y valiente, apartó el arma exclamando:

-- No la matéis. Es lástima que muera una mujer tan bella.

Obedecieronle inmediatamente, y cuando los guerreros de Swazy regresaron á su tribu, el joven jefe solicitó del rey una recompensa por los méritos contraídos en la guerra. Interrogado acerca de lo que quería, pidió para mí una cabaña y que me fuese permitido vivir en ella. Yo accedí gustosa, pero Swazy se negó al principio á otorgar el permiso. Insistió el jefe y por fin consintió.

Algún tiempo después de esto, Swazy salió á cazar leones en el terreno que hoy es pantano y que antes fué el territorio donde habitaban los wanas, y por la noche se echó á descansar en el sitio donde se dió la batalla. Habiendo visto allí cosas extrañas, llamó á Nioko el mago para que se las explicase. Nioko, que ejercía grande influencia en el rey y era ambicioso, se presentó inmediatamente.

—Hablad, gran Swazy, exclamó. Vuestro esclavo necesita saber lo que habéis visto para deciros luego lo que veréis.

Entonces Swazy pronunció estas extrañas palabras:

—Nioko, gobernador de la lluvia y hacedor y protector contra los malos hechizos que amenazan á tu rey, óyeme. Era de noche; la luna

se mostraba clara y resplandeciente; entre los sauces y las cañas precipitábanse las aguas del lago; las fieras que odian el día y aman la noche andaban errantes de aquí para allá; la calma era completa; yo, cansado y lleno de fatiga, me dormí. De repente vino á despertarme un ruido que será siempre grato para los oídos de Swazy: el choque de escudos y de lanzas. Me puse á escuchar y senti los ayes de los guerreros moribundos y los gritos de los que eran precipitados al lago y perecían ahogados. Me levanté, y tomando mi lanza y mi escudo fuíme á la batalla. Allí me encontré con miles y miles de wanas que luchaban contra mis guerreros. Confundido con los combatientes luché durante toda aquella noche. Las lanzas de los wanas quedaban rotas y destrozadas al dar contra mi escudo; ninguno pudo herirme. Por fin, y dirigido por mí, empezaron mis hombres á triunfar, cuando de repente una mujer levantó el arma al aire y me tocó en el pecho con la punta. Ningún dolor sentí ni ningún daño me hizo, pero desde aquel momento comencé á envejecer. El brazo me falló, cayeron de mis manos la lanza y el escudo; ya no pude luchar. Mis guerreros, al ver esto, se desanimaron, cesaron de combatir, y he aquí que los wanas empezaron á ganar terreno, hasta derrotar á mis guerreros, á quienes golpearon con los escudos, hirieron con las lanzas y los echaron por tierra como arroja el viento las hojas de los árboles. Entonces se desbordaron las aguas del lago y tuve que retroceder para poner en salvo mi vida.

Me alejé del lugar de la batalla buscando un sitio donde apoyar mi cabeza y morir, cuando tropecé con un objeto: era uno de mis guerreros. Me incliné, di vuelta á su cuerpo para examinar las heridas y reconocer sus facciones, y vi que no estaba muerto. Se levantó y me miró cara á cara. Le pregunté cómo había podido salvar la vida cuando todos los de su tribu habían muerto en la batalla, y me contestó pronunciando estas extrañas palabras:

—Los hombres de la tribu de Swazy viven, gran rey; sí, viven para cumplir vuestra voluntad.

Y señaló á los que habian ido conmigo á cazar leones.

Toqué á otro guerrero swazy y también se levantó extrañándose de que le despertara.

Oyeme, Nioko, tú que sabes grandes cosas: digo y repito que no ha sido un sueño, pues mis ojos vieron pelear á los wanas con los swazys y yo mismo conduje á mis hombres á la lucha. Pero

hace ya bastante tiempo que borramos á los wanas de la superficie de la tierra. ¿Estaban, pues, vivos los guerreros que yo vi? ¿Estaban muertos? Di, mago del rey, lo que esto significa.

Entonces Nioko se fijó en la lanza y en el escudo de Swazy, y vió que no estaban manchados de sangre. Un enemigo tenía el mago que se reía de sus encantos y hechicerías, y era el jefe Ali, el que me había llevado á la cabaña, del cual resolvió vengarse en aquel momento, aunque para ello tuviese que engañar al rey.

—Tarea grande y difícil, dijo, es el adivinar lo que significa aquello que se ha presentado á vuestros ojos; no obstante, dentro de tres días os lo explicará vuestro esclavo.

Con esto Swazy regresó á su tribu, mientras Nioko, recogiendo hierbas del campo, torturaba su imaginación para estudiar lo que había de decir al rey. Encendió una fogata, y después de observar las fantásticas y maravillosas figuras que se dibujaban entre las llamas y el humo, volvió á ver á Swazy y le habló de esta suerte:

—Sabed, gran rey, que he adivinado lo que queréis conocer. Es lo siguiente: Cuando borrasteis de la superficie de la tierra á los wanas, ¿murieron todos? No tal. Una mujer quedó, y ella fué la que os tocó con la lanza aquella horrible noche, cuando vuestros guerreros resucitaron para luchar de nuevo. Estáis hechizado, y si no se deshace el hechizo, envejeceréis en menos de un año. Ninguna mujer wana tiene poder para causaros un mal tan grande, pero ella ha enseñado á uno de vuestros jefes la manera de perjudicaros de ese modo. ¿Quién sabe! Tal vez ese jefe aspira á gobernar la tribu después de vuestra muerte. Decid, gran Swazy, ¿quién podrá ser ese jefe?

Swazy comprendió qué era lo que se proponía el mago, y en vista de lo bien que le había servido Ali se negó á escuchar el consejo de Nioko, que sólo buscaba la muerte del joven jefe.

Después de esto una horrorosa tempestad trastornó las aguas del lago, que invadieron el terreno convirtiéndolo en un pantano.

De nuevo se presentó Nioko ante el rey, diciendo que era el encanto de Ali el que había causado aquel desastre.

—Ya veis, gran rey, exclamó, cuán cierto ha resultado lo que yo profeticé, pues el pantano que se ofreció á vuestros ojos en aquella terrible noche es ya un hecho real y positivo. Donde contemplasteis la batalla no hay ya otra cosa que agua encenagada. ¿Tuvo razón Nioko ó no la tuvo? ¿Acaso no murmuran los hombres de Swazy

que su rey envejece de día en día? Escuchad antes que sea tarde y permitid que Nioko desvanezca el maléfico hechizo que os rodea.

Swazy se atemorizó al oír que le creían viejo, pues entre ellos es costumbre inveterada el dar muerte á los viejos, á fin de que no sean una carga para los demás; aun los reyes mueren de esa manera.

—¿Y cómo podré evitar la muerte? preguntó.

—El que os ha hechizado, contestó Nioko, es uno de vuestros cuatro jefes. Tal vez no sea Alí, pero esto no puedo asegurarlo. En el sitio de los leones se ven todas las noches terribles fieras. Reunid esta noche á los swazys y mandad que enciendan el fuego de prueba, tal y como se hace en nuestras grandes ceremonias. Yo solo, sin ayuda de nadie, mataré un león y llevaré su piel y su cabeza allí donde estén reunidos esperando vuestra palabra. A cada uno de los cuatro jefes entregaré una muela del león y con la muela un encanto. Aquellos que no os han hechizado nada deben temer, pues al lanzar al fuego lo que yo les entregue desaparecerá sin producir llama ninguna, mientras que el regalo de aquel que os ha envuelto en su hechizo será consumido inmediatamente por una enorme llama. Mandad á vuestros guerreros que le prendan y haced que le maten en el acto; así viviréis muchos años para llevar el escudo ante vuestra tribu. Si no dais crédito á mis palabras, entonces la tribu de Swazy será borrada de la superficie de la tierra, tal y como la visteis en aquella horrible noche, ¿pues quién será capaz de dirigirlos después que os hayáis muerto?

Obedeciendo á Nioko, Swazy ha reunido á sus hombres alrededor de una gran hoguera encendida en el bosque, y allí esperan á que llegue el mago con la piel del león y con sus encantos. ¿A quién ha de tocar aquello que, al lanzarlo al fuego, produzca llama, sino á Alí, el jefe en cuya cabaña habito?

¿Salvaréis, pues, sahíbs blancos, al jefe á quien amo? Si Nioko no temiese las aguas del pantano hubiera venido por aquí, pero...

Y Kass calló súbitamente.

No tuvimos tiempo para reflexionar acerca del peligro de semejante empresa, porque en aquel mismo instante la indígena salió de la canoa, y ocultándose detrás de un árbol, señaló al mago que se encaminaba hacia la tribu.

—¡Venid! exclamó.

Y nosotros, rifle en mano, la seguimos por el espeso bosque.

III

Nioko el mago, sin sospechar que fuera seguido de nadie, continuó su camino durante una hora próximamente, cuando de pronto aparecieron ante nosotros las cabañas de la tribu de Swazy.

Siempre ocultos avanzamos algo más, hasta que por fin llegamos á un sitio desde donde veíamos entre el ramaje un claro, en cuyo centro había una hoguera rodeada por los hombres de la tribu.

Tan pronto como apareció el mago le saludaron en alta voz y haciendo chocar las lanzas contra los escudos. Silenciosamente y con la mayor cautela avanzamos más, hasta que pudimos distinguir claramente al mismo rey, que estaba colocado de manera que las llamas alumbraban perfectamente sus facciones. Nioko, sin duda, le había persuadido de que empezaban á faltarle las fuerzas; pues aunque parecía un hombre en la flor de la vida, se apoyaba pesadamente sobre la lanza.

Cuando avanzó el mago, á quien el rey dirigió una mirada llena de inquietud, se retiraron á derecha é izquierda los guerreros, y entonces vimos que cuatro de ellos no llevaban arma ninguna.

—Mirad, gran Swazy, exclamó Nioko levantando la piel del león, á la que iba sujeta la cabeza, el león ha muerto.

Extendió la piel á los pies del rey, y con la punta de la lanza arrancó cuatro muelas de la boca del león y las colocó cada una en un manojito de hierbas. Hecho esto, el rey dirigió á sus hombres la palabra, explicando el motivo de haberlos reunido allí, y terminó (según interpretó Kass) del siguiente modo:

—Si, el inocente vivirá y morirá el culpable.

Toda la tribu con voz unánime repitió estas palabras.

Mientras tanto el mago se acercó á los cuatro guerreros desarmados y les entregó un manojito á cada uno. Luego fué á colocarse al lado del rey y dió comienzo la ceremonia de las extrañas pruebas.

Avanzó el primer guerrero, y sin poder ocultar su ansiedad ni su temor lanzó su manojito al fuego. Al ver que no salía ninguna llama, sus amigos prorrumpieron en gritos de alegría; por lo menos á él no le tocaba morir. Avanzó el segundo, arrojó su manojito y

resultó lo mismo. En seguida presentóse Ali, el tercero de los cuatro jefes. Era un hombre alto y bien formado, y adelantóse con paso firme, irguiendo la cabeza y sin dar la menor señal de temor. Lanzó también su manojito á la hoguera, y al ver que inmediata-



EL MAGO LEVANTÓ LA LANZA

mente se levantó una gran llamarada roja, dirigió una mirada de desdén y desprecio al mago.

—¡Prendedle! gritó éste. Es Ali el que ha hechizado á nuestro rey. Si sois hombres y guerreros valientes, prendedle y matadle en seguida.

Toda la tribu quedó convencida de la culpabilidad de Ali. Avanzaron algunos para prenderle, pero dos cayeron inmediatamente al suelo con dos terribles golpes que les descargó. Mas era inútil que

pretendiera defenderse, pues en seguida se apoderaron de él entre todos y le sujetaron.

Ali no se dignó siquiera dirigirse al rey para que le perdonase la vida, pues continuó mirando con orgullo y desprecio al mago, el cual, levantando la lanza por encima de la cabeza, avanzó hacia él para quitarle la vida, cuando Micha, la indígena que nos había llevado allí, salió al claro y cogió los brazos al mago antes que tuviera tiempo de hundir el arma en el cuerpo de su enemigo, pero fué separada y Nioko se preparó nuevamente para dar el golpe.

Mientras tanto Federico, que estaba esperando el momento oportuno, apuntó su rifle con tanto acierto que el mago, separando los brazos, pero conservando aún en una mano la lanza, cayó muerto á los pies del jefe cuya perdición había tramado.

—¡Buena la hemos hecho, Julio! exclamó mi amigo al ver que los swazys, poniéndose en movimiento, nos rodeaban por todas partes.

Kass nos ayudó á rechazarlos, pero inútilmente, pues tuvimos que sucumbir ante la inmensa superioridad del número.

—¿Por qué habéis venido aquí? preguntó el rey cuando fuimos conducidos á su presencia.

Kass contestó, pero la respuesta, como nos habíamos figurado, no satisfizo á Swazy.

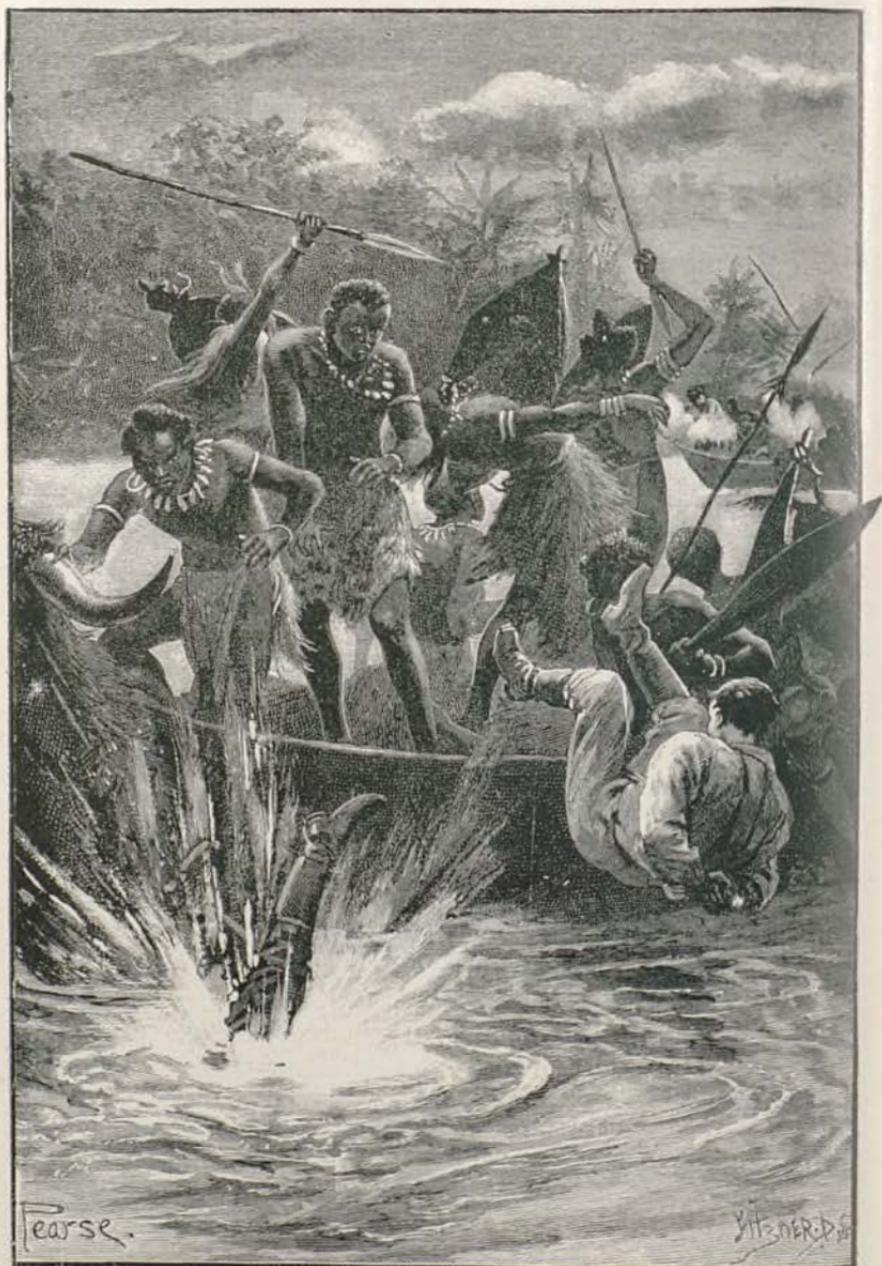
—¿Por dónde habéis venido? continuó éste.

El wadigo le explicó que vinimos atravesando el pantano.

—Pues por el pantano moriréis, como también morirá aquel á quien vinisteis á salvar.

Obedeciendo una señal del rey nos retiraron de su presencia para encerrarnos en una cabaña, donde quedamos bien custodiados hasta el amanecer. Entonces, atravesando el bosque, nos condujeron por el camino que habíamos traído hasta llegar á una parte del pantano donde había amarradas algunas barquichuelas. La mayor tenía remos para veinte hombres y ostentaba en la proa dos cuernos de búfalo. Nos obligaron á entrar en ella, y mientras unos nos sujetaron fuertemente otros remaron hacia el centro del pantano. Cuando ya nos habíamos alejado bastante de la orilla los swazys nos amarraron con correas, con intención de arrojarnos luego á las asquerosas aguas del pantano.

De repente uno de ellos lanzó una exclamación, mientras hacia



LOS SWAZYS NOS ARROJARON Á LAS NEGRAS AGUAS DEL PANTANO

una indicación con la mano hacia el otro lado del lago. Hasta nosotros llegó el ruido de los remos de una embarcación que se acercaba, y oímos con alegría la voz de nuestro fiel guía Hassán que metía prisa á los wadigos para que avanzasen á toda velocidad. Los swazys, desesperados, no esperaron más; entre todos nos arrojaron á las negras aguas, y comenzaron á remar huyendo de los wadigos, que les perseguían con empeño.

—Hassán, dé usted orden para que se retiren los nuestros, dijo Federico en cuanto nos metieron en la barca del árabe.

Hassán obedeció, aunque de muy mala gana.

Volvimos á atravesar el pantano, y un momento después nuestras canoas entraron en las tranquilas aguas del lago.

—Los sahibs, observó Hassán con gravedad, han tenido suerte después de todo, pues han salvado á aquel en cuya defensa salieron.

Y señaló una barca que se acercaba á la nuestra y en la que vimos á Ali. A su lado estaba Micha la indígena.

—¿Cómo es que se encuentran aquí? pregunté.

—Sahib, contestó Hassán, Micha supo que los swazys os arrojarían al pantano al amanecer, y por segunda vez salió oculta de la tribu y se dirigió á la isla. Al enterarse Hassán, vuestro humilde servidor, de lo mal que les iba á los sahibs, mandó que los wadigos preparasen las canoas y esperó á que los swazys trataran de realizar sus malvados propósitos. Alá y Mahoma nos han protegido. Lo demás ya lo saben los sahibs.

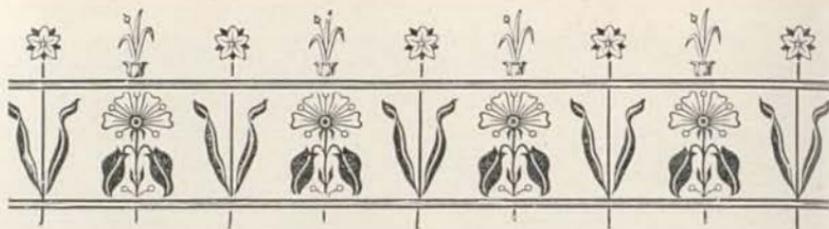
—Su valor y su diligencia nos han salvado la vida, Hassán, dijo Federico con agradecimiento. Y ahora, ¿qué va á ser del jefe Ali y de su esposa Micha?

—Permitid, sahibs, que, por de pronto, vengan con nosotros, contestó Hassán, pues debemos partir inmediatamente, antes de que Swazy envíe gente en nuestra persecución.

En cuanto llegamos á la isla tuvimos que mudarnos, pues la ropa que llevábamos puesta estaba llena de fango del pantano, y después de unas horas de descanso emprendimos de nuevo el viaje.

A los ocho días entrábamos en el territorio de una tribu amiga. Hicimos unos regalos de telas y rifles al rey, el cual accedió gustoso á que Ali y Micha ocuparan una cabaña y vivieran entre su gente.

C. J. Mansford.



Cuentos del Coronel



El coronel contra el mariscal Millefleurs.

MASSENA era un hombrecillo flacucho y de muy mal carácter. Había perdido un ojo en la guerra; pero cuando lanzaba sus miradas penetrantes con el que le quedaba, poco había en el campo de batalla que pasara inadvertido para él. Colocado delante de un batallón, con una sola ojeada podía decir si faltaba una hebilla de la casaca de un soldado ó un botón de los borceguíes.

Ni la oficialidad ni la tropa le querían mucho porque era muy miserable, y á los soldados les gusta que sus jefes sean generosos y liberales; pero en cambio, cuando se trataba de pelear, todos le respetaban y preferían estar á sus órdenes más que á las del mismo Emperador. Después de todo, si bien es verdad que agarraba con tenacidad la bolsa y no la soltaba fácilmente, también lo es que hubo un día en que con igual tenacidad agarró á Zurich y á Génova.

Cuando recibí el aviso de que me llamaba acudí muy contento á su cuartel, pues siempre fui favorito suyo; en todo el ejército no había otro hombre á quien apreciara tanto como á mí. Era una ventaja grande la de pelear á las órdenes de aquellos generales veteranos, porque sabían elegir un buen soldado de entre muchos que no lo eran.

Le encontré solo en la tienda, sentado, con la cara entre las manos y el ceño tan arrugado como lo ponía cuando alguien acudía á pedirle algo para una subscrición; pero cuando me vió entrar sonrió afablemente.

—Buenos días, coronel Gerard, dijo.

—Muy buenos los tenga usted, señor mariscal.

—¿Qué tal están los húsares de tercera?

—Setecientos hombres incomparables, jinetes sobre setecientos caballos excelentes.

—¿Y sus heridas, se han curado?

—Mis heridas no se curan jamás, señor mariscal.

—¿Pues y eso?

—Porque cuando unas van ya curándose vienen otras nuevas á reemplazarlas.

—Veo que el general Rapp tendrá que cuidar de sus laureles, dijo sonriendo hasta que la cara parecía toda una arruga. Ha recibido veintiuna heridas de bala y otras tantas de navajas y punzones. Pues bien; sabiendo que estaba usted herido, señor coronel, me he abstenido de llamarle.

—Lo cual me ha dolido más que todas las heridas juntas.

—¡Quiá! ¡quiá! Desde que los ingleses se retiraron á retaguardia de las líneas de Torres Vedras hemos tenido muy poco que hacer. Bien poco perdió usted durante el tiempo que estuvo prisionero en Dartmoor, pero ahora estamos en vísperas de una acción.

—¿Avanzamos?

—No; retrocedemos, nos retiramos.

Sin duda, en la expresión de mis ojos conoció la sorpresa y el disgusto que me causaba aquella noticia. ¡Retroceder ante aquel perro llamado Wellington, ante aquel que había escuchado mis ruegos sin conmoverse y me mandó al país de las nieblas!... ¡Cómo escuchar aquello con calma!

—¡Qué quiere usted! prosiguió Massena con impaciencia; cuando uno se encuentra con tantos obstáculos, es necesario mover el rey.

—Hacia adelante, observé.

Meneó la cabeza.

—Es imposible forzar las líneas, dijo. He perdido al general

Sainte Croix y más hombres que los que puedo reemplazar. Por otra parte, hace más de seis meses que estamos aquí, en Santarem, y ya no queda ni un kilo de harina ni un jarro de vino en toda esta parte del país. No hay más remedio que retroceder.

—En Lisboa hay vino y harina, contesté.

—¡Bah! Habla usted como si un ejército pudiera salir y entrar en cualquier parte lo mismo que un regimiento de húsares. Si Soult estuviera aquí con treinta mil hombres... pero no quiere venir. En fin, vamos al grano. Le he llamado á usted, coronel, para encargarle de una expedición tan singular como importante.

Ya podéis calcular la atención que yo pondría al oír esto.

El mariscal desarrolló un mapa grande, y con sus velludas manos lo extendió sobre la mesa. En seguida empezó diciendo así:

—Este es Santarem.

Incliné la cabeza.

—Y aquí, á 25 millas hacia el Este, se encuentra Almeixal, notable por sus viñedos y su inmenso monasterio.

Volví á inclinarme, aunque sin poder siquiera imaginar la significación de aquel preámbulo.

—¿Ha oído usted hablar, coronel, del mariscal Millefleurs?

—He servido á las órdenes de todos los mariscales, pero no tenía noticia que existiera uno de ese nombre.

—Es el mote que le pusieron los soldados, continuó diciendo. Si no hubiera usted estado ausente de nosotros durante algunos meses no sería necesario que yo se lo explicase. Es inglés y hombre de gran educación. Le pusieron ese mote por sus modales excesivamente finos. Quiero que haga usted una visita á ese aristocrático inglés en Almeixal.

—Está muy bien.

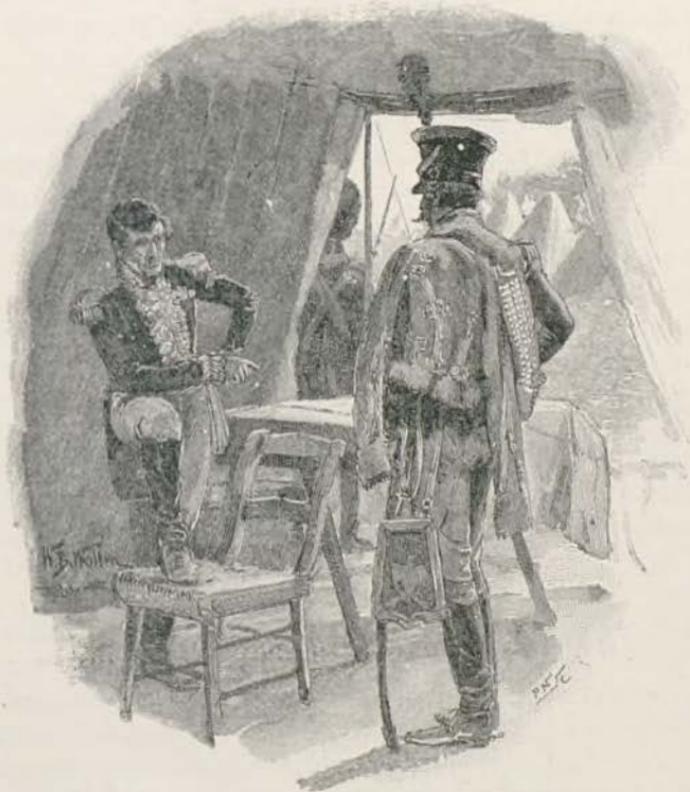
—Y que le ahorque usted en el árbol más próximo.

—Con mucho gusto.

Me volví á escape, pero antes de que llegara á la puerta de la tienda me detuvo el general.

—Un momento, coronel, dijo. Antes de ponerse en camino debe usted saber cómo están las cosas. He de advertirle que

el mariscal Millefleurs es muy valiente y hombre de mucho talento. Fué anteriormente oficial de la Guardia real inglesa, pero le castigaron por hacer fullerías en el juego y se retiró del ejército. Consiguió reunir una partida de desertores ingleses y



AHORQUELE USTED EN EL ÁRBOL MÁS PRÓXIMO

marchó con ellos al monte, donde no tardaron en unírsele unos cuantos vagabundos franceses y algunos bandidos portugueses; en resumen, que hoy se encuentra al frente de quinientos hombres, con los cuales se ha apoderado del monasterio de Almeixal, ha despachado á los frailes, ha fortificado el edificio y ha recogido el botín de todos los pueblos del contorno.

—Por todo lo cual es ya tiempo de que se le ahorque, dije dirigiéndome otra vez hacia la puerta.

—Un instante más, gritó el mariscal sonriendo al ver mi impaciencia. Queda por saber lo más grave. La semana última, la condesa de Ronda, una de las mujeres más ricas de España, al regresar de la corte del rey José, adonde había ido á visitar á un nieto suyo, fué sorprendida y hecha prisionera por los bandidos. La tienen encerrada en el monasterio, y lo único que le salvará la vida será...

—Su condición de abuela, interrumpí.

—La facilidad con que podrá pagar un rescate elevado. De modo que tiene usted tres misiones que cumplir: primera, salvar á esa desgraciada señora; segunda, castigar á ese malvado inglés; tercera, deshacer, si es posible, ese nido de bandidos. Para esas tres cosas no puedo darle á usted más que medio escuadrón, pero creo que le bastará.

Apenas podía creer lo que estaba oyendo. Como que había contado, por lo menos, con mi regimiento de húsares.

—No puedo cederle más fuerzas, prosiguió Massena, porque la retirada comenzará hoy mismo, y Wellington está tan bien provisto de caballería, que todos cuantos caballos podamos nosotros reunir serán pocos. Así que no puedo darle ni uno más. Usted verá lo que puede hacer. Y ha de presentarse en Abrantes, donde le esperaré, mañana á las ocho de la noche, lo más tarde.

Indudablemente me honraba mucho al poner mi habilidad en tan alta estimación; pero aquello, al mismo tiempo, era un poco embarazoso para mí. Yo debía salvar á una señora anciana, ahorcar á un inglés y deshacer un nido de quinientos bandidos... todo con cincuenta hombres; pero ¡qué diantre! después de todo, aquellos cincuenta hombres eran húsares de Conflans y había de dirigirlos nada menos que Etienne Gerard.

Para cuando salí de la tienda de Massena y sentí el calor del hermoso sol de Portugal había recobrado toda la confianza en mí mismo, y no tenía duda de que cumpliría mi misión mejor aún que lo que se esperaba.

Elegí cuidadosamente mis cincuenta hombres, todos ellos soldados veteranos que habían servido desde la guerra de Alemania. Algunos tenían tres estrellas y otros dos. A la cabeza de mis hombres puse á Oudien y Papilette, dos de los más hábiles

tenientes de mi regimiento. Cuando los hube formado en líneas de á cuatro, todos con el uniforme gris plateado, jinetes en hermosos castaños, con sus mantas de piel de leopardo y sus penachitos rojos, mi corazón latió de orgullo al contemplar el magnífico cuadro que ofrecían. Sentí una gran satisfacción al fijarme en sus rostros curtidos por la intemperie, con los largos bigotes que se destacaban por encima de los barboquejos de los chascás, y creo firmemente que la satisfacción de ellos no sería menor cuando vieron á su coronel tan gallardo y tan joven, jinete sobre su magnífico caballo negro, rompiendo la marcha.

A poco de salir del campamento cruzamos el Tajo. Entonces despaché mis avanzadas y mis flanqueadores, guardando yo mi posición al frente del cuerpo principal. Mirando hacia atrás desde los montes de Santarem veíamos las líneas negras del ejército de Massena, con el brillo de sables y bayonetas que se movían de un lado á otro hasta quedar en posición para la retirada. Hacia el Sur destacábanse las manchas rojizas de las avanzadas inglesas, y más atrás la nube de humo que se elevaba del campamento de Wellington; humo grasiento y espeso, que á nuestros pobres hombres, medio muertos de hambre, les parecía llevar el rico olor de calderas hirvientes de buen rancho. Hacia el Oeste distinguíase el mar con sus aguas azules, formando una bonita curva guarnecida con las velas blancas de los buques ingleses.

Comprenderéis que, como íbamos al Este, nos apartábamos cada vez más de los dos ejércitos. Sin embargo, yo sabía que el país que atravesábamos estaba lleno de avanzadas inglesas, y dado el escaso número de mi tropa, era necesario tomar toda clase de precauciones.

Durante todo el día caminamos por los desolados flancos de los montes, cuya parte inferior estaba cubierta de nacientes viñas. La parte superior, cuándo gris, cuándo verde, ofrecía aspecto caprichoso.

Frecuentemente hallábamos riachuelos que, cruzando nuestro camino, corrían en dirección al Tajo, y una vez tropezamos con un río profundo, de fuerte corriente, que parecía cerrarnos el paso; pero observando los sitios donde antes hubo casas en

cada orilla, pronto di yo con el vado. Nadie había que pudiera informarnos de nada, pues en toda la expedición no vimos más seres vivientes que un buen número de cuervos.

El sol empezaba ya á ocultarse cuando llegamos á un vallecito en cuyo centro había un claro grande, cuyos lados se hallaban sombreados de corpulentos robles. Juzgué que ya no podíamos estar lejos de Almeixal, y, por lo tanto, convenía caminar por entre las arboledas, pues el follaje era bastante espeso para ocultarnos. Ibamos, pues, en orden abierto por entre los árboles, cuando de pronto vi que se acercaba á galope tendido uno de los flanqueadores.

—Mi coronel, dijo saludando, en el otro lado del valle hay ingleses.

—¿Caballería ó infantería?

—Dragones, mi coronel. Vi el brillo de sus cascos y sentí el relincho de un caballo.

Di la voz de alto á mis hombres y marché apresuradamente á la orilla del bosque. Efectivamente, una partida de caballería inglesa caminaba en línea con nosotros y en la misma dirección.

Distinguí el color rojo de las chaquetas y el brillo y el movimiento de las relucientes armas por entre los árboles, y cuando pasaron por un pequeño claro vi el desfile de la fuerza entera, que juzgué debía ser, poco más ó menos, la misma en número que la que mandaba yo: medio escuadrón á lo sumo.

Vosotros, que habéis oído referir tantas de mis aventuras, sabéis que fuí siempre rápido en concebir y no menos rápido en ejecutar; pues bien, he de confesar que en aquella ocasión me hallaba en un conflicto. Por una parte veía llegado el momento de lucirme en una bonita escaramuza con los ingleses, y por otra no podía olvidar la misión que me esperaba en Almeixal, misión que, á mi juicio, era superior á mis fuerzas. Si llegaba á perder uno solo de mis hombres, me imposibilitaba completamente para cumplir las órdenes que había recibido. Sentado en la silla del caballo, indeciso y pensativo, meditaba qué sería mejor hacer, cuando de pronto uno de aquellos ingleses de chaqueta roja salió de entre los árboles señalándome y gritándome, como si yo hubiera sido la zorra que venían persiguiendo para darle caza. Inmediatamente se juntaron á él otros

tres, y uno tocó con la trompeta la llamada que les hizo salir en seguida al claro. Como yo había presumido, eran medio escuadrón, y formaron dos líneas de á 25, con el oficial (el que primero me vió) á la cabeza.

Por mi parte hice otro tanto con mis hombres; de modo que los dragones y húsares quedamos formados del mismo modo, á unos



ME DIRIGÍ Á LA ORILLA DEL BOSQUE

doscientos metros unos de otros. Los ingleses eran tipos muy distinguidos y ofrecían un cuadro pintoresco con las chaquetas rojas, los plumajes blancos, los cascos plateados y relucientes y sus largos sables, y estoy seguro de que ellos, por su parte, no podían menos de reconocer que nunca vieron mejores jinetes que aquellos 50 húsares de Conflans. Los dragones eran más pesados que nosotros, pero tal vez presentaban un aspecto algo más elegante, ya que Wellington les obligaba á sacar el

brillo al metal que llevaban encima, lo que no era costumbre entre nosotros. Por otro lado, bien sabido es que las túnicas ó chaquetas inglesas eran demasiado justas en las mangas para permitir el libre manejo del sable, y en esto teníamos una gran ventaja. En cuanto á valor, el pueblo ignorante y necio cree siempre que los soldados de su nación son más valientes que todos los demás. No hay en el mundo pueblo que no tenga esta idea; pero cuando uno ha visto tanto como he visto yo, se convence de que no es grande la diferencia que existe, y aunque los ejércitos varían mucho en cuanto á la disciplina, todos son casi iguales en valor, con la única excepción de que los soldados franceses son los más valientes del mundo.

Pues bien; en cuanto nos colocamos en la forma que ya he dicho, el oficial inglés avanzó por el césped á galope tendido, blandiendo el sable como si viniera á desafiarme. ¡Cáspita, y qué cosa tan bonita es un hombre esbelto, jinete sobre un hermoso caballo! Estoy seguro de que nada hay que le iguale.

Hubiera querido quedarme allí parado observándole mientras avanzaba con aquella soltura, aquella gracia y aquella agilidad; pero no me tocaba á mí el estar quieto. Etienne Gerard podrá tener sus faltas, pero rayos y truenos! aun no ha podido nadie acusarme de ser perezoso para defenderme. Mi viejo Rataplán me conocía tan bien, que echó á correr antes de que tuviera tiempo de dar una sacudida á las bridas.

Hay en el mundo dos cosas que no podré olvidar jamás después de haberlas visto una sola vez: la cara de una mujer bonita y un buen caballo; así que al ir acercándonos uno al otro, pensaba yo para mis adentros: ¿Dónde he visto ese hermoso roano? ¿Dónde he observado antes esa rápida marcha? Lo recordé de repente, y levantando la vista para encontrarme con la mirada provocativa y la altiva sonrisa del militar inglés, ¿á quién había de reconocer sino al hombre que me libró de las garras de los bandidos y que me jugó la libertad, al honorable sir Russel Bart?

—¡Bart! exclamé con alegría.

Tenía el brazo levantado como para descargar un golpe, dejando tres cuartas partes de su cuerpo á merced de la punta de mi sable. Indudablemente no estaba bien instruído en el

manejo del arma. Cuando oyó mi voz dejó caer el brazo y me miró fijamente.

—¡Hola! exclamó á su vez. ¡Si es Gerard!

Cualquiera hubiera creído, por el tono de su voz, que nos habíamos dado cita allí. Yo estaba deseando abrazarle, pero como no avanzó ni un paso más, me detuve también.

—¡Vaya! creí que nos íbamos á divertir, dijo.

—¡Cuán lejos estaba de figurarme que sería usted!

Hablaba como si hubiese recibido un chasco muy grande, y francamente, aquello no me hizo mucha gracia. En vez de sentirse contento por haber encontrado un amigo, estaba disgustado por haber perdido la ocasión de batirse con un enemigo.

—Tendría muchísimo gusto en compartir su diversión, mi querido Barf, repuse, pero me sería de todo punto imposible volver el sable contra el que me salvó la vida.

—¡Bah! contestó; eso no vale nada.

—Repito que es imposible; nunca me perdonaría á mí mismo.

—Da usted demasiada importancia á una cosa tan sencilla.

—El más vivo deseo de mi madre es el de abrazarle, Bart.

Si en alguna ocasión se encontrara usted en Gascuña...

—Wellington viene allí con 60.000 hombres, interrumpiome.

—En ese caso, contesté, alguien podrá sobrevivirle. Mientras tanto, guarde el sable en la vaina.

Nuestros caballos estaban muy arrimados, y Bart, alargando el brazo, me tocó cariñosamente en el hombro diciendo:

—¡Qué simpático es usted, Gerard! ¡Cuán to siento que no haya usted nacido al otro lado del Canal!

—Gracias, estoy muy satisfecho de haber nacido á este lado.

—¡Pobre Gerard! exclamó entonces con tanta compasión que me hizo reír como nunca. Pero mire usted, continuó, ¡qué diantre! se me figura que nos apartamos del asunto. Ignoro qué diría Massena, pero sé que nuestro general saltaría sobre la silla si nos viera así. No nos han mandado aquí para pasar juntos el rato, ¿verdad?

—¿Qué quiere usted, pues?

—Tal vez se acordará usted de que tuvimos un altercado sobre si eran mejores los dragones que los húsares; pues bien, nunca mejor ocasión que ésta para comprobarlo. Tengo allí 50 del 16.º,

todos impacientes por oír la orden; usted tiene otros tantos buenos mozos, que también parecen estar inquietos. Si tomáramos los flancos derechos no nos estropearíamos mucho, por más que en este país el derramar sangre es señal de amistad.

En verdad que no me parecía mala la idea. Por de pronto, la condesa de Ronda, Mr. Alexis Morgan y el abad de Almeixal desaparecieron de mi memoria, y sólo acertaba á pensar en la magnífica escaramuza que podríamos tener.

—Muy bien, Bart, dije. Hemos visto la delantera de sus dragones, ahora veremos las espaldas.

—¿Apostamos algo? preguntó con ansiedad.

—La apuesta, contesté altivamente, es nada menos que el honor de los húsares de Conflans.

—Bueno, pues allá va, exclamó. Si nosotros los destrozamos á ustedes, sea enhorabuena. Si ustedes nos destrozan á nosotros... tanto mejor para el mariscal Millefleurs.

Cuando dije esto me quedé mirándole lleno de asombro.

—¿Cómo para el mariscal Millefleurs? pregunté.

—Es el mote que le dan á un bribón que vive por aquí, respondiéndome Bart. Lord Wellington me ha enviado con mis dragones expresamente para ahorcarle en el árbol más próximo.

—¡Qué casualidad tan extraordinaria! dije. Precisamente mis húsares y yo tenemos el mismísimo encargo.

Los dos nos echamos á reír á carcajadas, y en vez de pelearnos guardamos los sables en sus vainas correspondientes. Un ruido estrepitoso de aceros nos hizo comprender que los soldados habían hecho lo mismo.

—Somos aliados, exclamó Bart.

—Por un día.

—Es necesario unir nuestras fuerzas.

—Indudablemente.

De modo que, dando á nuestros medios escuadrones la voz de ¡de frente! descendimos por el valle formando dos columnas: los dragones á un lado y los húsares al otro. Los hombres examinaban á sus vecinos de pies á cabeza, como perros de presa que han aprendido á respetarse mutuamente.

La mayor parte de ellos estaban muy divertidos con nuestra decisión, pero algunos ponían muy mala cara y parecían que-

rer desafiar á todos los demás. Sobre todo el sargento inglés y Papilotte no podían avenirse á cambiar de modo de pensar de un momento á otro. Además Papilotte no olvidaba nunca que su único hermano había muerto en Busaco.

En cuanto á Bart y yo, caminábamos juntos charlando alegremente de todo cuanto nos había sucedido desde el día de la memorable partida de ecarté de la cual ya tenéis noticia. Por mi parte le referí mi aventura en Inglaterra.

Verdaderamente los ingleses son estrambóticos. Aunque Bart sabía que yo había servido en doce campañas, tengo la seguridad de que, más que por esto, me admiraba por la cuestoncilla que tuve con el campeón de Bristol.

Me dijo que el coronel que presidió el Consejo de guerra en que fué juzgado por haber jugado á las cartas con un prisionero le absolvió en cuanto á la negligencia en el cumplimiento de su deber, pero que faltó poco, muy poco, para que le expulsara del ejército por haber jugado los triunfos antes de tiempo. Sí, no hay duda de que los ingleses son muy extravagantes.

En el extremo del valle, el camino, formando curvas, ascendía por una cuestecita para conducir luego á otro valle mucho más extenso en el otro lado.

Al llegar á la cima hicimos alto, pues próximamente á tres leguas del sitio donde nos hallábamos vimos una pobre aldea de casuchas feas y negruzcas, con un enorme edificio en el flanco del monte que la dominaba. Allí debía de ser donde se albergaban los facinerosos cuya desaparición se nos había encomendado. Creo que hasta entonces no nos habíamos dado cuenta exacta de la tarea que se nos había impuesto. El edificio era un verdadero fuerte, y bien pronto comprendimos que la caballería poco ó nada podía hacer allí.

—No importa, exclamó Bart. Massena y Wellington se encargarán de arreglar eso.

—Valor, exclamé. Piré tomó á Leipzig con 50 húsares.

—Si hubieran sido dragones hubiera tomado á Berlín, contestó Bart. Pero vamos, usted es el oficial mayor. Dirija usted y veremos quién es el primero que retrocede.

—Pues bien, dije, no hay momento que perder, porque tengo orden de presentarme mañana por la noche en Abrantes. Ante



todo necesitamos informarnos. Y por cierto que aquí debe de haber alguien que pueda indicarnos algo.

En un lado de la carretera había una casa blanca que, á juzgar por una rama de árbol colgada en el balcón, debía de ser una taberna de las que tanto frecuentan los muleteros. En el portal vimos un farol que despedía una luz tenue.

Nos acercamos, y poco después pudimos distinguir dos hombres que conversaban con mucho interés en la entrada. Uno de ellos vestía el hábito de fraile capuchino y el otro un delantal grande, por el que se deducía que era el dueño de la taberna.

Tan grande era el interés con que conversaban, que no se fijaron en nosotros hasta que llegamos á la misma puerta. En cuanto nos vió el tabernero quiso echar á correr, pero se lo impidió sujetándole uno de los ingleses.

—¡Por piedad, gritó, soltadme! Mi casa ha sido saqueada por los franceses y asolada por los ingleses, y los bandidos me han quemado los pies. Juro por lo más sagrado que no me queda ni dinero ni pan, como lo puede atestiguar el reverendo padre capuchino que en la puerta de mi taberna se muere de hambre.

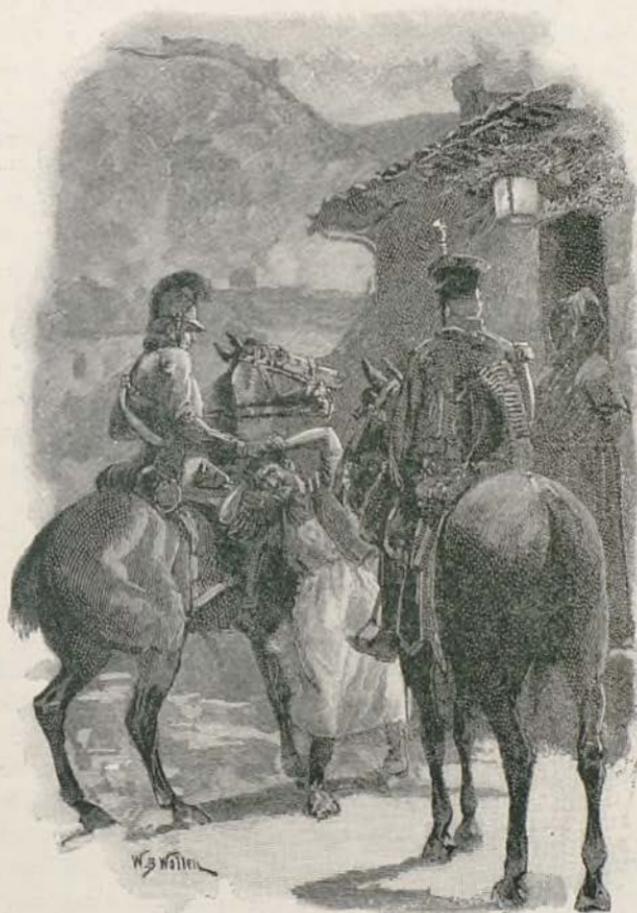
—Pueden ustedes creerlo, señores, dijo el capuchino hablando en francés muy correcto; el hombre no dice más que la pura verdad. El infeliz es una de las numerosísimas víctimas de estas guerras crueles, aunque ciertamente sus pérdidas son muy poca cosa si se comparan con las mías. Soltadle, añadió en un inglés tan correcto como el francés en que había comenzado á expresarse. El pobre hombre está demasiado débil para huir, aunque quisiera hacerlo.

A la luz del farol vi que el capuchino era un hombre guapísimo. Alto, moreno, de barba muy negra y ojos relucientes como chispas. Tenía aire de haber sufrido mucho, pero se conducía como un rey. De su educación pudimos formarnos idea cuando le oímos hablar en nuestra lengua correspondiente con la misma perfección que si hubiera nacido en el país.

—No tema usted nada, le dije al tabernero, que temblaba de miedo. En cuanto á usted, padre, creo que podrá sernos útil para lo que necesitamos saber.

—Todo cuanto soy, hijo mío, respondió el fraile humildemente, está á vuestra disposición; pero mis vigiliasson siempre

muy pobres, y este año han sido tan escasas que, si he de tener fuerza suficiente para contestar á vuestras preguntas, he de pedirlos antes un pedazo de pan.



¡POR PIEDAD, SOLTADME! EXCLAMÓ EL TABERNERO

Llevábamos raciones para dos días, así que pronto pudimos satisfacer sus deseos. Daba pena ver el afán con que comió el pedazo de pan y el trozo de carne de cabra que pude ofrecerle.

—No tenemos un momento que perder, añadió. Queremos que nos diga usted todo cuanto sepa acerca de los puntos flacos del

monasterio de allá abajo y de las costumbres de los bribones que se guarecen en él.

Con las manos enlazadas y los ojos puestos en el cielo pronunció unas palabras que á mí me parecieron latín, y en seguida añadió en francés:

—La oración del justo halla siempre su recompensa, pero yo no creí que la mía fuese atendida tan pronto. En mí ven ustedes al infortunado abad de Almeixal, que ha sido vilmente echado de su monasterio por los despojos de tres ejércitos mandados por un jefe diabólico. ¡Dios mío, cuánto he sufrido!

Y rompió á llorar amargamente.

—Animo, señor, interrumpió Bart. Apuesto nueve contra cuatro á que mañana para estas horas le hemos colocado de nuevo en su puesto.

—No es precisamente mi propio bienestar, ni el de mi pobre rebaño esparcido por los montes, lo que me preocupa, contestó. ¡Todo sea por el Señor! Lo que tanta pena me causa es el recuerdo de las sagradas reliquias que han caído en manos sacrílegas.

—Casi apostaríá á que no se ocupan de ellas, dijo Bart. Conque vaya, enséñenos el camino para llegar á las puertas y pronto dejaremos el edificio libre para usted y los suyos.

En breves palabras nos dijo el bueno del abad lo que necesitábamos saber, pero todo cuanto decía nos demostraba más y más las dificultades de la empresa. Las murallas del monasterio tenían cuarenta pies de altura, las ventanas bajas estaban atrincheradas y todo el edificio muy bien dispuesto para hacer fuego desde adentro. La gavilla conservaba la disciplina militar, y los centinelas eran demasiado numerosos para pensar en sorprenderlos. Indudablemente lo que allí hacía falta era un batallón de granaderos y dos buenas piezas de artillería. Yo levanté los ojos para demostrar mi opinión y Bart lanzó un silbido prolongado.

—Sucedá lo que suceda, dijo, tenemos que hacer una tentativa.

Los hombres habían desmontado ya, y después de dar agua y forraje á los caballos se habían puesto á cenar tranquilamente. Bart y yo, acompañados del reverendo padre, entramos

en el comedor de la taberna-posada para discutir nuestros planes. El poquito de coñac que me quedaba en el frasco lo repartimos entre los tres.

—No es posible, dije, que esos bribones se hayan enterado de que veníamos, y además no hemos hallado exploradores en el camino; así que creo que deberíamos ocultarnos en un bosque cercano, y cuando abran las puertas cargar sobre ellos y sorprenderlos.

A Bart le pareció bien la idea; pero cuando nos pusimos á discutirla con el abad, nos hizo éste ver que el plan tenía grandes dificultades.

—En todo el rededor del monasterio, dijo, sólo por la parte de la villa hay un sitio donde pudiera ocultarse algún hombre y algún caballo. En cuanto á los habitantes del país, no es posible fiarse de ellos. Temo, hijo mío, que su plan no resultaría, teniendo en cuenta la vigilancia que ejercen esos hombres.

—No veo otro medio, añadí. Los húsares de Conflans no abundan tanto como para arriesgar medio escuadrón contra una muralla de cuarenta pies de altura, defendida por quinientos hombres de infantería.

—Yo soy hombre de paz, dijo el abad, y no debo meterme en esas cosas. Sin embargo, tal vez podría dar á ustedes un consejo. Conozco bien á esos bribones y sus costumbres. ¿Quién mejor, habiendo vivido durante un mes en este solitario lugar, observando día tras día, con el corazón entristecido y las lágrimas en los ojos, el monasterio que fué mío? Así que me permitiré decirles lo que en lugar de ustedes haría yo.

—Hable usted, padre, exclamamos los dos á la vez.

—Continuamente se presentan aquí grupos de desertores con sus correspondientes armas. Pues bien; ¿qué puede impedir que os presentéis como tales, y así hallaríais francas las puertas del monasterio?

Quedé asombrado de la sencillez del proyecto y abracé con efusión al buen abad, pero Bart no se entusiasmó tanto y puso algunos inconvenientes.

—La idea no es mala, dijo; pero si esos hombres son tan recelosos como parece, no creo probable que admitan en su madriguera á cien individuos armados. Según he oído, Morgan

ó el mariscal Millefleurs ha de tener algo más talento que todo eso.

—Bueno, pues que entren sólo cincuenta, repuse, y que al amanecer franqueen las puertas á los otros cincuenta, que estarán esperando afuera.

Largo rato y con la mayor discreción estuvimos discutiendo el plan desde sus diversos puntos de vista. Seguramente que ni los mismos Massena y Wellington lo hubieran pensado mejor. Por fin convinimos Bart y yo en que uno de nosotros entraría con sus cincuenta hombres bajo el pretexto de ser desertores, y que al amanecer abriría las puertas para dar paso á los otros cincuenta. El abad opinaba que era peligroso dividir nuestras fuerzas; pero viendo que los dos estábamos de acuerdo, se encogió de hombros y cedió diciendo:

—Permitanme ustedes que les dirija una pregunta. Si llegaran á coger al mariscal Millefleurs, ¿qué harían con él?

—Ahorcarle en seguida, respondí.

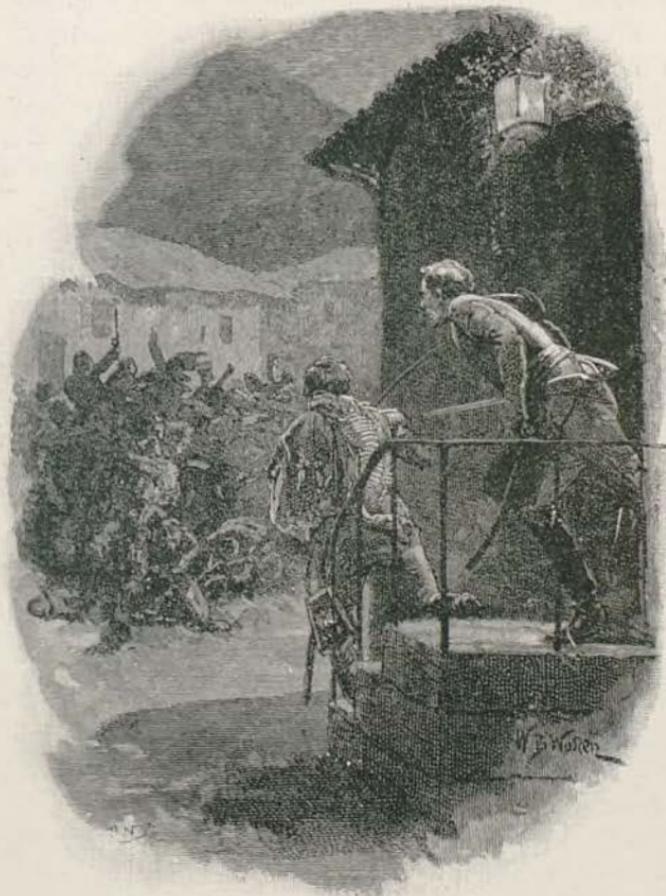
—Es demasiado poco, agregó, es muerte demasiado buena. Si yo pudiese... Pero ¡ay, Dios mío, qué pensamientos tan indignos de un humilde siervo del Señor!

Y llevándose las manos á la frente como uno que se vuelve loco de tanto sufrimiento salió precipitadamente de la estancia.

Quedaba todavía por decidir un punto importante: cuál de los dos medios escuadrones, el de dragones ó el de húsares, había de entrar el primero.

Era mucho pedir á Etienne Gerard que cediera á nadie su puesto en aquella ocasión; pero el pobre Bart rogó tanto y tanto insistió en que tuviera en consideración las pocas é insignificantes escaramuzas á que él había asistido, para compararlas con las setenta y cuatro batallas en que había yo tomado parte, que por fin accedí, consintiendo en que fuese él quien primero entrara en el monasterio. Acabábamos de darnos un buen apretón de manos para sellar aquella especie de pacto, cuando vino á sorprendernos un griterío y ruido de armas que resonó en el camino fuera de la taberna. Con los sables desenvainados salimos precipitadamente, convencidos de que los bribones del monasterio nos habían atacado antes de que nosotros pudiéramos atacarles á ellos.

Imaginaos cuál sería nuestra sorpresa, nuestro asombro, al ver á la débil luz del farol una veintena de húsares y dragones unos encima de otros, confundidos en informe montón de chaquetas rojas y chaquetas azules, de cascos y chascás, todos gol-



HÚSARES Y DRAGONES CONFUNDIDOS UNOS CON OTROS

peándose y peleando como mejor podían. Muchísimo trabajo nos costó el separarlos, y por fin, cuando lo hubimos conseguido, quedaron allí jadeantes y ensangrentados, lanzándose terribles miradas de odio. Sólo amenazándoles con los sables pudimos evitar que volvieran á enzarzarse.

El pobre capuchino, con los brazos levantados, imploraba piedad á todos los santos del cielo.

Interrogando á uno de mis hombres supe que el mismo fraile había sido inconscientemente la causa de aquella pelea. El pobre abad, no comprendiendo el efecto que á los militares les hacen estas cosas, había manifestado al sargento inglés que era una gran lástima que su escuadrón no fuera tan excelente como el francés. No bien había terminado de decirlo cuando el inglés, irritado, de un tremendo golpe arrojó al suelo al húsar que tenía más cerca, é inmediatamente se lanzaron unos sobre otros con la ferocidad de tigres.

Después de esto no podíamos dejarlos juntos; así que Bart se llevó á sus hombres á un lado de la posada y yo conduje á los míos al lado opuesto. Cada escuadrón demostraba perfectamente los tradicionales caracteres de su país, pues mientras los ingleses iban silenciosos, pero lanzando terribles miradas á sus enemigos, los húsares charlaban y amenazaban sin cesar.

Como ya teníamos formado el plan, nos pareció lo mejor llevarlo á cabo cuanto antes, por si surgía alguna nueva cuestión ó motivo de riña entre nuestros hombres. De manera que Bart se dispuso á marchar, después de arrancarse los galones de las mangas, la faja y la gola del uniforme, á fin de pasar por un simple soldado. Explicó á sus hombres qué era lo que necesitaba de ellos, y aunque no vociferaron ni blandieron las armas con entusiasmo, como tal vez lo hubieran hecho los míos, vi pintada en sus curtidos rostros una expresión que me llenó de confianza. Desabrocháronse las túnicas y mancharon de polvo y barro los relucientes cascos, á fin de tener el aspecto de desertores sin orden ni disciplina.

Convinimos en que al dar las seis de la mañana habían de franquear las puertas y que mis hombres estarían esperando afuera. Bart y yo nos dimos mutuamente palabra y en seguida marchó con sus dragones. Mi sargento Papilotte, con dos individuos de tropa, les siguió á bastante distancia, y al cabo de media hora volvió con la noticia de que, después de mucha palabrería y de examinarlos á la luz de faroles y antorchas, habían sido admitidos en el monasterio.

Hasta allí, pues, todo nos había salido bien. La noche estaba

oscura y lluviosa, lo cual nos favorecía, puesto que así no había tanto peligro de que fuese descubierta nuestra presencia en aquel sitio. Coloqué centinelas en todas direcciones, á doscientos metros uno de otro, para evitar una sorpresa, y al mismo tiempo para impedir que cualquier aldeano que pasara por allí comunicase la noticia al mariscal; encargué á Oudet y á Papilotte que hicieran la guardia por turnos, y al resto de mi gente la alojé en un espacioso granero. Fui á dar una vuelta para cerciorarme de que todo estaba en orden, y entonces me eché en la cama que me había preparado el tabernero, quedando pronto profundamente dormido.

Estoy seguro de que habréis oído decir que he sido un soldado perfecto, en toda la extensión de la palabra. No sólo lo confiesan los paisanos, sino también los oficiales veteranos de las grandes guerras que compartieron conmigo las glorias y las penalidades de las campañas; pues bien, la verdad y la modestia me obligan á declarar que no es cierto del todo. Algo me falta, carezco de alguna cualidad necesaria para ser un perfecto militar, pero no he de negar que me aproximo bastante á la perfección. De valor y de intrepidez nada he de decir; los que me han visto en campaña son los que mejor pueden hablar de eso. Muchas veces á los soldados reunidos alrededor del fuego les he oído discutir acerca de quién era el hombre más valiente del gran ejército de Napoleón. Unos decían que era Murat, otros que Lasalle, que Rey... pero cuando me preguntaban á mí, me encogía de hombros y sonreía. Hubiera sido ridícula vanidad el decir que no existía hombre más valiente que Etienne Gerard; pero los hechos son innegables, y cada cual sabe mejor que nadie cuáles son sus buenas y malas cualidades. Además del valor hay otras cosas muy necesarias á un buen soldado, y una de ellas es que tenga el sueño ligero. Desde niño he tenido yo el sueño pesadísimo, y siempre costó mucho trabajo el despertarme una vez dormido. Esto fué lo que me perdió en aquella noche fatal.

Serían próximamente las dos de la madrugada cuando me despertó una angustiada sensación de asfixia; parecía que me estaba ahogando. Traté de gritar, pero algo me lo impedía; no podía pronunciar ni una sola palabra. Entonces procuré incor-

porarme y tampoco pude. A los pocos momentos me di cuenta de lo que me pasaba; estaba amordazado, y sujeto además por los tobillos y las muñecas. Sólo los ojos tenía libres, y al pie de mi cama ¿á quién había de ver sino al abad y al tabernero? La cara torpe y pálida de éste me había parecido la noche anterior exenta de toda expresión, menos de la estupidez y del terror; pero entonces todas sus facciones denotaban ferocidad, jamás he visto hombre de rostro más horroroso. En la mano tenía un cuchillo enorme.

El abad, por su parte, estaba tan pulido y tan fino como siempre. El hábito de capuchino lo tenía abierto y dejaba ver el uniforme de oficial de infantería inglés. Cuando nuestras miradas se cruzaron, se apoyó en la cabecera de la cama y se echó á reír á carcajadas.

—Mi querido coronel Gerard, dijo, suplico á usted me dispense que me ría, pero no lo puedo remediar. Para decir la verdad, la expresión de sus ojos al darse usted cuenta de la situación era muy singular. No dudo que sea usted un militar excelente, pero apenas le creo capaz de luchar con el mariscal Millefleurs, mote que me han puesto los de su país. Parece que ha querido usted tenerme por un hombre de poquísima inteligencia, lo cual, si me es permitido decirlo, denota gran falta de agudeza por su parte. Hablando francamente, con la única excepción de mi compatriota el torpe dragón británico que vino con usted, creo que hubiera sido muy difícil encontrar un hombre menos competente que usted para cumplir la misión de que estaba encargado.

Ya podéis figuraros cómo escucharía yo aquella charla insolente, pronunciada con los ademanes finos y corteses que caracterizaban á aquel bribón. No podía decir nada, pero sin duda leyeron en mis ojos la amenaza que hubiera querido lanzarles, pues el que hizo el papel de tabernero se acercó al mariscal y murmuró á su oído algunas frases.

—No, no, mi querido Chenier, contestó el mariscal, para nosotros vale mucho más vivo que muerto. Y á propósito, coronel, continuó, le felicito á usted por tener el sueño tan pesado, porque le aseguro que si hubiera usted intentado escapar de las garras de mi amigo, le hubiera degollado inmediatamente; es

un poco brusco en las maneras. Tiene esa falta, ¡qué quiere usted! Por lo tanto, le recomiendo que haga usted lo posible por granjearse su amistad, pues el sargento Chenier, de la



AL PIE DE LA CAMA VI AL MARISCAL Y AL TABERNERO

infantería imperial, es mucho más temible que el capitán Alexis Morgan, de la guardia de su majestad.

Y se echó á reir.

También se echó á reir Chenier, mientras yo procuraba expresar con los ojos el desprecio y la repugnancia que me

inspiraba un soldado del emperador envilecido hasta aquel punto.

—Tal vez le hará mucha gracia, continuó el mariscal con su voz dulce y melodiosa, saber que las dos expediciones fueron vigiladas desde que salieron de sus respectivos campamentos. Creo no podrá usted menos de reconocer que Chenier y yo hemos desempeñado bien nuestros papeles. En el monasterio estaba todo dispuesto para recibir á ustedes, aunque hubiéramos querido que entrara todo el escuadrón en vez de la mitad. Una vez bien cerradas las puertas, detrás del dragón y su tropa se encontrarán éstos en una especie de plazoleta circundada de un ciento de fusiles que les apuntan desde las ventanas del edificio, y podrán elegir entre rendirse ó morir fusilados. Aquí, donde todo lo que digamos quedará entre nosotros, puedo asegurar que no tengo duda de que se habrán entregado con armas y bagajes; pero suponiendo que, naturalmente, tendrá usted interés en saber cuál ha sido la elección, creo que le gustaría venir con nosotros para verlo por sí mismo. Me parece poder prometer que encontrará usted á su amigo Bart con una cara tan larga y tan compungida como la de usted.

Entonces volvi6se para hablar con Chenier, y se me figuró que discutían sobre cuál sería la mejor manera de pasar por entre los centinelas.

—Voy á asegurarme de que todo está libre al otro lado del granero, dijo el mariscal. Usted se quedará aquí, Chenier, y si el prisionero le molesta, ya sabe usted lo que ha de hacer.

De modo que aquel renegado y yo quedamos solos. El, sentado en un extremo de la cama, se entretenía afilando el cuchillo en la bota á la luz de una lamparilla portuguesa. Lo que me extraña es cómo no me volví loco de desesperación y de rabia viéndome sujeto allí, sin poder moverme ni pronunciar una palabra, sabiendo que mis cincuenta hombres estaban tan cerca y me era imposible avisarles. No era ninguna novedad para mí el estar prisionero; pero el estarlo de aquellos renegados, para ser llevado al monasterio entre sus insolencias y burlas, era más de lo que podía aguantar. Menos daño me hubiera hecho una herida con el cuchillo que afilaba Chenier.

Di un tironcillo á los tobillos y otro á las muñecas; pero el

que me amarró estaba, sin duda, bien acostumbrado á aquel género de trabajos, y no me fué posible mover ni un dedo. Entonces procuré destaparme la boca, pero Chenier levantó el cuchillo con un ademán tan amenazador, que á la fuerza tuve que desistir.

Estaba fijándome en su cuello de toro y meditando si alguna vez tendría yo el gusto de apretárselo con una corbata de cáñamo, cuando de repente sentí ruido de pasos en el corredor de la taberna y oí luego que alguien subía la escalera que conducía á mi cuarto. No dudé que sería el mariscal. ¿A qué vendrá? me preguntaba. Si se había convencido de que sería imposible salir sin ser visto por los centinelas me mataría quizás allí mismo. No me importaba gran cosa. Entre ser llevado al monasterio ó morir deshonorado por aquellos dos renegados no había mucho donde elegir. Miré á la puerta, queriendo expresar con la mirada el desprecio que hacia ellos sentía, y calculad, amigos míos, cuál sería mi alegría cuando, en vez del rostro altivo y sarcástico del mariscal, vi el bigotazo de mi sargento Papilotte.

El militar francés de aquellos tiempos había visto demasiado para que nada le cogiera de susto; así que en cuanto Papilotte me vió amarrado allí, al momento comprendió lo que había sucedido.

—¡Rayos y truenos! gruñó desenvainando el sable y avanzando apresuradamente hacia la cama.

Chenier dió un paso saliendo á su encuentro, pero se volvió en seguida y comenzó á dirigir golpes á mi pecho. Afortunadamente, antes de que pudiera tocarme me deslicé por el otro lado de la cama, y el cuchillo se hundió en la sábana y la manta.

Un instante después oí caer al suelo una cosa pesada, y casi simultáneamente un objeto ligero, pero más duro, rodó debajo de la cama. No quiero, amigos míos, horrorizaros con detalles; baste decir que Papilotte era muy buen tirador y que su sable era pesado y fuerte.

Al cortar las ligaduras que me sujetaban dejó una mancha roja en mis muñecas y en los tobillos, y en cuanto me quitó la mordaza, lo primero que hice fué besar con efusión á mi querido sargento.

Después le pregunté si había ocurrido alguna novedad, y me contestó que no, que todo estaba tranquilo; mis húsares no se habían enterado de nada. Ondin acababa de relevarle y él venía á recibir mis órdenes... ¿Que si había visto al abad? No, no había visto á nadie.



LUCHÓ CON LA FUERZA DE UN TIGRE

Convinimos entonces en que era necesario rodear la casa para que no se escapase. Nos dirigíamos ya á dar las órdenes convenientes, cuando en el corredor oí un paso firme y seguro. Papilotte, lo mismo que yo, comprendió en seguida quién era.

—No hay que matarle, dije en voz baja, y señalando un rin-

cón oscuro detrás de la puerta para que se ocultara, me coloqué yo en el otro lado.

Apenas apareció su hábito marrón en el dintel de la puerta nos lanzamos sobre él como lobos hambrientos, y... ¡cataplún! caímos los tres al suelo. Mucho tuvimos que trabajar para vencerle, porque se defendía y luchaba como una fiera. Tres veces consiguió levantarse y otras tantas volvió á rodar, hasta que por fin Papilotte le hizo ver que su sable tenía buena punta. Entonces el hombre comprendió que todo había terminado y se quedó quieto, mientras yo le amarré con las mismas cuerdas que antes me sujetaban á mí.

—Amigo mío, le dije, ha cambiado el juego, y esta vez le haré ver que soy yo el que tiene los triunfos en la mano.

—Siempre la suerte acompaña á los necios, contestó. Y después de todo más vale que sea así, pues de otro modo el mundo quedaría completamente á merced de los astutos. ¿Conque habéis matado á Chenier? No importa. Fué siempre perro revoltoso y apestaba á ajo á todas horas; era la comida que más le agradaba. ¿Me haréis el favor de colocarme sobre la cama? El suelo de estas tabernas portuguesas no es á propósito para los que gustamos de la limpieza.

No pude menos de admirar la sangre fría de aquel hombre, que conservaba su aire insolente á pesar de haber cambiado las circunstancias. Mandé á Papilotte en busca de dos húsares para que nos ayudaran, y mientras tanto permanecí vigilando al mariscal, sin apartar la vista de él ni un instante y con el sable desenvainado, pues su audacia me inspiraba respeto.

—Espero, coronel, dijo después de unos momentos, que sus hombres me tratarán como deben tratarme.

—Eso es, repuse; le tratarán como usted se merece.

—No pido otra cosa. Tal vez ignora usted que nací en alta cuna, pero mi situación es tal que no puedo nombrar á mi padre sin hacer traición ni á mi madre sin escándalo. No puedo exigir los honores reales que me corresponden, aunque después de todo son cosas que honran más cuando se conceden sin exigir las. Las ligaduras me lastiman. ¿Me hace el favor de aflojarlas?

—Me tiene usted por un hombre de poquísima inteligencia, dije repitiendo su propia frase.

—*Touché*, exclamó como si nos estuviéramos batiendo en duelo. Pero ya llegan sus hombres, de modo que poco importa que me las afloje ó no.

Cuando entraron los soldados mandé que le quitaran el hábito y después cuidé que estuviera bien vigilado. Hecho esto, y como empezaba ya á amanecer, era necesario pensar en algo de realización inmediata. El pobre Bart y sus dragones habian caído en el lazo que nos tenía tendido aquel bribón; lazo que, si hubiéramos escuchado los consejos del abad, nos hubiera cogido á todos. Lo que quería yo ante todo era libertar al medio escuadrón inglés, aunque tampoco debía olvidar á la anciana condesa de Ronda, que estaba presa en el monasterio. En cuanto á éste, claro es que ya era inútil pensar en ocuparlo. Comprendí, pues, que todo dependía de la estimación en que aquellos renegados tuvieran á su jefe y que sólo me restaba jugar la última carta. Voy á deciros con qué astucia y con qué osadía la jugué.

Apenas había amanecido cuando sonó la trompeta y se reunió mi medio escuadrón; colocamos al preso sobre un caballo y le llevamos en medio de la tropa. Sucedió que á la entrada principal del monasterio había un árbol grande, á suficiente distancia para que no alcanzaran las balas de fusil, y al pie de aquel árbol nos detuvimos. Yo estaba dispuesto, si acaso abrían las puertas, á cargar sobre ellos; pero como me había figurado optaron por la defensiva, y reuniéndose atropelladamente sobre las paredes, nos saludaron con gritos, carcajadas é insultos. También sonaron unos tiros; pero viendo que estábamos fuera del alcance de sus balas, desistieron de gastar tontamente las municiones.

¡Vaya un grupo tan singular el que formaban ingleses, franceses y portugueses vociferando como locos y amenazándonos con los puños!

Cuando abrimos las filas y les dejamos ver á quién traíamos prisionero reinaron unos momentos de silencio; pero en seguida, ¡válgame Dios qué griterío, qué exclamaciones de desesperación y de rabia! Debía de ser un hombre especial el mariscal Millefleurs para haberse granjeado de aquel modo la amistad de tanto perdido.

Yo había mandado traer de la taberna una sogá y di orden de que la colocaran en una rama del árbol.

—¿Me dá usted permiso, señor mariscal, observó Papilotte en tono de mofa, para soltarle el cuello del uniforme?

—Si tiene usted las manos perfectamente limpias, contestó Millefleurs, cuya respuesta produjo grandes risotadas entre mi gente.

Al apretar el nudo que rodeaba el cuello del mariscal llegó á mis oídos un nuevo griterío, que procedía del monasterio, por una de cuyas puertas, que se abrió en aquel instante, salieron tres hombres corriendo en dirección á nosotros y trayendo en las manos banderas blancas. ¡Ah, cómo latió de alegría mi corazón al ver aquella señal! Sin embargo, no quise avanzar ni un solo paso á fin de que todo el interés estuviera por parte de ellos. Lo único que hice fué permitir que tocara el trompeta para darles á entender que esperaríamos á que se acercaran. El mariscal, con las manos amarradas y el nudo en el cuello, conservaba su sitio en la silla del caballo, sonriendo como suele sonreír uno cuando se encuentra aburrido y procura disimularlo por pura cortesía. Si alguna vez me hallara yo en situación semejante no quisiera más que portarme como él se portó; no puedo decir más.

Los parlamentarios formaban un trío muy singular. El uno era cazador portugués, con uniforme oscuro; el segundo *chasseur* francés, de uniforme de color verde, y artillero inglés, de azul y oro, el tercero. Los tres saludaron y el francés tomó la palabra.

—Tenemos en nuestro poder treinta y siete dragones, dijo; juramos solemnemente que, si el mariscal es ahorcado, morirán todos á los cinco minutos.

—¿Treinta y siete? grité. Tienen ustedes cincuenta y uno.

—Murieron catorce en la escaramuza.

—¿Y el oficial?

—Se negó á entregar el sable si no era con la vida. No tuvimos la culpa de su muerte; no fué posible salvarle.

¡Adiós mi pobre Bart! Sólo dos veces me había encontrado con él, pero habíamos simpatizado y sentí mucho la suerte que había tenido. Hombre más valiente ni tirador más fatal no he visto nunca.

Ya os podréis figurar que no me fié de la palabra de los emisarios. Papilotte, con dos hombres, marchó con uno de ellos y volvió al poco tiempo diciendo que, por desgracia, era verdad lo que decían; de modo que tenía que pensar en los que quedaban.

—¿Y si yo pongo en libertad á su jefe harán ustedes lo mismo con los dragones? pregunté.

—Cederemos diez, fué la respuesta.

—¡Arriba con él! exclamé.

—¡Veinte! gritó el *chasseur*.

—¡Basta de charla, tirad de la soga!

—¡Todos! exclamó entonces, viendo que el nudo comenzaba á apretar el cuello del mariscal.

—¿Con armas y caballos?

Comprendieron que no era yo hombre para andar en chanzas, y contestaron:

—Todo completo.

—¿Y además la condesa de Ronda?

En esto hallé mayor resistencia, pues de ninguna manera prometían ceder á la condesa.

Apretamos la cuerda, movimos el caballo... lo hice todo menos dejar colgado al mariscal, cuya muerte tenía gran significación tanto para ellos como para mí, puesto que, una vez muerto, morirían también los treinta y siete dragones.

—Con permiso de usted, dijo el mariscal con su acostumbrada cortesía, debo manifestar que me están poniendo en ridículo. Ya que existe una diferencia de opinión sobre este punto, me parece que lo mejor sería consultar á la misma dama, á quien todos deseamos complacer.

Nada más fácil. Ya podéis suponer que no vacilé en aceptar una solución tan sencilla.

Diez minutos después se presentó ante nosotros una respetable dama, muy digna, con el cabello algo cano y la cara amarilla.

—Este caballero, la dijo el mariscal, se muestra muy deseoso de llevaros adonde no nos veáis más. A vos toca decidir si queréis ir con él ó permanecer aquí conmigo.

Seguidamente se acercó á su caballo, y poniendo una mano en la brida contestó:

—No existe en el mundo poder ni fuerza bastante para separarnos.

El mariscal me lanzó una mirada de desprecio y de ironía, diciendo:



SEGUIDAMENTE SE ACERCÓ AL CABALLO

—Mi querido coronel, ha cometido usted lo que se llama un *lapsus linguae*. No existe la condesa de Ronda. La señora á quien tengo el honor de presentaros es mi querida esposa Mrs. Alexis Morgan, ó si lo preferís madame la mariscala Millefleurs.

En aquel momento fué cuando comprendí que trataba con el hombre más listo y menos escrupuloso que he conocido en mi vida.

Quando miré á la desgraciada señora, mi corazón se llenó de

asombro y de aversión. Ella, por su parte, contemplaba á su esposo con una mirada muy parecida á la que un recluta pudiera dirigir á su emperador.

—Así sea, contesté. Entrégueme usted los dragones para que pueda retirarme. Poco después trajeron á los ingleses con sus armas y caballos, todo completo, y entonces mandé quitar la soga del cuello del mariscal.

—Adiós, mi querido coronel, dijo éste. Me parece que cuando vaya usted á referir á Massena el resultado de su expedición no será la relación muy brillante. Sin embargo, no puedo menos de reconocer que ha sabido usted vencer las dificultades con más habilidad de la que yo le creía capaz. Supongo que no habrá nada en que pueda servirle antes que se retire.

—Hay una cosa, repuse.

—Usted dirá.

—He de pedirle que mande enterrar de manera digna al oficial inglés y á sus hombres.

—Le doy á usted mi palabra.

—Aun hay algo más, añadí.

—Veamos.

—Que me conceda cinco minutos al aire libre en su compañía, con un buen sable en la mano y un buen caballo cada uno.

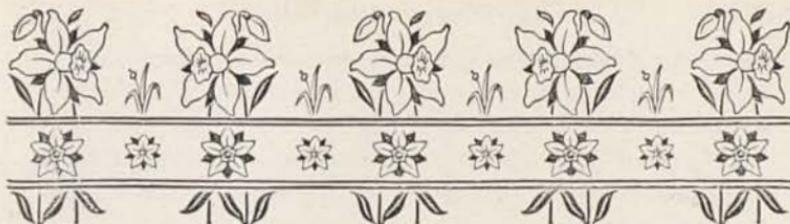
—¡Bah, bah! exclamó. Una de dos: ó me vería precisado á desbaratar su brillante carrera ó tendría que despedirme de mi linda esposa. Es muy injusto el pedir semejante cosa á un hombre que está saboreando las primeras dulzuras del matrimonio.

Reuní á mis húsares y los dragones y les mandé formar en dos columnas.

—*Au revoir*, señor mariscal, le dije blandiendo el sable. Tal vez no se escape usted tan fácilmente en nuestro siguiente encuentro.

—*Au revoir*, contestó. Cuando se canse usted de servir al Emperador, siempre tendrá el coronel Etienne Gerard á su disposición un puesto digno en el servicio del mariscal Millefleurs.

A. Conán Doyle.



Quico.



I

ATARDECÍA. El sol, próximo á expirar en el ocaso, enviaba sus últimos rayos á un pueblecillo cercano de la heroica ciudad de Zaragoza, y un tropel de arboladas nubecillas rasgábanse al soplo de un viento suave y se iban disolviendo como fugitiva bandada de querubines.

Corrían los primeros días de octubre.

Dejando el pueblo á su espalda avanzaba por un camino, con pretensiones de carretera, un gallardo joven de apostura varonil, mirar de fuego, rostro curtido por el sol y facciones enérgicas, pero bien modeladas. Al hacer un recodo el camino, el joven baturro se volvió para dirigir una última mirada al pueblo que lo había visto nacer, y después de una corta pausa exclamó á media voz, como si tratase de darse ánimos á sí mismo:

—¡Ea, Quico, á lo hecho pecho!

Y echó á andar resueltamente con paso firme y ligero.

Próximamente llevaría una hora de marcha cuando entró en Zaragoza, á tiempo de que la noche cerraba por completo y la luna aparecía en el firmamento, disipando en parte las tinieblas nocturnas con su luz clara y poética.

Nuestro personaje, ó sea Quico, se dirigió en derecha á la estación del ferrocarril, esperó pacientemente la llegada del

mixto que debía llevarle á Madrid y montó en tercera, resuelto á pisar por primera vez en su vida la hermosa villa del oso y del madroño.

Lo primero que hizo al llegar (sin duda guiado por algún alma caritativa) fué dirigirse á una prendería, donde, á cambio de su ropa de baturro clásico, le dieron un traje de chaqueta en bastante buen uso. Después buscó una posada donde pasar la noche y se lanzó á la calle dispuesto á probar fortuna.

Sepamos quién es Quico. Pues ante todo Quico no es Quico, es un diminutivo de Francisco; pero por Quico le conocían en el pueblo, y él estaba muy satisfecho de que así le llamaran.

—Más ahorro de letras, se decía; en entendiéndose las personas, sobran todas las demás.

Según esta económica teoría debiera ser nuestro vocabulario infinitamente menos extenso. Pero volvamos á nuestro héroe.

Quico, que así vamos á seguir llamándole, frisaría en los treinta años; era huérfano de padre; su madre había contraído segundas nupcias, lo cual él llevó muy á mal, con un hombre irascible y despótico, que tiranizaba al hijastro en cuanto el hijastro se dejaba tiranizar.

Quico era de familia pobre, pero contaba con una pequeña parte de tierra de labranza que cultivaba él mismo y daba sobradamente de sí para poder vivir sin escasear en el pueblecillo donde había visto la luz primera.

Tenía un corazón de oro y una voluntad de hierro, rasgos característicos en la mayoría de los aragoneses.

Era trabajador y honrado hasta la médula, pero no podía resistir que nadie se le impusiera, y como su padrastro tratase de hacerlo, el baturro se declaró en rebeldía, formando la firme resolución de abandonar á su pueblo y marcharse á Madrid, donde, Dios mediante, podría encontrar una colocación provechosa y ganarse el pan nuestro de cada día.

Tales eran las intenciones de Quico. Intenciones que puso en práctica, alejándose, como sabemos, de su tierra querida y llegando á Madrid en tercera del tren mixto en uno de los primeros días de octubre.

Pero Quico no tenía ni un pelo de tonto y sabía de sobra que en la capital de España no se atan los perros con longaniza.

—Yo, se había dicho, necesito una persona que me ayude; no hay hombre sin hombre, y á mí me hace falta una especie de padrino que no me deje de la mano y que me guíe en medio de este tropel de gente para que logre hacer algo de provecho.

Esto había pensado Quico, lo cual hay que convenir en que estaba bien pensado; pero como no conocía á nadie en Madrid, claro es que no podía llevar á cabo su pensamiento.

¿Que no? Una persona cualquiera se hubiera, desde luego, cruzado de brazos á la vista de una idea descabellada en el fondo; pero un baturro... ¡bah! para un baturro no hay nada imposible; se alaban de ser tercios y lo prueban hasta morir.

Ya hemos visto dirigirse al joven á una prendería, cambiar la *ropica* del pueblo por una de capital, con la sana intención de pasar desapercibido *como uno de tantos*, buscar luego una casa de huéspedes para dormir por la noche y lanzarse á la calle en busca de fortuna.

Quico tenía una idea metida en su cerebro, una idea arriesgada; mas por dudoso que sea el éxito, los aragoneses se imponen la obligación de no abandonar nunca su plan de campañas.

El no temía ni á perderse por Madrid, ni á que lo atropellara un coche, ni á nada absolutamente. Tenía su idea y ella debía ser antepuesta á todo. Y así lo hizo.

Una vez en la calle se puso á pasear con las manos metidas en los bolsillos, coordinando sus pensamientos.

Absorto estaba en sus meditaciones cuando acertó á pasar por su lado un señor correctamente vestido, y Quico, cogiéndole por un brazo, lo increpó de esta suerte sin pizca de reparo:

—Oiga, señorico; yo vengo del pueblo, quiero trabajar y necesito que alguien me ayude. ¿Quiere usted servirme de guía?

El señor, por toda respuesta, se echó á reír, y desasiéndose bruscamente de la mano que lo aprisionaba prosiguió su camino.

El mozo no se desanimó, sin embargo, repitiendo su cantinela á cuantos transeuntes se le figuraban personas decentes, con igual éxito que el primero y llegando á recibir de algunos calificativos poco lisonjeros. Pero Quico era inflexible y acariaba su pensamiento con más ahinco cada vez.

Así transcurrieron varios días, y una noche quiso la casualidad que nuestro protagonista diese el primer paso hacia la

fortuna. Se hallaba apostado á la puerta de un teatro viendo salir la gente, cuando apercibió á una joven rubia y gallarda, acompañada de una señora respetable y distinguida.

Ambas iban elegantemente ataviadas, y al irse á subir la joven en el coche que las esperaba á la puerta del coliseo se le cayó un precioso pañuelo de encaje que llevaba en la mano.

Un lechuguino fatuo, que desfilaba á la vez que ellas, se agachó para recogerlo; pero con la agilidad de la pantera á la que le arrebatan sus hijos se abalanzó á él Quico, dió un empujón al *dandy* y recogió el pañuelo.

El pedante mancebo juzgó aquello una ofensa y estampó una bofetada en el carrillo del atrevido usurpador de su presa.

Pero el baturro, con la misma agilidad que había desplegado para arrebatarse el pañuelo, dió un terrible puñetazo á la chistera de su agresor, la cual cayó rodando por el suelo, despeluznada y maltrecha, entre las risotadas de gran número de personas.

Tal vez se hubiera empeñado más la contienda á no haber prudentemente intervenido un guardia de orden público, con lo que todo se quedó apaciguado, alejándose de allí el pollo elegante tragando bilis y rebosando vergüenza.

Ya habían montado la joven y su madre en su carruaje, esperando á ver en qué paraba aquello, y Quico, aproximándose á la portezuela, les dijo resueltamente:

—Hagan el favor de icirme dónde viven.

En medio del asombro que le causó aquella pregunta, la madre de la joven rubia le dió las señas de su casa, y el intrépido aragonés replicó con la mayor serenidad:

—Bien, pues mañana á las once iré á llevarles el pañuelo, que me ha valido un dolor de muelas.

Y sin dar tiempo á que lo hiciera el lacayo cerró él mismo la portezuela del carruaje y se alejó rápidamente, dejando á sus interlocutoras sumidas en un profundo piélago de confusiones.

II

A las once en punto de la mañana siguiente se presentó Quico en el elegante hotel que habitaba la condesa viuda de Claromar y su bella hija Blanca.

Madre é hija salieron á recibir al desconocido, y éste, después de hacerles un corto saludo, exclamó arrellanándose cómodamente en una butaca:

—Miren ustés. Ante todo les diré que soy un honrao batu-
rrico, que acabo de llegar del pueblo, quiero trabajar y necesito
que alguien me ayude. ¿Se comprometen ustés á apadrinarme?

Blanca miró á su madre con la sonrisa en los labios, y la
condesa meneó la cabeza á un lado y á otro, no sabiendo qué
contestar.

Después de una corta pausa prosiguió Quico:

—Yo me he venido del pueblo porque no podía vivir con mi
padrastró, francamente. Yo soy un probecico, pero tengo mi
voluntad, como el que más y el que menos. Reconozco que mi
madre debe mandar en mí, y hago toíco lo que ella quiere,
porque, como dijo aquél, quien manda manda y cartuchera en
el cañón. Pero que una presonica que es igual á mí quiera man-
darme y ponerse moños conmigo... ¡tate! que no lo consiento. A
mí no me duele trabajar, pero me enrabia que un semejante me
mande hacerlo, en tanto que él se está con las manos limpiacas
y los bracicos cruzaos. ¡Tate! que eso no va conmigo.

Aluego... yo soy algo arrimaíco á la cola, pero tengo ideas
mu avanzás. Vamos á un icir, de que encuentro feo eso de que
los ricos gasten toíco el dinero en divertirse y no sean quiénes
pa favorecer á un probe. Y más feo toavía encuentro que esos
ricos vayan á la iglesia y se den muchos golpes de pecho, y
echen cuatro perricas en el cepillo pa lucirse elante de las pre-
sonas y aluego le den un puntapié, y miren con ripunancia al
primer mendigo que vaya á pedirles una limosnica en nombre
de ese mismo Dios que adoran en la iglesia. ¡Tate! ¿En qué
quedamos? ¿Semos cristianos ú no lo semos?

Ea, pues porque yo igo que prendería fuego con gusto á las
casas de esos ricos *haprócritas* y que no ejaba de ellos ni ensi-
quiera el pillejo, me ice mi padrastró que soy un descreído...
¡Tate! ¡Que no! Yo creo como el primero en la Pilarica, y hasta
creo que el niño que tié en sus brazos pué ser un niño mu
bueneico. Pero lo que no consiento es que ningún igual se me
suba á las barbas, y como mi padrastró quiería gatear por ellas
llamé á mi madre y la dije que me venía á trabajar á Madrid.

Lloró mucho la pobrecica; pero como sabe que soy terco no me dijo na, y me dió una medalla de la Pilarica y diez duros que tenía ahorraos. Es lo único que traigo en los bolsillos.

Yo necesito una presona que se interese por *yo*, y he estao proponiéndoselo á más de cuatro, pero toicos me han icío que por la otra puerta.

Por último vi á usté, prosiguió dirigiéndose á la condesa; me paició una buena mujercica, y aprovecho la ocasión de traer el pañuelo que recogí anoche pa pedirle por favor que se compadezca de *yo*. Sé leer, escribir y de cuentas; de to un poquico; tengo buen deseo y quisiera entrar en un taller de carpintería.

Conque, señora, si tié usté corazón ebajo de esos *guñapos*, favorezca usté á un honrao baturrico.

La condesa de Claromar, después de escuchar la relación de Quico, le estrechó una mano emocionada y le cedió una habitación en su mismo hotel, haciendo que en breve entrase el honrado baturro en un taller de carpintería.

De vez en cuando, después de echar un párrafo con el elocuente Quico, preguntaba la condesa á su hija:

—¿Qué te parece nuestro huésped?

—Delicioso, mamá, delicioso.

Y ambas se regocijaban de haber apadrinado á un hombre de ideas *tan avanzadas*, según él mismo aseguraba tener.

III

Pasaron tres años. Quico, bajo la protección de la caritativa condesa de Claromar, había prosperado mucho.

Así que hubo aprendido el oficio de carpintero aprendió el de tallista, y tuvo el gusto de ofrecer á su ilustre protectora una magnífica mesa de comedor, fabricada por él mismo.

Además, el Quico de hoy no era el de ayer. Con el roce de la gente fina, el rústico *baturrico* se había transformado en un hombre de ademanes desembarazados y lenguaje sencillo, pero correcto, gallardo en su apostura y profundo en sus con ceptos.

Blanca, la futura condesa de Claromar, se hallaba en todo el apogeo de sus veintidós años y aparecía extraordinariamente hermosa. Poseedora de un corazón sensible y de unos senti-



Indices del tomo primero

* * *

De artículos

PÁGINAS

A orillas del cráter.	6
Arte de aumentar la cosecha del mundo (El).	104
Ataque de parálisis (El).	28
Brigadier en manos del Rey (El).	408
Castillo de las tinieblas (El).	173
Copa veneciana (La).	337
Coronel contra el mariscal Millefleurs (El).	634
Coronel tentado por el demonio (El).	75
Cuentos del Continente oscuro.	44, 155, 272, 389, 495, 615
Cuentos del Coronel.	75, 173, 290, 408, 511, 634
Dervis del Nilo (El).	44
Enanos de las cuevas (Los).	495
En la Serranía.	596
Escudo oculto (El).	272
Hermandad de los Siete Reyes (La).	5, 113, 225, 337, 449, 561
Hojas del diario del doctor Moreno.	28, 137, 250, 367, 476
Hombre eléctrico (El).	329
Joyas perdidas (Las).	63
Kaid burlado (El).	317
Kariston.	97
Medalla de honor del Brigadier (La).	511

Morir feliz.	543
Mosca asesina (La).	113
Niño perdido (El).	561
Nioko, el mago del rey Swazy.	615
Ojo del idolo (El).	476
Paderewski.	222
Pesca de perlas (La)..	204
Piloto (El)..	437
Quico.	665
Rey en manos del Brigadier (El).	290
Robo del Banco (El)..	225
Sagrada ciudad de Kairouin (La)..	155
Séptimo escalón (El)..	137
Tesoros de la urna (Los)..	389
Ultimo clavo (El).	198
Una cura inesperada.	250
Un presentimiento.	337
Veinte grados.	449

De autores

Conan Doyle (A.).	75, 173, 290, 408, 511
Mansford (C. J.)	44, 165, 272, 389, 495
Martínez Barrionuevo (M.).	596
Meade y Roberto Eustace (L. J.).	6, 113, 225, 337, 449
Moreno (Doctor)..	28, 137, 250, 367, 476
Omega (L. L.).. . . .	543
Vidal (Pepita)..	665



mientos en extremo delicados, le repugnaban los jóvenes de la sociedad, viciosos casi todos, fatuos hasta la médula y vanidosos de la cabeza á los pies.

Blanca los miró sin detención y retiró de ellos sus ojos, suspirando tristemente...

Pero al retirarlos de aquellos jóvenes elegantes fué á detener su mirada en el honrado baturro que, á fuerza de trabajo y de constancia, había llegado á ser perito en un oficio difícil y productivo, y contaba con fuerzas y talento suficientes para abrirse paso en el escabroso camino de la vida.

Y juzgó á Quico tan digno de cariño y de admiración, que se impresionó su alma al contemplarlo, y aunque cerró rápidamente los ojos, conservó grabada en la memoria su imagen.

Quico *se pasaba* de listo, como vulgarmente se dice, y notó que no le era indiferente á la futura condesa de Claromar; porque Blanca, á pesar de sus veintidós años cumplidos, tenía la inmensa debilidad de dejar traslucir sus sentimientos.

Al pronto Quico enloqueció de alegría, porque, á decir verdad, la joven era *un bocado* digno de los ángeles; pero luego que hubo reflexionado seriamente se oscureció su semblante, y yendo en busca de su anciana protectora le manifestó su deseo de alejarse de Madrid; mas como la condesa rechazase bondadosamente su pensamiento, él la dijo:

—Mire usted, señora; yo le debo cuanto soy, y lo peor que puede tener una persona es el ser ingrata.

He notado que su hija Blanca me quiere más que como á protegido. Yo, si he de serle franco, la adoro con locura; pero nuestro matrimonio sería un desacuerdo que daría lugar á enfadosos comentarios. Lo mejor que puedo hacer, por el bien de los dos, es poner tierra de por medio, y por eso me decido á abandonar á usted, rogándole que me deje antes besar su mano bienhechora.

Además, según me escribe mi madre, mi padraastro está muy enfermo, y como ellos no viven de sus rentas, yo soy el llamado á socorrerlos con el dinero que en tres años de trabajo me ha permitido ahorrar su generosidad.

Pero tenga usted entendido, señora, que no la olvidaré nunca; porque, además de todos los beneficios que me ha otorgado, le

debo uno grandísimo: el de haberme reconciliado con la clase elevada.

Yo creí que en el pecho de los ricos sólo había un pedazo de piedra en vez de corazón, y ahora estoy convencido de que entre los ricos y los nobles puede haber francos, puede haber buenos, puede haber generosos... ¡Gracias, señora! ¡Gracias por haber modelado mis sentimientos!

La condesa lloraba y Quico prosiguió:

—No, yo no he nacido para usar levita, me oprimiría demasiado el cuerpo; mis manos no están hechas para estrechar manos finas, y vuelvo á mi pueblo para estar entre los míos, para ver á mi Virgen del Pilar querida.

Quico echó al cuello de su protectora la medalla de la Pilarica que le dió su madre el día de su partida, y después de abrazarla respetuosamente y de despedirse de Blanca como para un corto viaje salió de aquella casa llorando como un niño.

IV

Blanca se casó al año y medio escaso con un rico vizeconde, y Quico, después de perder á su padrastro, vendió sus pequeñas tierras de labranza y fué á establecerse en Zaragoza de maestro tallista, en compañía de su anciana madre.

Con frecuencia visitaba el Pilar, y entonces balbuceaba prostrado ante el altar de la Virgen:

—No dirás que he sido ambicioso ni ingrato, he tenido en mis manos la fortuna y la he tirado. Y yo, yo que voy diciendo á cuantos me quieren oír que todos estamos hechos de la misma masa y que estoy en contra de la diferencia de clases, he destrozado mi corazón por un sentimiento de delicadeza: por no unir la sangre *rica* con la sangre *pobre*... Pero ¡ay, Pilarica mía!... ¡tú sabes si ha sido grande mi sacrificio!...

Pepita Vidal.

